



Elizabeth
Lennox

Su Amante
Rebelde

La Serie de los
Hermanos Thorpe núm. 4

La Serie de los Hermanos Thorpe N^o 4

Su Amante Rebelde

Por Elizabeth Lennox

Regístrate en historias libres en

www.ElizabethLennox.com/subscribe/

Sígueme en Facebook:

www.facebook.com/Author.Elizabeth.Lennox

O en Twitter:

www.twitter.com/ElizabethLenno1

ISBN13: 9781944078058

Copyright © Elizabeth Lennox Books, LLC, 2015. All rights reserved.

Título original: The Thorpe Brothers Series #4, *His Challenging Lover*

Traducción: Jana Bueno

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son o bien el producto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia. La reproducción de este material, ya sea electrónico o cualquier otro formato, ya sea en uso o un futuro invención, está estrictamente prohibido a menos que tenga el consentimiento directo del autor.

Si descarga este material en cualquier formato, ya sea electrónico o de otro, en un sitio no autorizado, por favor ten cuidado de que usted y el sitio web está en violación de la infracción de copyright. Daños financieros y punitivas pueden llevarse a cabo en cualquier lugar legal es apropiado.

Índice de contenido

Titulo
Argumento
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
La boda de Mia y Ash
La boda de Kiera y Axel
La boda de Cricket y Ryker
La boda de Abril y Xander
Epílogo
Comentario de la autora

Argumento:

Atraer a las mujeres hermosas nunca ha sido un problema para Xander Thorpe. Es alto, fuerte, inteligente y uno de los mejores abogados de divorcios del país, ¿qué más se puede pedir? Pero a pesar de la serie aparentemente interminable de bellas mujeres que tratan de conquistarlo, Xander está obsesionado por la encantadora y eficiente Abril, la gerente administrativa del estudio Thorpe. Aunque sus discusiones son cada vez más frecuentes e intensas.

Abril odia cada vez que alguna mujer hermosa atraviesa las puertas del Grupo Thorpe porque supone que la mujer es la última conquista de Xander. Abril se esfuerza por mantener una tregua en la oficina, pero Xander sabotea sus esfuerzos al mostrar sus conquistas en la oficina. En su mente, esta actitud es poco profesional e inapropiada. Otras personas pueden estar intimidadas por la autoridad de Xander, pero Abril no tiene miedo de enfrentarse a él.

Pero, ¿qué pasará cuando sus verdaderos sentimientos rompan las barreras que sus batallas en la oficina han creado?

Capítulo 1

Abril estaba de pie, al costado del escritorio de la recepcionista, rogando que la mujer que estaba a su lado no enunciara las palabras que le volverían a romper el corazón. “Por favor, que pregunte por cualquier otro nombre”, deseó en silencio. Cualquier nombre, incluso alguien que no trabajara allí, sólo la haría sentir mejor.

Pero por desgracia no era su día de suerte.

—Vengo a ver a Xander Thorpe —dijo la rubia con los labios pintados de rojo brillante, al tiempo que sacudía la cabeza hacia atrás para echar la espesa cabellera rubia por encima del hombro.

Abril sabía que aquel movimiento de la cabeza tenía un único propósito: mostrar sus pechos generosos, perfectamente expuestos por el profundo escote de su vestido rojo.

Diane, la recepcionista, procedió de modo profesional, tal como la había entrenado Abril. Se volvió hacia su computadora con una sonrisa amable, y posó los dedos sobre el teclado, lista para tipiar.

—¿Tiene una cita? —Diane sabía que su jefa, la bella joven de cabello color castaño y ojos de un marrón profundo, se hallaba parada rígida al lado de ella, observando cómo se comportaba. Y todo el mundo sabía que entre Abril y el espléndido Xander pasaba algo, aunque nadie sabía con certeza qué.

La rubia hueca —así consideraba Abril a esta última entrometida— se rio y sacudió la mano en el aire:

—No, pero estoy casi segura de que me atenderá —dijo, y se recorrió las caderas con las manos—. Solo dile que Jessica está aquí para hablar con él.

Diane conocía el proceso. Tipió la información en la computadora, y luego envió el aviso a la asistente de Xander, una joven que recién comenzaba a trabajar, llamada Tilly. Se trataba de una empleada temporaria, que habían conseguido el día anterior cuando la última renunció sin preaviso. Xander tenía la mala costumbre de descartar asistentes a un ritmo temible. Apretando los dientes, Abril golpeó con fuerza la carpeta sobre la mesa y salió caminando rápidamente del área. Los pies la empujaban cada vez más veloces, desesperada por no ver...

Por desgracia, no logró escapar a tiempo. Cuando la mujer vestida de rojo entró en la oficina de Xander y cerró la puerta, comenzaron las bromas, y el dinero de los demás miembros del personal comenzó a circular rápidamente de mano en mano.

—¿Cuánto ganaste? —preguntó James, uno de los abogados de tercer año, a otro asociado, justo en el momento en que Abril pasaba a toda velocidad delante de su escritorio.

Abril apretó los dientes con fuerza y sacudió la cabeza, caminando con rapidez al lado de él. Trató de fingir una sonrisa tranquila. Como siempre, había llegado el momento de pagar las apuestas ahora que la anterior novia, una preciosa castaña, había sido reemplazada por la rubia espectacular. Abril estaba desesperada por que nadie se diera cuenta de lo torturante que le resultaban las apuestas. La vida amorosa de Xander servía de entretenimiento para el resto de la oficina, pero a ella le dolía más de la cuenta. Cada vez que aparecía una mujer nueva en su vida, el odio que sentía Abril por Xander aumentaba un poquito más. ¿Pero por qué debía importarle siquiera con quién salía? ¿Podía hacerlo con quien quisiera! Sólo deseaba que mantuviera su vida personal fuera de la oficina.

Tal vez fuera eso lo que le molestara tanto, más allá de que fuera tan mujeriego. Caminó rápido por el corredor, haciendo caso omiso de la risa y el dinero que cambiaba de manos. Parecía que habían hecho un nuevo pozo. Si Xander expusiera menos su vida privada, le resultaría mucho menos molesto. Abril prefería la eficiencia y el orden, y entrenaba a sus empleados para que trabajaran duro, lucieran y actuaran como profesionales, y fueran excepcionalmente solícitos y competentes. Las apuestas respecto de cuánto tiempo duraría la última conquista del jefe no hacían más que disminuir la productividad de todo el staff.

Abril sabía que las apuestas en torno a la vida amorosa de Xander eran algo habitual, pero ella nunca participaba de ellas. Todo el mundo creía que sólo estaba siendo amable e intentando pasar por alto los devaneos sexuales de su jefe. Pero ella sabía bien por qué no entraba en la penosa competencia en torno a las novias de Xander.

Axel y Ash venían caminando hacia ella, y Abril rápidamente bajó la vista. Pero Axel no permitió que aquel gesto pasara inadvertido. Advirtió el destello de dolor en sus ojos y le tocó el brazo suavemente con evidente preocupación.

—¿Qué sucede, Abril? Parece como si acabaras de perder a tu mejor amiga.

Abril soltó una carcajada amarga.

—Oh, cielos, te aseguro que no es nada tan dramático —le dijo, al tiempo que cuadraba los hombros contra el dolor que le laceraba su corazón estúpido y vulnerable—. Es solo el cambio de guardia. —Cuando vio sus miradas desconcertadas, suspiró y dijo: —La antigua novia de Xander se fue y entró una nueva. Todo el mundo está pagando sus apuestas en sus cubículos y haciendo nuevas apuestas por esta mujer. —Su mirada iba dirigida hacia abajo, deseando poder salir corriendo a su propia oficina y ocultarse hasta que se calmara el dolor, pero luego alcanzó a ver el billete de veinte dólares que pasaba de Axel a Ash.

—Fueron treinta y un días, ¿no? —preguntó.

Ella asintió. Se sintió abatida. No se dio cuenta de que tenía la boca abierta en un gesto de estupor ante el hecho de que incluso los dos hermanos menores de

Xander estuvieran involucrados en las apuestas.

Cuando las malditas lágrimas amenazaron con derramarse sobre sus pestañas, respiró hondo, desesperada, y se puso a caminar saliendo del paso de los dos hombres macizos.

—Si me disculpan —dijo, pero no se molestó en terminar la oración. Salió corriendo por el pasillo y se metió en su oficina.

No advirtió que los dos hombres se quedaron mirándola, mudos por la sorpresa.

—Vaya, no puedo creerlo... —dijo Axel, observando hasta que ella cerró de un portazo la oficina.

Ash apartó la mirada de la puerta ya cerrada y le sonrió a su hermano.

—Creo que me debes otros veinte —dijo.

Axel miró a su hermano y luego una vez más a la puerta cerrada.

—Habría jurado que... —comenzó a decir, y sacudió la cabeza—. Tenías razón. —Y le pasó otros veinte a Ash. —Por lo menos, sólo lo vimos nosotros.

Ash asintió. Tenía una expresión grave en el rostro, irritado por la falta de sensibilidad de su hermano mayor.

—Sí, por lo general, se controla más.

Axel sonrió y ambos se volvieron para continuar caminando por el corredor.

—¿Quieres apostar cuándo se dará por vencido y lo terminará admitiendo?

Ash comenzó a sacudir la cabeza.

—¡Maldición, no! ¿Crees que la mole de Xander tiene capacidad para registrar lo que le está pasando por dentro?

Ambos hombres se rieron, mientras seguían hacia su destino, ajenos a la mujer apoyada contra el marco de la puerta, que luchaba por contener las lágrimas. Por suerte, Abril no oyó la conversación o se habría sentido aún más humillada. Ya tenía que lidiar con el dolor de ver a Xander con otra belleza más. Odiaba esta situación, se dijo, limpiándose las lágrimas de las mejillas con violencia. ¡Qué tipo tan idiota! ¿Por qué tenía que traer a todas esas mujeres acá? Era un insulto al profesionalismo y la productividad de todo el personal.

Debía ser más discreto con su vida personal durante las horas de trabajo, ¡y jamás debía permitir que sus novias se pasearan tan orondas por allí! ¡Era algo amoral e inadecuado!

¡Y cómo dolía! ¡Maldito tipo!

Se sentó detrás del escritorio y dejó caer la cabeza entre las manos, tratando de controlar las dolorosas emociones que amenazaban con atenazarle la garganta. Debía buscar otro trabajo, se dijo con firmeza. No tenía por qué someterse al sufrimiento de presenciar sus idas y venidas con esas mujeres.

La idea de no estar allí, de no ver... a todos los hermanos Thorpe, le provocó otra punzada de dolor. Le gustaba su trabajo, salvo cuando había un cambio de

guardia. Realmente no debía permitir que la afectara tanto. Debía, sencillamente, mirar para otro lado y dejar que siguiera adelante con sus conquistas amorosas.

O tal vez lo mejor era hablar con él, tratar de convencerlo de que mantuviera a sus amantes fuera de la oficina. Eran demasiados los empleados que las observaban yendo y viniendo. Por no mencionar a los hombres más jóvenes del staff, expuestos a semejante circo. ¡Xander tenía que ser un ejemplo para los demás! En cambio, estaba enseñándoles a los hombres jóvenes que las mujeres eran descartables, que no valía la pena apostar por ellas para formar una relación seria.

En ese instante, sonó el alerta de escritorio para notificar una convocatoria de reunión. Miró su computadora y suspiró. No era el momento para pensar en la opción de buscar un empleo nuevo. Tenía otra reunión más a la que debía asistir. Por suerte, ésta era con su propio equipo, así que no tendría que sentarse frente a la mesa de conferencias y sentir la presencia de Xander. O aún peor, advertir la ira creciente cada vez que él la provocaba. El tipo era un genio en hacer que se saliera de sus casillas, y por más esfuerzo que hiciera para mantener el control, siempre terminaba lanzándole un par de comentarios mordaces sólo para devolvérsela. Él lograba que ella se transformara, pensó con resentimiento. Hacía que actuara de manera mezquina, y ella lo odiaba. Quería permanecer calma y fría, lucir profesional en todo momento. Pero él sabía cómo sacarla de quicio, y hacer que se enfureciera y dejara en evidencia su fuerte temperamento.

Respiró hondo y tomó un pañuelo de papel del cajón, dándose palmaditas sobre las mejillas. Con movimientos eficientes, sacó un espejo de otro cajón y corrigió el maquillaje, furiosa de que esta vez hubiera logrado hacerla llorar. Cuando su rostro volvió a parecer calmo, se puso de pie y caminó hacia la ventana de la oficina, haciendo varias aspiraciones profundas.

Del otro lado de la oficina, Xander observó con furia y frustración cada vez mayores a Abril Hallman entrando en su oficina y cerrando la puerta, para dejar a todo el mundo afuera. Vio a sus hermanos girar a la izquierda, y se recordó a sí mismo que debía preguntarles más tarde si sabían el motivo de su tristeza. Lo hubiera hecho en ese momento, pero tenía que deshacerse de Jessica Lilsedale. La irritante mujer se había prendido de su brazo anoche en una reunión benéfica, y no había podido sacársela de encima. ¿Por qué habría venido? La noche anterior no le había dado ningún tipo de señal de interés. ¿Por qué querría ahora charlar a solas con él?

Esa mañana había llegado temprano a la oficina. Con una agenda tan cargada, necesitaba tiempo extra para terminar el trabajo pendiente. Por lo general, en el otoño había menos trabajo que de costumbre en su área, pero por algún motivo ese año había sido diferente. Había más casos que nunca, e iba a tener que contratar más abogados si el ritmo de trabajo seguía así.

Xander estaba a cargo del área de derecho de familia del Grupo Thorpe, que incluía todo lo referido a la familia, pero mayormente divorcios. Tenía una floreciente práctica profesional, y los clientes prácticamente hacían cola frente a su puerta, para buscar formas de destruir al cónyuge que, sólo unos años antes, habían prometido amar, honrar y respetar. Siempre le sorprendía que las personas que una vez se habían prometido amarse tanto, como para desear compartir la vida juntos, pudieran reducir todo su mundo al dinero y al deseo de perjudicar al otro de la peor manera posible y del modo que fuera.

Jessica seguía parlotteando sobre algún tema intrascendente. Durante todo ese tiempo su mirada estuvo dirigida al corredor que conducía a la oficina de Abril, deseando que saliera y mostrara la cara para ver si estaba bien. ¿La habrían ofendido? ¿Se sentiría abrumada por la cantidad de trabajo que tenía? Si fuera así iría directamente a hablar con sus hermanos para que no la sobreexigieran. Era una sola, pero seguía aceptando más y más responsabilidad dentro de la firma.

Por todos los cielos, ¿de qué hablaba Jessica ahora?

—Entonces, ¿qué te parece? —preguntó, inclinando la cabeza y haciendo girar un mechón de su cabello rubio teñido alrededor de sus dedos, que culminaban en afiladas garras.

Xander no había escuchado una sola palabra de lo que había dicho.

—Lo siento, ¿qué preguntaste?

Jessica se rio y le dio un puñetazo juguetón en el hombro.

—¡Esta noche! ¿La fiesta? ¿Quieres divertirte un rato?

Asistir a una función con esa mujer irritante era lo último que haría en la vida. Armándose de toda la paciencia posible, acompañó a la insufrible señorita al ascensor, desentendiéndose de su cháchara insoportable.

—Estoy seguro de que te divertirás mucho más sin mí —le dijo y le tomó la mano para conseguir que ella le soltara el brazo. Llevó la mano a sus labios y, lo más cortésmente posible, le besó los dedos para despacharla por el ascensor que iba en descenso.

Apenas hubo desaparecido, respiró aliviado. Desgraciadamente, la nube de perfume empalagosa que dejó tras de sí le produjo náuseas. ¿Por qué insistían las mujeres en empaparse con esos perfumes pestilentes? Al instante, pensó en el aroma de Abril. Siempre olía fresca y limpia. No recordaba una sola vez en la que le hubiera sentido perfume. Pero siempre había olido... increíble.

De regreso en su oficina, se quedó de pie al final del corredor, observando la puerta cerrada de Abril. Estaba descontenta, y él no tenía ni idea de por qué, pero lo estaba matando por dentro.

No tenía ningún derecho a sentirse así. Ella era una empleada, y, como si fuera poco, una empleada excepcional. Él era uno de los dueños, así que correspondía que mantuviera distancia y la tratara como a cualquier otro

empleado. Él y sus otros tres hermanos eran dueños de partes iguales del Grupo Thorpe, y entre los cuatro controlaban prácticamente todas las áreas del derecho.

Lo que no podía controlar era su necesidad de tomar a Abril Hallman en sus brazos. Verla así, sus hermosos ojos marrones llenos de lágrimas, lo destruía por dentro. Odiaba verla sufrir.

¿Qué podía estar sucediendo?

Hacía cinco años que trabajaba en el estudio; primero, como recepcionista mientras seguía en la universidad, y luego, volviéndose cada vez más valiosa con el paso del tiempo. Y más hermosa. La había deseado desde la primera vez que entró caminando por la puerta buscando un trabajo, y aquella necesidad sólo se había intensificado a media que la fue conociendo.

Sabía que ella lo consideraba muy irritante. En ocasiones, buscaba hacerla enfadar solamente para ver la chispa de furia brillar en sus ojos marrones, y las pálidas mejillas encenderse de color. En otras, sentía un deseo tan desenfrenado por poseerla, por estar cerca de ella que se enojaba con el resto del mundo. Sus asistentes administrativas eran las más afectadas por sus arranques de ira, pero no podía negar el placer de trabajar con Abril cada vez que tenía que reemplazar a una asistente que renunciaba.

Por supuesto, resultaba conveniente que las últimas asistentes hubieran sido completamente ineptas. No era el tipo de persona que le pondría presión a alguien para que renunciara sólo para poder estar a solas con Abril. No, jamás le haría una cosa así a su staff. Aquellas que se habían marchado los últimos dos años realmente habían sido incompetentes y carecían de actitud para el trabajo.

La última había renunciado apenas el día anterior, pero no le importó, ya que había estado a punto de despedirla de todos modos. Los expedientes de los clientes eran un desastre absoluto, y la mujer perdió el control de todas sus reuniones, concertando tres citas para el mismo cliente, y dejando largos intervalos en el medio.

Pero ahora Xander sentía como si le estuvieran arrancando el brazo..., todo porque Abril estaba preocupada por algo. Y tenía que estar realmente mal porque, salvo que le hiciera un reproche, nunca dejaba que sus emociones se interpusieran en su trabajo. Se trataba de algo completamente inusual.

—La señorita Davenport está aquí para verlo —dijo su asistente temporaria, entregándole el expediente.

Xander tomó el dossier, resignado. Quería arrojarlo dentro de su oficina y avanzar como una tromba a la oficina de Abril para solucionar lo que fuera que la estuviera afectando. En cambio, se concentró en su siguiente cliente, leyendo rápidamente el expediente y echando un vistazo a los pormenores.

—¿Ya le ofreciste un café? —preguntó Xander, distraído por la lectura y pensando en Abril. Le preocupaba que alguien en la oficina la hubiera ofendido.

No, eso era imposible. Salvo él y sus hermanos, no había nadie que tuviera tanta autoridad en la oficina como Abril. Ella dictaminaba los horarios y el número de casos con precisión militar. Si alguien se atrevía a irritarla, lo ponía rápida y eficazmente en su lugar.

También le encantaba escucharla. Cuando uno de los otros abogados trataba de pasarla por encima, ella simplemente le cantaba las cuarenta. Cualquiera que se atreviera a enfrentar a la poderosa Abril Hallman, se volvía con la cola entre las patas.

Salvo él. Le encantaba enfrentarla directamente.

Desgraciadamente, sabía que Abril no tenía ningún interés en él. Tenía su propia vida, sus propios hobbies y planes para el futuro.

Pero no pudo evitar mirar su puerta cerrada antes de suspirar y abrirse camino a su oficina. La señorita Davenport lo esperaba. Ya iba por el tercer matrimonio y cada uno la hacía aún más rica que el anterior. Con ayuda de Xander, por supuesto.

Capítulo 2

Al día siguiente, Abril entró a la oficina bien temprano. Tenía que terminar algunos asuntos pendientes durante esos primeros minutos tranquilos del día antes de que llegara el resto del staff a trabajar. No podía creer lo complicada que estaba resultando la semana. Primero, habían arrestado a su mejor amiga por homicidio, y luego, otra asistente más había renunciado a trabajar con Xander. ¡Era la tercera en seis meses! ¿Qué hacía ese tipo para irritarlas tanto?

Sí, había que admitirlo, la última no había estado a la altura de las circunstancias. Le daba vergüenza admitirlo, pero supo desde el comienzo que no iba a funcionar.

De todos modos, en su defensa, cada vez que contrataban a una asistente personal para Xander, ella estaba obligada a trabajar codo a codo con él. Esta vez, durante la última ronda de entrevistas, Abril terminó por boicotear el proceso, porque cada vez le resultaba más difícil estar con él. Guardar distancia de Xander era la única manera de conservar la cordura mientras trabajaba tan estrechamente con él. Por desgracia, cuando entrevistaba asistentes tenía que sentarse a su lado y sentir el calor que emanaba de su cuerpo, incluso a la distancia que ella guardaba de él. No podía manejar esa situación durante más de unos pocos días, así que lo había convencido de que la última candidata era lo suficientemente buena para el puesto.

Ahora tenía que pagar el precio por acortar el procedimiento de entrevistas. Tenía que volver a pasar por todo el proceso: sentarse junto a él, escuchar sus comentarios provocadores, y discutir acerca de cuál era la mejor candidata.

Era agotador.

No entendía por qué incluso su oficina debía estar tan cerca de la suya. Era como si el tipo inventara maneras para torturarla.

Pero, por supuesto, Xander no podía saber lo que ella sentía por él. Para el resto de la oficina, ella y Xander eran antagonistas, con breves períodos de coexistencia pacífica. Aunque últimamente esos períodos de paz parecían pocos y cada vez más espaciados. En los últimos tiempos, parecía haberse incrementado la agresión mutua y, aunque por momentos resultaba estimulante, tenía que admitir que también era terriblemente extenuante.

En especial, cuando una de sus amiguitas aparecía para que salieran juntos de noche.

En esos momentos, realmente lo odiaba. ¡No era siquiera que el tipo tuviera un tipo de mujer que prefiriera! Salía con pelirrojas, rubias y castañas. Tenía citas con celebridades, actrices famosas, mujeres que estaban en el candelero y

profesionales aguerridas.

Con un suspiro, se secó los ojos y sacudió la cabeza.

“¡Basta! —se dijo con firmeza—. ¡El día avanza sin pausa!” Y ella también lo haría.

Se volvió y miró la computadora. Tenía varios asuntos pendientes, y no disponía de mucho tiempo. Estaba preocupada por su amiga Mia, que enfrentaba cargos de homicidio, pero cada vez que le preguntaba a Ash sobre ella, éste le decía que tenía todo bajo control. Debía confiar en él. Si había alguien que podía sacar a Mia de aquel embrollo, ese sería Ash; era brillante.

Mia volvería hoy a la oficina, para responder a más preguntas que le hicieran Ash y su equipo. Tal vez las dos podrían ir al cine esa noche, escapar de la presión de los cargos de homicidio que pesaban sobre Mia y del irritante jefe de Abril.

Suspiró y deslizó la silla bajo el escritorio, distrayéndose con los últimos planes para hacer que la oficina fuera más eficiente. Otra vez volvió a perder noción del tiempo a medida que surgía un tema tras otro. Le encantaba su trabajo, le encantaba que el resto de los empleados dependieran de ella para resolver los problemas. Su fuerte era justamente arreglar líos, y sentía una sensación incomparable cuando lograba llevar soluciones a cada problema y mantenía al Grupo Thorpe marchando sobre rieles.

Cuando finalmente advirtió el hambre que tenía, ya había pasado la hora habitual del almuerzo. Sacó la billetera y se dirigió afuera, donde levantó el rostro para sentir los tibios rayos del sol. No quedaban muchos días como ése, pensó. Las jornadas se estaban acortando, y un viento frío cortaba el aire nocturno. El invierno se acercaba con rapidez.

A pesar de lo tarde que era, seguía habiendo una gran multitud congregada para almorzar en la cafetería del edificio. Abril fue a pararse al final de la fila con un suspiro de resignación. Aunque esta cafetería estuviera siempre abarrotada de gente, tenía los mejores sándwiches por un precio razonable en un área de varias cuadras a la redonda. Preparaban una especie de salsa que les daba un toque especial y hacía que la experiencia se disfrutara mucho más. Nadie sabía qué ingredientes tenía la salsa, pero algunos habían intentado prepararla. Cada tanto aparecían recetas en la cocina de la oficina, en las que alguno creía haber dado con la fórmula secreta. Pero nadie lograba acertar con los ingredientes exactos, y el misterio continuaba.

Por lo general, Abril hacía el pedido y solicitaba que se lo tuvieran listo en la caja, un servicio muy eficiente que prestaba la cafetería. Pero esa mañana había trabajado demasiado. Y como le había costado dormirse la noche anterior, preocupada por Mia y Xander, preguntándose en qué andaría este último, se despertó demasiado tarde para desayunar. Así que ahora estaba famélica, y

aguardaba su turno para pedir un sándwich.

Lanzó una mirada a la calle, pensando que tal vez sería mejor comprarse un yogur en el pequeño almacén. Seguramente, sería mucho más rápido. Pero en ese momento, la fila se movió hacia delante y optó por satisfacer el hambre con un sabroso y bien condimentado sándwich.

—¡Oiga! —oyó que gritaba una voz a su izquierda. Miró hacia allí, pero tenía demasiada hambre para prestarle atención.

De pronto, la multitud se abrió, y Abril advirtió lo que sucedía. ¡Casi no dio crédito a sus ojos!

—¡Apártese del camino, vieja! —decía un hombre tosco y patotero a una anciana que llevaba zapatos grandes y un suéter abrigado incluso ese día tibio de octubre. Tenía el cabello gris desarreglado y la mirada nerviosa al observar con desconfianza al hombre de bigote crespo.

Otro hombre, más delgado y más alto, sacudió la cabeza.

—Ella estaba antes en la fila —dijo el desconocido, intentando calmar los ánimos, pero ni siquiera él quería enfrentar al corpulento fanfarrón.

—¿Ah, sí? —lo provocó el hombre, estrechando los ojos y apretando con fuerza los puños—. Entonces, ¡ demuéstrello! —dijo bruscamente y dio un paso adelante. Nadie dudó de su intención, al tiempo que la muchedumbre se dispersaba, empujando hacia atrás para evitar quedar atrapada en la pelea.

El desagradable hombre le lanzó una trompada, y no acertó a darle al caballero delgado, pero sí conectó con el costado de la anciana, que cayó con el golpe inicial. Su grito de temor fue oído por todos, pero nadie dio un paso adelante para intervenir en la disputa.

Una pequeña parte del cerebro de Abril seguía funcionando y le decía que no debía meterse. Pero la otra parte, la que no estaba funcionando de modo racional y se sentía escandalizada de que alguien le pegara a un anciano, fue la que terminó dominando. De pronto, se sintió furiosa de que este tipo le hubiera pegado a alguien que sólo estaba parado, esperando para almorzar. En lugar de retroceder junto con la muchedumbre, dio un paso adelante e instintivamente le tomó el brazo al macizo individuo. Por desgracia, advirtió demasiado tarde que el brazo no era sólo grasa, sino puro músculo. Pero para cuando se dio cuenta, el hombre ya se estaba dando vuelta para enfrentar la nueva amenaza.

Abril soltó el brazo del sujeto y se quedó parada con los pies ligeramente abiertos, las manos listas, tratando de anticipar lo que el hombre corpulento estaría a punto de hacer.

—Llaman a la policía —le ordenó a la multitud. No se lo dijo a nadie en particular, y sabía que la policía no podría llegar a tiempo para salvarla, pero de cualquier manera lo dijo como amenaza, esperando que el hombre se detuviera y reflexionara. Tal vez le daría incluso un poco de tiempo, el suficiente para

postergar la reacción del matón.

Pero no fue el caso. Pedir que llamaran a la policía sólo lo enfureció aún más. La parte racional de su cabeza, la parte que no estaba ciega de furia por lo que acababa de hacer aquel hombre, advirtió a todo el resto de los hombres y mujeres retrocediendo, asombrados ante los hechos que se desencadenaban delante de ellos. Se le pasó por la cabeza que, si todo el mundo unía esfuerzos, podían contener al hombre simplemente tomándole los brazos e inmovilizándolo sobre el suelo.

Pero era evidente que nadie estaba pensando racionalmente. Ni siquiera ella. Y el hombre se abalanzó sobre ella, arrojándole un puñetazo que le pegó en el mentón, mientras la otra mano se lanzaba hacia adelante buscando sus costillas. Soltó un gemido al sentir el dolor, se retorció levemente y usó el envión del hombre para hacerle perder el equilibrio. Pero él se recompuso en apenas unos segundos, sin darle tiempo para recuperar el aire. Al percibir el celo sanguinario en su mirada, supo que el tacle anterior sólo había sido un anticipo de lo que se venía, pero giró y preparó el cuerpo, dispuesta a hacer lo que fuera para detenerlo.

Lo único que vio fue que se arrojaba sobre ella un instante, y al siguiente había desaparecido, estrellado contra la pared de la cafetería, con el brazo torcido detrás de la espalda y la mejilla derecha, aplastada, con la mirada clavada en el techo.

—Así que te gusta pegarle a mujeres que tienen la mitad de tu tamaño, ¿eh? —oyó que decía Xander, torciéndole aún más el brazo. El hombre hizo un gesto de dolor. —¿Por qué no pruebas con alguien un poco más grande que tú para ver cómo te va? —preguntó.

Hubo un aplauso a su alrededor, pero Abril sólo vio el cuerpo enorme y magnífico de Xander, que perforaba con la mirada al hombre fornido. Sabía que debía disimular su admiración por su contextura alta y musculosa, pero era sencillamente demasiado imponente.

Se oyó una nueva conmoción al lado de la puerta con la llegada demorada de la policía. Las manos sobre sus armas, evaluaron rápidamente el estado de cosas. Cuando vieron quién tenía inmovilizado al hombre, los dos oficiales de policía se quedaron boquiabiertos.

—¿Se encuentra usted bien, señor Thorpe? —preguntó uno de ellos, corriendo hacia él con las esposas en la mano. De inmediato, se ocupó hábilmente del hombre retenido.

—Estoy bien. Pero este hombre atacó a la mujer que está en el suelo y a Abril Hallman, la gerenta de mi oficina.

El oficial de policía se sentía más que un poco sobrecogido ante la presencia de Xander Thorpe. Era famoso tanto en el ring de boxeo como en el ámbito judicial. Pero el oficial cuadró los hombros, queriendo proyectar una imagen profesional

delante de la figura que la mayoría de los oficiales veneraba.

—Lo ficharemos por asalto con agresión, y por alteración del orden público —dijo el otro oficial. Se acercó a la anciana, y la ayudó a ponerse de pie, interrogándola para ver si necesitaba una ambulancia. Mientras tanto, Xander se dio vuelta para fulminar a Abril con la mirada. Al instante, ella se sintió intimidada por la furia que vio en sus ojos azul índigo. ¿Por qué estaba enojado con ella?

Está bien, se trataba de una pregunta tonta. Xander siempre estaba enojado con ella por un motivo u otro. Y por lo general ella le devolvía el veneno, sin aflojar ni un metro. Pero jamás lo había visto tan furioso. Normalmente, limitaba su ira a breves comentarios sarcásticos en una reunión o a soltar acotaciones mordaces cuando ella no le encontraba un nuevo empleado o un reemplazo lo suficientemente rápido.

Pero ahora el nivel de furia era incomparable.

Mientras los oficiales de policía trataban de organizar a los testigos, obtener declaraciones y llevarse a rastras al matón, Xander caminó lentamente hacia ella. En realidad, no fue que caminó sino que la acechó. Sólo mediaban cinco pasos entre ambos, pero pareció un siglo hasta que llegó junto a ella. Cuando estaba a menos de un centímetro, Abril levantó la mirada hacia sus ojos azules, estirando el cuello hacia atrás, porque no podía retroceder y él tampoco cedía.

No dijo una palabra. Sencillamente, le atenazó el brazo con una mano de hierro y la arrastró fuera de la cafetería.

—Vamos a necesitar que la señorita Hallman preste declaración —comenzó a decir uno de los oficiales mientras Xander la arrastraba a la puerta.

Abril apuró el paso para alcanzarlo, porque Xander era mucho más rápido que ella. Además, llevaba tacos de ocho centímetros. Sabía que sus piernas lucían increíbles, pero no eran el calzado adecuado para caminar a las apuradas.

—Iré con ella más tarde —replicó Xander al oficial lo más cortésmente que le permitió la furia.

Abril estaba a punto de exigir una explicación, pero él no le dio tiempo ni para tomar un respiro. Este tipo la había torturado durante años con su rabia, ¡estaba harta! ¡Hoy mismo se acabaría! Estaba a punto de soltar el brazo y enfrentarlo, cuando él tironeó de ella y la llevó a un costado del edificio.

Xander ni siquiera intentó controlar la furia. Jamás había estado tan aterrado en su vida como cuando vio a Abril enfrentarse a ese sujeto despreciable. Y cuando el tipo de hecho le pegó, estropeándole la piel hermosa y perfecta, fue suficiente para descontrolarlo. A partir de ese momento dejó de pensar de manera racional. Se transformó en puro instinto. Sintió que la ira le bombeaba por las venas y se abalanzó sobre el hombre antes de que pudiera volver a lastimar a Abril, instantes antes de que arremetiera por segunda vez, arrojándolo contra la

pared. Con un movimiento despiadado, Xander le torció el brazo detrás de la espalda, queriendo desesperadamente arrancárselo del cuerpo. Miró hacia atrás, y volvió a ver a Abril. Verla, saber que una vez más estaba a salvo, era lo único que le devolvió un cierto control sobre sí mismo.

Cuando llegó la policía, se sentía más que aliviado de poder entregarle la escoria que tenía retenida, pero seguía presa de la furia y el terror. Con un gruñido ronco y la decisión de garantizar que Abril, su Abril, su Abril hermosa, delicada, dulce y demasiado valiente, estuviera fuera de peligro, la aferró bruscamente del brazo. No estaba seguro de lo que iba a hacer. Sólo supo que tenía que asegurarse de que estuviera a salvo. De que siguiera entera.

Cuando vio el costado del edificio, fuera de la vista de los transeúntes, la arrastró allí. Pensó que solamente la encararía, le exigiría una explicación respecto de por qué había arriesgado su cuerpo y su vida de un modo tan ridículo. Pero en cambio la besó. Aunque no fue sólo un beso. Se trató de uno de esos besos avasalladores, turbulentos, demoledores, que demostró todo lo que sentía por esta mujer.

Abril estaba tan sorprendida cuando la boca de él cubrió la suya que el estupor la dejó inmóvil unos segundos. Y luego cayó en la cuenta de que Xander la estaba besando. No, no sólo la estaba besando. Presionaba su cuerpo contra el suyo, frotaba las caderas contra las suyas, deslizando las manos sobre su cuerpo... nada menos que bajo la blusa de seda... y no pudo detener la ola de deseo, inmediata y potente, que la recorrió por dentro. No recibiría aquel beso de manera pasiva. Arremetió ella misma, exigiendo más, deslizando las manos sobre sus brazos, sintiendo esos músculos abultados debajo de la camisa de vestir engañosamente circunspecta hasta que sintió el calor de su piel en el cuello. Hizo una pausa para disfrutar de aquel calor, absorbiendo con los dedos la textura de su piel antes de seguir subiendo, y descubrir que su cabello era tan suave, tan sedoso... Probablemente, era lo único que tuviera ese hombre que fuera suave, y no creyó posible que fuera tan placentero, que su sabor fuera tan increíble. Deseó a este hombre como no había deseado otra cosa en la vida. Lo deseó más de lo que creyó posible.

¡Y luego se apartó de ella!

Abril levantó la mirada, sorprendida y confundida. La boca le temblaba de deseo, quería sentir los labios firmes de Xander sobre los suyos, tomando, saboreando, entregando.

¿Por qué se había detenido? ¿Por qué le hacía esto? ¿Acaso no se daba cuenta de lo que le había despertado por dentro?

En el momento en que su calor maravilloso y seductor se alejó ligeramente de ella, y la mente dejó de estar ocupada por aquel beso alucinante, las costillas de repente le comenzaron a doler. Trató de no manifestar el dolor, pero no debió

conseguirlo, porque los ojos de él se entornaron y se apartó de ella para poder observarla.

—¡Estás lastimada! —dijo bruscamente, y el aliento siseó entre sus dientes mientras se inclinaba aún más, examinando su mejilla y la línea de su mandíbula, que recién entonces comenzaban a mostrar señales del golpe recibido.

—Estoy bien —susurró ella, pero las manos de él se movieron apenas, y soltó un gemido de dolor.

Xander apretó los labios al descender la mirada hacia ella, y la furia de siempre estalló en medio del enajenamiento de la lujuria.

—No estás bien —dijo contradiciéndola. Con destreza le palpó las costillas. Cuando ella volvió a hacer un gesto de dolor, él sacudió la cabeza—. Te llevaré al hospital —le dijo.

Ella movió la cabeza.

—¡No! ¡Al hospital, no! —le dijo con firmeza. Su madre había muerto en un hospital, y en su mente habían quedado asociados pensamientos negativos de manera perdurable e irracional.

—Necesitas ver a un médico —le dijo con firmeza—. Y seguramente debes hacerte una radiografía para ver el estado de tus costillas.

—Mis costillas están bien —le aseguró enfática. Le tomó el antebrazo con los dedos para evitar que hiciera algo cruel, como apartar la tibia mano de su piel, que de pronto había aprendido a reconocerlo. —Apenas un poco lastimadas. Me repondré. —Para probarlo, contuvo el aliento, preguntándose si sus dedos se moverían esos escasos centímetros más arriba. Sus pechos sentían un deseo tan imperioso de que lo hiciera, y su mente estalló al imaginar su pulgar, apoyado justo debajo del pecho, moviéndose hacia arriba. El pezón ya se había endurecido en anticipación, pero no podía decir nada, no le podía rogar que terminara lo que recién había comenzado.

Se quedaron mirándose un largo instante. El aire pareció crepitar entre ellos, como si estuviera cargado de la electricidad que chisporroteaba entre sus cuerpos. No podía respirar; tampoco, moverse. Nada en el mundo tenía sentido salvo que este hombre deslizara la mano hacia arriba para cubrirle el pecho y hacerle sentir su calor.

Cuando él movió la mano ligeramente, ella no pudo ocultar el dolor que la atravesó por dentro.

Xander dijo algo en voz baja que era irreplicable, y luego dio un paso hacia atrás.

—Te llevaré a un hospital.

Comenzó a tirar de ella hacia el auto, pero ella se resistió.

—Por favor —le rogó, y su mirada reveló el temor que sentía hacia los hospitales—. Me daré un baño de agua tibia y se me pasará todo —prometió—.

Pero al hospital, no.

—Pero necesitas ver a un médico —razonó él.

Un médico era mejor, pero en realidad prefería mantenerse alejada de todo eso. Su filosofía sobre la enfermedad en el pasado había sido fingir que no existía. Hasta ahora, había funcionado bastante bien.

—Si mañana no me siento bien, te prometo que veré a mi médico.

Xander sabía que era mejor si veía a un médico ahora, pero no pudo ignorar la mirada de súplica en sus lustrosos ojos marrones. Había visto antes su terquedad, y sabía que no cedería un ápice. Se inclinó hacia ella, y apoyó los brazos sobre el edificio que estaba detrás, a ambos lados de su cabeza.

—Está bien —dijo—, te darás un baño de agua caliente y descansarás el resto de la tarde. Si no lo haces, te llevaré al hospital y te ataré yo mismo a la máquina de rayos X si hace falta. Y lo haré de todos modos si el baño no es suficiente. —Cedió un poco, y acercó la mano a su mejilla para acariciarla, acunando su cabeza en su mano grande y fuerte. —De todos modos, te prometo que si terminas yendo a un hospital no dejaré que te suceda nada —dijo con voz ronca y profunda.

Cuando la trataba de un modo suave y dulce, el corazón de Abril se colmaba de algo que se negaba a identificar. No sabía cómo lidiar con un Xander amable. Estaba tan acostumbrada a pelear por todo con él que este nuevo Xander era un misterio. Y también los sentimientos que amenazaban con llenarle los ojos de lágrimas. Parpadeó rápidamente, tratando de ocultarle su vulnerabilidad. No terminaba de comprender lo que estaba sintiendo, y aquello la asustó.

—Ven —dijo él, todavía con esa voz suave y bondadosa. Le tomó la mano y la condujo por la parte posterior del edificio hacia el estacionamiento. Con un clic destrabó los seguros de su moderno sedán negro y abrió la puerta del lado del acompañante para que entrara.

—Puedo manejar...

—Entra, Abril —la interrumpió. Lo dijo con firmeza, pero sin perder el tono suave, persuasivo, como diciendo “no vas a poder salirte de ésta”.

Con un suspiro, se deslizó sobre el suave asiento de cuero. Una sensación de opulencia la embargó cuando el lujo le ciñó el cuerpo. Pero no tuvo tiempo de pensar más en ello, porque un segundo después, Xander estaba metiéndose al lado de ella, extendiendo las largas piernas peligrosamente cerca de sus muslos. El auto podía ser un sedán de lujo, pero Xander era un hombre gigantesco, y rara vez había un espacio que fuera lo suficientemente grande para él. Cualquiera fuera la habitación en donde estuviera, a ella siempre le parecía pequeña. Tenía hombros enormes, músculos abultados en todo su cuerpo, y piernas tan largas que zanjaban velozmente la distancia entre dos puntos. Resultaba increíble cuando tenía que moverse de la puerta de su oficina a su escritorio. Cada vez que entraba en su

oficina, Abril se sentía atraída por sus piernas: la boca se le secaba al observar aquellos músculos fibrosos bajo los pantalones confeccionados a medida.

—¿Adónde vamos? —preguntó, tragando el nerviosismo que de pronto asomó por tenerlo tan cerca.

—Te voy a llevar a tu casa —le dijo. Sus largos y delgados dedos manejaban con destreza el manubrio. Abril quedó fascinada por esos dedos, imaginándolos revisando sus costillas, preguntándose cómo se verían sobre su pálida piel.

Respiró hondo y desvió la mirada, dirigiendo la vista fuera de la ventana.

—Gracias por tu ayuda —dijo.

Xander oyó el temblor en su voz y se dio cuenta de que recién ahora caía en la cuenta de lo que había sucedido. La adrenalina iba desapareciendo, y muy pronto comenzaría a sentir el cansancio.

—De nada —le dijo, y luego tuvo que sacudir la cabeza al recordarla de pie delante de la diminuta anciana, protegiéndola mientras enfrentaba al hombre pendenciero—. ¿Por qué lo hiciste? —preguntó, girando a la izquierda y luego a la derecha.

Tal vez podía estar mirando por la ventana, pero no observaba el paisaje. Recordaba el momento en la cafetería cuando el hombre se volvió agresivo, y comenzó a repasar con la mente todo lo que había sucedido.

—No lo sé. A esos dos nadie más los iba a defender. Alguien debía hacerlo.

Él miró sus delgadas piernas, cruzadas recatadamente a la altura de los tobillos, y las manos, apretadas en el regazo.

—Así que tomaste la iniciativa y le dejaste bien claro quién mandaba. —Se rio al recordarla parada allí, con los tacos sexy de ocho centímetros de altura, las piernas separadas a la altura de los hombros en una postura perfecta para pelear, y los brazos delante del cuerpo, con los puños levantados como si sus cincuenta y cinco kilos pudieran detener a un toro salvaje de ciento veinte.

Abril se sonrojó al recordarlo.

—Está bien, entonces fuiste tú quien le dejaste claro quién mandaba realmente. La verdad es que me impresionó cómo lo sacaste de combate.

—Mis hermanos y yo nos entrenamos en un ring. —Descendió la mirada hacia ella brevemente, pero ella entendió. Era evidente que le estaba diciendo que estaba entrenado para intervenir y hacer algo así. Ella, no.

Se mordió el labio y miró por la ventana. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió vergüenza.

—No iba a dejar que esa inocente mujer sufriera a causa de aquel hombre.

—Admirable. Valiente —dijo, asintiendo con la cabeza—, pero también estúpido. Te podrían haber lastimado gravemente.

—Pero no sucedió —dijo simplemente, ignorando el dolor que comenzaba a palparle en la mandíbula y las costillas. Jamás le admitiría lo fuerte que había

sido el golpe propinado por el hombre. Lo podía manejar sola, se dijo en silencio.

Él respiró hondo sintiendo una nueva ola de furia por dentro.

—Esta vez... Prométeme que jamás volverás a hacer una cosa así.

Ella se mordió el labio y miró hacia la derecha, afuera de la ventana.

—Te prometo que no haré nada que crea que sea estúpido.

Él maldijo por lo bajo, intentando controlar la ira.

—Lo cual deja fuera muchas de las cosas que yo sí considero que podrían ser estúpidas —dijo, entendiendo perfectamente lo que ella le quería decir.

Condujo el auto dentro de un estacionamiento y de inmediato lo ubicó en un espacio disponible.

—Vamos —dijo, y apagó el motor.

Abril ya estaba fuera del auto cuando advirtió que ésa no era su casa. Ni siquiera era su barrio. Incluso si hubiera ahorrado todo su salario por el resto de su vida, jamás se hubiera podido comprar ni el apartamento más pequeño en aquel suburbio.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En casa. Voy a asegurarme de que te repongas —dijo, y apoyó la mano sobre su espalda para guiarla hacia los ascensores.

El corazón de Abril comenzó a latir con fuerza, triplicando sus pulsaciones ante la sola idea de entrar en el reducto íntimo de Xander. Ni siquiera acostumbraba entrar en su oficina. Cuando tenía que hablar con él sobre algún tema, se quedaba de pie en la entrada. De ningún modo entraría en su ámbito privado. Si su oficina era demasiado personal, no podía ni imaginar lo que sentiría al entrar en su apartamento.

—Debo regresar a casa —dijo rápidamente, comenzando a volverse hacia la puerta. Tenía la intención de tomarse un taxi que la llevara a su casa, donde se recluiría del mundo. Tenía terror de estar sola con Xander en su casa. Lo que más la aterrizzaba era estar a solas con él, pero, también, estar rodeada de todos sus objetos personales. Ya era difícil estar en su presencia.

Pero Xander no se lo permitiría de ningún modo.

—Ven —le replicó, y le rodeó la cintura con el brazo, con cuidado para evitar tocarle las costillas—. Estarás cómoda. No dejaré que te pase nada.

Ella accedió, pero sólo porque las rodillas le temblaban tanto que no pudo detener el envión que había iniciado hacia los ascensores. Al entrar en el ascensor, se apartó de Xander, pero él seguía estando demasiado cerca, y dominándola con su presencia. Como en una sala de conferencias o en su auto, el hombre ocupaba todo el espacio, llenando cada partícula de aire con su masculinidad.

Cuando las puertas se abrieron, él le volvió a poner una mano fuerte en la cintura, conduciéndola hacia el apartamento. Ni siquiera pudo darle una rápida mirada. Él la guió directamente a una habitación fabulosa y luego a un baño de

mármol enorme, repleto de detalles de acero y cromo. En el medio, había una bañera gigante con hidromasajes. Sintió que se le salían los ojos de las órbitas ante semejante lujo, y no pudo evitar un gran suspiro al imaginarse relajada en la enorme bañera de mármol.

Él la oyó suspirar y soltó una suave carcajada.

—Me alegro de que por fin haya algo mío que te guste.

Ella mantuvo la boca cerrada mientras él se inclinaba y abría el grifo de agua, pensando que definitivamente le gustaba su trasero. Era un estupendo trasero, marcado por la fina tela de su pantalón, y sintió que se le volvía a secar la boca. Le fue imposible apartar la mirada, y no vio cuando él le echó algo al agua. De inmediato se formaron burbujas que subieron a la superficie a medida que el agua rápidamente llenó la bañera.

Se volvió y alcanzó a verla sonrojarse, pero no comprendió por qué.

—Buscaré algo para el dolor. Métete en la bañera y relájate.

Pensó que tal vez asintió con la cabeza, pero no tenía certeza de ello. Estaba completamente aturdida, asustada, y la mente no le funcionaba. No podía reaccionar, incapaz de creer que realmente estaba parada en medio del lujoso baño de Xander.

La puerta se cerró con un clic detrás de ella, pero siguió mirando fijo la bañera, que rápidamente se llenó con burbujas y agua. Fue demasiado tentador para que su cuerpo dolorido resistiera. Con dedos temblorosos y echando miradas furtivas hacia atrás, se desvistió, dobló rápidamente la ropa y ocultó sus tanga y corpiño de encaje. Su mirada se posó en el agua cálida, deseosa ahora sí de sentir el alivio que le proporcionaría el agua caliente.

Unos escalones subían a la bañera elevada, y del otro lado descendían otros. ¡Era gigante! ¡Y maravillosa! Estaba ubicada en un rincón del baño, y un enorme ventanal con vista a la ciudad dejaba ver a lo lejos el río Chicago y el horizonte poblado de rascacielos y autopistas, que bullían frenéticos de actividad.

Se deslizó dentro del agua caliente y perfumada, y cerró los ojos mientras el calor recorría todo su cuerpo, calmando rápidamente los dolores, al menos de momento. Se recostó hacia atrás, sorprendida por la sensación maravillosa del mármol que se adaptaba a su cuerpo, relajándole la espalda y las piernas. Debía ser seguramente la bañera más cómoda en la que se había bañado jamás, pero eso no quería decir mucho, ya que las únicas bañeras en las que había podido disfrutar de un baño habían sido las comunes, que eran mucho más adecuadas para bañar niños que para acoger un cuerpo adulto. Su propia casa en la ciudad era agradable, perfecta para sus necesidades, salvo por su clásico baño funcional.

Con un suspiro, permitió que su cuerpo se relajara. Cerró los ojos y dejó volar la mente hacia aquel beso al costado del edificio. Por el momento, no hizo ningún esfuerzo por entender por qué había dejado que Xander la besara ni por

qué siquiera había reaccionado a su beso. Había visto a las mujeres desfilando por su oficina para encontrarse con él. Todos los meses acompañaba a una mujer diferente a fabulosas fiestas y reuniones sociales en la ciudad. Las que tenían suerte podían durar cinco semanas; las aburridas, tal vez sólo tres. Una mujer afortunada había conseguido mantener vivo su interés un récord de seis semanas.

No era que estuviera pendiente de lo que duraba cada una de ellas en brazos de Xander. Pero era difícil ignorarlo cuando resultaba tan frecuente.

Además, el personal de la oficina hacía apuestas para determinar cuánto tiempo duraría cada una, así que era complicado mantenerse ajeno al cotilleo o al pozo de la oficina, pegado sobre la puerta del freezer en la cocina de la firma.

Sin quererlo, se estremeció de solo pensar en el momento en que sus colegas apostarían cuánto tiempo podía mantener despierto el interés de Xander por ella. Eso no quería decir que siquiera lo intentaría. ¡El tipo era un imbécil total!

Sin embargo, no lo culpaba. Veía lo peor en las relaciones. En el sentido más básico, su trabajo consistía en destruir un matrimonio, diseccionarlo en mil pedazos y obtener el máximo provecho de una relación para uno u otro de los cónyuges. Se enfrentaba no solo con la peor parte de un matrimonio, sino con la maldad y la mezquindad de cada individuo. No solo de su cliente, fuera la esposa o el esposo, sino que, sentado del otro lado de la mesa, también veía el rostro más terrible de la parte contraria. Las peleas que estallaban cada tanto eran feroces en tanto el rencor afloraba de todas las formas posibles.

Tal vez debía ser más amable con él, más considerada. El hombre veía la maldad en tantas personas...; no debía tener que verla en las personas con las que trabajaba.

Tal vez debía mudar su oficina a otro piso. No necesitaba estar en el mismo piso que él, pensó mientras pasaba revista mentalmente a los cuatro pisos y su distribución. Siempre que habían ampliado su presencia en el edificio, era ella quien asignaba las oficinas a los abogados y asistentes. Siempre, por alguna razón inexplicable, había conservado su propia oficina en el mismo piso que Xander.

En realidad, en una oportunidad, después de una semana particularmente frustrante, había reorganizado algunas cosas y estuvo a punto de trasladar su oficina al sector de Ryker. Pero ese cambio había sido frustrado. Nunca entendió bien todos los pormenores, pero en aquel momento no lo discutió.

Tal vez fuera hora de trasladarse a una nueva área, para alejarse un poco más de él. Seguramente, podía destinar su oficina a un nuevo abogado. Tenía más de setenta abogados de divorcio bajo su mando a lo largo de todo el país, y más de treinta de ellos estaban aquí en la oficina de Chicago. Siempre le resultaba increíble la cantidad de personas que querían disolver su matrimonio, pero en cuanto a su negocio, marchaba sobre rieles.

Cerró el agua, disfrutando del silencio mientras el dolor de las costillas iba

disminuyendo poco a poco. Xander había tenido razón. Un baño caliente era exactamente lo que necesitaba. Y seguramente hubiera desestimado la idea si hubiese vuelto a su casa. Lo más probable era que hubiera sacado la computadora para tratar de resolver los mil problemas que requerían su atención todos los días.

Sí, esto era perfecto, pensó eufórica. Abril tenía que recordarse a cada instante que no estaba entusiasmada porque fuera el baño de Xander. Simplemente, porque se sentía relajada por primera vez en... meses.

En realidad, relajada no era la palabra. No, lo que sentía no era para nada una sensación de relajación. Se sentía renovada. Sí, ésa era la palabra. Se sentía renovada por el agua y las burbujas. Seguramente eran las burbujas con aroma a lavanda que él le había puesto.

De pronto, pensó... ¿por qué tenía Xander baño de burbujas con aroma a lavanda? Ni siquiera había tenido que ir a buscarlo. El sentimiento de felicidad se disipó rápidamente, y emergió dentro de ella algo oscuro y hosco al tiempo que las burbujas comenzaban a reventar y desinflarse.

De pronto, la puerta del baño se abrió, y Xander apareció; sus ojos azul índigo lanzaban chispas.

—¡Tú dejaste que te besara! —gruñó.

De inmediato desaparecieron las especulaciones acerca de quién había traído las burbujas a su casa, y sintió que la boca se le secaba al recordar aquel beso. Aquel beso increíble, ardiente, que le había volado la cabeza.

Comenzó a sacudir la cabeza, pero él se acercó a grandes pasos, con las manos apretadas sobre las caderas, y apenas se detuvo cuando llegó al lado de la bañera.

—Sí, tú también me besaste.

Habiéndolo afirmado, se inclinó hacia abajo y la levantó de la bañera. El agua le chorreó del cuerpo, y las burbujas se adhirieron en lugares poco estratégicos.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó, pero no esperó una respuesta.

El beso le provocó un temblor en todo el cuerpo. No tuvo tiempo de sentir vergüenza de estar completamente desnuda, ni de advertirle que estaba empapada. Casi ni se dio cuenta de que en algún momento él se quitó el saco del traje y la corbata. Lo único que supo era que sus fuertes brazos la estaban envolviendo y la estaba besando una vez más. Aquella sensación estremecedora de deseo, que había sido reprimida durante el breve viaje de la oficina a su apartamento, se volvió a encender, y un escalofrío de excitación le recorrió el cuerpo.

No fue consciente cuando sus brazos se envolvieron alrededor de su cuello, pero tembló cuando las manos de él se deslizaron sobre sus brazos, descendieron por su espalda, y ahuecaron sus nalgas, empujando sus caderas contra las suyas.

Nada le era suficiente, y apretó el cuerpo aún más, sin siquiera tratar de entender lo que estaba sucediendo, en tanto todo su ser se concentraba en aquella ola palpitante e implacable de deseo que se anudaba en la parte más baja de su vientre.

Cuando apartó la boca con violencia de la suya, ella soltó un grito de protesta, pero la ignoró y la tomó entre sus brazos, para levantarla en el aire. Miró hacia abajo y casi se derrite cuando la boca de él descendió sobre su pezón. No se dio cuenta de que tenía las piernas envueltas alrededor de su cintura ni de nada más. El tiempo, el trabajo, las responsabilidades..., todo quedó suspendido en el tiempo. Dejó caer la cabeza hacia atrás, y el deseo la inundó al sentir que la boca de él le succionaba el pecho con fuerza, provocando y apenas rozándolo antes de incrementar de nuevo la presión. Cuando movió la boca al otro pecho, pensó que estallaría de placer.

No tuvo tiempo para procesar todo lo que estaba sucediendo, ni siquiera para darle algo a cambio. Los brazos de él la volvieron a posar sobre el suelo y ella lo besó a su vez, tratando de manejar lo que la hacía sentir. Pero no había caso. Sus manos estaban en todos lados, encontrando lugares en su cuerpo que ni siquiera sabía que tenían terminaciones nerviosas. Parecía que cada lugar donde tocaba intensificaba aún más ese maravilloso y terrible deseo.

La sensación fría a sus espaldas fue el único momento de cordura, pero eso también quedó en el olvido cuando lo sintió deslizarse dentro de su cálido cáliz. No recordó el movimiento de sus dedos tirando, prácticamente arrancándole la ropa, ni a él mismo tomando la billetera para enfundarse el preservativo. Sólo supo que, por una fracción de segundo, cuando finalmente quedó desnudo y sus cuerpos pudieron tocarse sin la molestia de la ropa, se sintió satisfecha. Aquel momento desapareció en el instante en que se movió dentro de ella, encendiéndole la piel en mil lugares y enloqueciéndola de deseo. Cuando movió su cuerpo, ella soltó un grito. El ardor se calmó apenas, y ella se movió para acogerlo aún más. No se dio cuenta de que sus uñas estaban clavándose en la piel de sus hombros. Sólo supo que quería seguir sintiendo aquel apetito, y que deseaba hallar algo para calmarlo.

Cuando sintió el ligero dolor, lo ignoró y descendió las manos sobre su espalda para que él la penetrara aún más. Una vez que lo tuvo completamente dentro, sonrió eufórica.

Pero luego él comenzó a moverse y el deseo casi se transformó en dolor. Incapaz de manejarlo, movió la cabeza hacia adelante y hacia atrás, y levantó las caderas para encontrarse con sus embestidas mientras sus manos descendían y sus dedos empujaban las caderas de él para que se moviera aún más rápido.

En el momento en que su mundo estalló, jadeó y gritó, aferrándose a Xander, incapaz de manejar la ola tras ola de placer que el cuerpo de él le provocó, pero aun así saboreando la experiencia.

Xander sintió su clímax y observó fascinado. Controló su propia liberación, queriendo que ella disfrutara del momento al máximo. Pero con el cuerpo de ella que se contorsionaba debajo de él, no pudo reprimirse más y se derramó hacia fuera, apretando los dientes con el clímax más intenso y asombroso que hubiera experimentado jamás.

Casi se colapsó sobre ella, pero a último momento, recordó sus costillas lastimadas y se dio vuelta. Sintió un shock tras apoyar la espalda sobre los azulejos fríos, pero luego sus dedos hallaron el cabello de ella y jugueteó con los suaves mechones, gozando unos momentos más de la emoción de tenerla con él y de acabar de hacerle el amor a la mujer más perfecta que hubiera conocido.

Abril jadeó cuando sintió que la atraía hacia él, pero no tenía la suficiente energía para protestar. Así que cuando finalmente quedó extendida sobre su pecho musculoso en lugar de debajo de él, sólo atinó a recostarse sobre él, tratando desesperadamente de recuperar el aliento.

Se estremeció al sentir sus manos deslizarse sobre su espalda, y sonrió cuando sus propios dedos se entrelazaron en la ligera capa de vellos sobre su pecho. Pero luego sintió algo más abajo y sus ojos se abrieron aún más. Levantó la cabeza apenas, mirándolo y casi se rio al ver su mandíbula tensa.

Abril se movió ligeramente, y sintió que él se volvía a hundir en ella. Soltó un gemido, desplazando las caderas un poco.

—¡No hagas eso! —gruñó él, y trató de mantenerle quietas las caderas.

Abril cerró los ojos y empujó contra su pecho.

—¿Por qué no? —preguntó, temblando una vez más.

Las manos de Xander se deslizaron sobre su cuerpo hasta llegar a sus pechos y ahuecarlos.

—Porque si no te detienes, vamos a tener que comenzar de nuevo —dijo con un gruñido ronco.

Ella estaba fascinada. Volvió a moverse apenas y jadeó cuando su cuerpo se volvió a estremecer.

—¡Cielos! —suspiró y cerró los ojos. Echó hacia atrás la cabeza y apoyó las manos sobre su vientre, moviéndose una vez más. Decididamente, le gustaba esa posición, habiendo oído hablar y leído sobre ella en libros. Aunque todavía estaba por verse si era mejor o no que la otra.

Inhaló bruscamente y sintió que las manos de él se desplazaban a sus caderas, para colocarla sobre su erección. Su boca se abrió sorprendida. ¿Cómo era posible que algo tan invasivo le resultara tan maravilloso?

—Hazlo de nuevo —gruñó él.

Abril volvió a levantar las caderas, sintiendo la fricción y estremeciéndose al sentir el hormigueo que se concentraba justo allí abajo e irradiaba hacia fuera.

—Sí —suspiró.

—Maldición, Abril —gimió—. Tienes que moverte, cariño.

Ella se mordió el labio. Siguió a un ritmo lento para poder sentirlo todo, absorber todas las sensaciones. Le gustaba esto. ¡Mucho! Ignorándolo, se movió como quiso, apartando sus manos de sus caderas cuando trató de que se moviera como él quería que lo hiciera. Descendió la mirada hacia él. Tenía los ojos dilatados al tiempo que su cuerpo ondulaba contra el suyo. Xander terminó apoyando la cabeza hacia atrás, sobre los azulejos del baño, y dejándola tomar la iniciativa. Disfrutó eso sí del panorama, incluso si pensó que tal vez sufriría una lenta agonía por el modo en que se movía, tan lentamente, y por la belleza con que temblaba su cuerpo.

Cada vez que hundía las caderas en él, lo llevaba más y más arriba. Xander intentó refrenarse a toda costa. Lo emocionaba verla descubrir su cuerpo, pero después de varios minutos de aquella tortura lenta, no lo pudo soportar más. Levantándose de modo que la tenía prácticamente sentada sobre su regazo, atrapó el pezón de ella con la boca, succionando con fuerza, y luego lamiendo con la lengua para volver a succionar, y pasar al otro. Los gritos de ella lo incitaron y le agarró las caderas con fuerza para tomar control del ritmo. Tras levantarla en el aire, se hundió dentro de ella, al tiempo que le besaba los pechos. En ese momento, el clímax de Abril le provocó un grito, y su cuerpo se retorció buscando alejarse de él a la vez que le exigía que siguiera adelante. Finalmente, terminó desplomándose sobre él. Sólo le llevó a Xander unas pocas embestidas para alcanzar su propio clímax, tras lo cual se derrumbó hacia atrás sobre los azulejos del baño, repleto una vez más, y con aquella increíble mujer entre los brazos.

Capítulo 3

Abril miró a su alrededor, azorada por la tenue luz que comenzaba a asomar a través de las ventanas. La noche anterior Xander no se había molestado en cerrar las persianas de su dormitorio, pero ella no le había dado una oportunidad. Suspiró e intentó hundir el rostro en la almohada al lado de ella. Tal vez estuviera sola en la cama, pero podía sentir aún el calor de él en todo el cuerpo. Incluso agotada como estaba en ese momento, seguía deseando encontrarlo y besarlo, sentir sus manos acariciándola otra vez. Jamás había experimentado algo así. Cuando la tocaba sentía una especie de electricidad en la piel.

Oyó la ducha y supo que debía marcharse. No estaba segura de cuál sería su reacción a la luz del día, pero ella era una persona cobarde y no quería enfrentarlo. No después de todo lo que habían hecho anoche.

Se sentó en la cama, tapándose con la sábana. Un gesto de desazón se adueñó de ella al ver su ropa doblada sobre una de las sillas. Se había preocupado tanto por acomodarla y ocultar la ropa interior. Pero ahora su tanga y su corpiño estaban expuestos sobre la pila.

Abril era capaz de ruborizarse, aun cuando él no estuviera allí para verlo. Se deslizó fuera de la cama, desesperada ahora por salir de su habitación antes de que terminara de ducharse. No entendía bien por qué no quería enfrentarlo. Probablemente, debían hablar sobre lo sucedido, pero en ese momento era, sencillamente, imposible.

Se vistió en tiempo récord, y luego maldijo cuando advirtió que no tenía la billetera. Debió perderla ayer en la cafetería, cuando comenzó la pelea. Estaba a punto de entrar en pánico ante la perspectiva de ver a Xander esa mañana cuando vio la billetera de él.

Con los zapatos en la mano, caminó hacia allí. ¡Vaya! El tipo tenía más de trescientos dólares adentro. ¿Quién se podía dar el lujo de llevar semejante cantidad de dinero? Pues, era obvio que los súperricos. Xander claramente entraba en esa categoría.

Abril no tuvo tiempo para pensar en ello. Agarró un billete de diez, garabateó una nota apresurada en la que le decía que le quedaba debiendo ese dinero, y luego salió despavorida de la fabulosa residencia. Una vez afuera, advirtió que sólo había un apartamento por piso y la puerta del ascensor. Le entró la duda, pero no tenía tiempo para grandes disquisiciones. Tenía que desaparecer antes de toparse con Xander. Lo tendría que enfrentar después —seguramente él iría a la oficina—, pero eso le daría una hora o dos para pensar en lo que había sucedido sin tenerlo cerca, inhalando el aroma masculino que la terminaba

desarmando.

¡Maldición! Salió corriendo a toda velocidad del edificio, con la mano en alto, y alcanzó a detener un taxi que justo paraba con un pasajero que descendía. Por suerte, Xander vivía en el centro de la ciudad, y sobraban taxis.

Se arrojó en el asiento trasero del vehículo y le dio su dirección al taxista, pero al advertir que no tenía llaves ni nada, cambió de opinión y le pidió que la llevara a la oficina. El hombre se mostró reticente, ya que se trataba de un viaje mucho más corto, pero no tuvo tiempo para ocuparse de su reacción.

Al llegar a la oficina, ignoró las miradas curiosas de la recepcionista y de algunos abogados que habían llegado temprano, y avanzó apurada a su oficina. Una vez allí, tomó sus llaves y su cartera, aunque seguía sin encontrar su billetera. Pero no le importó. Corrió a su casa, dominando el sentimiento de desorientación que la embargaba, y las lágrimas de confusión que la acechaban. ¿Cómo podía haber caído tan fácilmente en la cama con Xander? Desde el primer momento en que había entrado a trabajar en la oficina habían estado discutiendo acerca de absolutamente todo.

En realidad, no era cierto. El primero año que comenzó a trabajar, había tomado el empleo de recepcionista mientras estudiaba en la universidad, pensando que sería sólo un puesto temporario hasta encontrar algo en el área de la administración. Xander se había detenido ante la mesa de entradas en muchas oportunidades, flirteando descaradamente con ella, obsequiándole pequeños regalos para Navidad o su cumpleaños, asegurándose de que le dieran todas las vacaciones que pedía. Aquel primer año fue toda dulzura.

Fue cuando la ascendieron a asistente administrativa de Axel que comenzó a cambiar. Incluso entonces no se volvió agresivo, sino tan solo poco amigable. Al principio no entendió, aunque le dolió de todos modos. Extrañaba su sonrisa y conversar con él. Jamás entraban en grandes disquisiciones, pero siempre era dulce y amable. Cuando ella se compró su primer condominio, él se aseguró de que Axel se ocupara de todos los asuntos legales sin cargo.

Al principio no comprendió la distancia que puso entre los dos. Pero de a poco, también ella comenzó a cerrarse. Su amistad pasó de un divertido coqueteo a una relación cortés, hasta terminar siendo una batalla campal.

Al meterse en la ducha, tuvo que ser sincera consigo misma. No siempre había sido su culpa. Le dolió cuando él apareció con su novia en la oficina. Así que tal vez había sido la primera en alejarse.

Pero la noche en que ella pasó por la oficina para buscar un abrigo con un hombre con el que había salido a cenar, él se comportó de modo agresivo. Desde entonces, habían estado como perro y gato, peleándose por todo.

Con un suspiro, salió de la ducha y se paró delante del espejo. Tendría que apurarse para llegar a la oficina a tiempo. Pero el reflejo que le devolvía el espejo

de su mentón, cada vez más azulado por el hematoma, ¡era espantoso! ¿Cómo pudo hacerle el amor con ese aspecto tan horrendo? ¡Qué locura! Las luces debieron de estar aún más bajas de lo que pensó. Rápidamente, aplicó una gruesa capa de maquillaje; no quería que la herida llamara la atención. También sus costillas tenían un color azulado, pero las podía tapar con una blusa de seda y el saco del traje. Sencillamente, llevaría puesto el saco todo el día, para evitar responder las preguntas sobre el incidente en la cafetería el día anterior.

Después de aplicar hábilmente la base, logró ocultar la mayor parte del moretón. Si la miraban de cerca, era posible advertirlo, pero de otro modo sólo parecía que se había puesto un montón de maquillaje encima. Era algo poco habitual, pero no lo podía evitar. Tenía trabajo de sobra como para justificar permanecer la mayor parte del día encerrada en la oficina y evitar ver gente. Con ello se reducirían las preguntas y se aplacaría un poco la curiosidad.

Finalmente, llegó a la oficina y fingió que nada trascendente acababa de suceder la noche anterior.

—Xander Thorpe te está buscando —le dijo Diane apenas franqueó la puerta de entrada.

Abril se quedó de una pieza.

—¿Por qué? —preguntó después de dirigirle una larga mirada de extrañeza.

Diane se quedó sorprendida por la pregunta. Se devanó los sesos buscando una respuesta, pero al final dijo:

—No estoy segura. No me dijo nada, pero ya me llamó tres veces la última media hora para ver si habías llegado. ¿Debo llamarlo y decirle que vas camino a su oficina? —preguntó, levantando el teléfono al tiempo que miraba a Abril.

—No —dijo bruscamente, y luego sacudió la cabeza y se llevó la mano a la frente, tratando de calmarse—. No —volvió a decir, pero con voz más tranquila—. Iré a su oficina apenas me organice.

Diane volvió a apoyar el teléfono, y Abril salió corriendo a su oficina. Cerró la puerta, e hizo varias inhalaciones profundas mientras se aferraba del escritorio. Iba a tener que enfrentarlo en algún momento. Era mejor sacárselo de encima.

Apoyó la cartera y trató de recuperar fuerzas. Pero el golpe en la puerta la hizo girar bruscamente y abrir los ojos asustada.

Efectivamente, Xander estaba allí. Su figura imponente se recortaba en la puerta de la oficina. Lo primero que atinó a hacer al verlo fue arrojarle en sus brazos otra vez, y pedirle que la besara como anoche, haciéndole sentir una vez más todas aquellas sensaciones extrañas y maravillosas.

Pero parecía a la defensiva, no exactamente con ánimos de seducción.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, y sus ojos azules la recorrieron desde la punta de la cabeza hasta los tacos aguja negros. No lo podía asegurar, pero creyó que tal vez su mirada se detuvo al pasar por sus pechos. Por favor, que no esté

imaginando las prendas íntimas que llevaba puestas, pensó febrilmente.

—Sí, muy bien —dijo, pero no le pudo sostener la mirada.

—Esta mañana te marchaste de casa —le dijo luego de un largo silencio.

Ella se mordió el labio.

—Sí, lo siento. No estaba segura de... lo que debía... lo que pensarías... —no pudo terminar de hablar. De cualquier manera, no estaba realmente segura de lo que quería decir.

—¿No estabas segura de lo que te diría cuando te viera en mi cama? ¿O si te hubieras duchado conmigo? —preguntó con voz sexy y profunda.

Ella lo miró a los ojos, sin darse cuenta del calor, del deseo que reflejaba su mirada desnuda.

—En realidad, no lo hubiera dicho con esas palabras —dijo finalmente.

Él se frotó la mandíbula y sacudió la cabeza.

—¿Debo atribuir lo que sucedió anoche a la adrenalina de la pelea? —preguntó.

Ella abrió los ojos aún más, y pensó en negarlo, pero luego se detuvo justo a tiempo. Era una excusa perfecta. Y tal vez fuera cierta.

No, admitió para sí, no era cierto. Pero por el momento serviría para explicar lo ocurrido.

—Supongo que sí —dijo finalmente, aunque no quisiera asegurar que fuera la verdad absoluta. No podía mentirle tan descaradamente a Xander.

—Entonces, lamento haberme aprovechado de ti anoche —dijo, al tiempo que la rodeaba y dirigía la mirada fuera de la ventana—. Quería asegurarte que no volverá a suceder. Sé que estuve desubicado. Te llevé a mi casa para cuidarte, para asegurarme de que te repusieras, y... —se detuvo, suspirando—. Lo siento —volvió a decir.

Girando para enfrentarla, la miró a los ojos, desafiándola a confesar que no tenía nada que ver con la adrenalina. Y todo que ver con desearlo como hombre. Pero aquellos bonitos ojos marrones se negaban a encontrarse con los suyos. Y se sintió más idiota que antes.

Maldición, ¿por qué no la podía dejar tranquila y listo? ¿Por qué se sentía tan atraído por esta mujer? Ella no sentía lo mismo por él, y siempre había sido así. Ahora, sólo había empeorado el problema aprovechándose de ella. Al seducirla la noche anterior, se había comportado como un jefe grosero y prepotente. Cada vez que ella se había movido, se había excitado, y perdió la razón y el control de sí mismo por el hecho de tenerla finalmente en su cama, entre sus brazos, besándolo, como tantas veces había sucedido en sus sueños a lo largo de los últimos años.

Pero incluso ahora, estando tan cerca de ella, inhalando el suave champú y el gel de ducha con aroma a frutillas que usaba, quería tomarla en sus brazos, despejar todo lo que tenía sobre el escritorio y hacerle el amor hasta que perdiera la

razón.

Si sólo se hubiera quedado en la cama esa mañana. Pero había tenido que levantarse. Le había hecho el amor tantas veces anoche; lo único que quería era volver a hundirse en ella. Se había despertado con su cuerpo suave pegado al suyo, los delgados brazos aferrados a él y su cuerpo se había endurecido como el de un adolescente en su primera cita.

Solamente Abril tenía ese efecto sobre él. La deseaba con locura..., y ella sólo quería poner distancia entre los dos.

Ahora ya no le quedaba alternativa. Anoche había jugado su última carta. Tendría que retirarse, darle el espacio que ella quería. Jamás volvería a influir en la distribución de las oficinas cuando ella intentara mudarse de piso. Tal vez, si no la veía todos los días, no olía su perfume suave y femenino ni veía esos tacos sexy que se ponía, la olvidaría. Y tal vez, si no estaba en su piso, no estaría todo el día imaginándola con esa tanguita de encaje que había levantado anoche del suelo.

—En fin..., sólo quería asegurarme de que estuvieras bien —dijo, tratando de llenar aquel silencio incómodo una vez más.

Ella esbozó una sonrisa forzada.

—Muchas gracias por tu preocupación. Realmente, estoy bien —dijo, mirando hacia abajo, avergonzada por el deseo que sentía teniéndolo tan cerca.

Y luego él hizo algo completamente inesperado. Dio un paso adelante, tan cerca que, si ella se inclinaba apenas, estarían en contacto otra vez, y deslizó los dedos sobre su mentón justo donde tenía el moretón. Con tanta delicadeza que apenas los sintió.

—¿Duele? —preguntó con suavidad.

—No —dijo, porque, de verdad, en ese momento no sentía nada. Ni siquiera podía decirle qué día era o si había salido el sol. Todo su mundo estaba concentrado en ese hombre y en los dedos sobre su piel. —Creí que me lo había tapado bien.

Él sonrió apenas, aquella media sonrisa que le daba un aspecto más sexy que James Bond.

—Lo hiciste. Si no hubiera visto cómo se te puso anoche, no me habría dado cuenta.

Ella se sonrojó, pensando que definitivamente lo había visto anoche, como también el horrible moretón en las costillas.

—Te llevaré a la comisaría para que prestes declaración.

Ella reflexionó unos instantes, especialmente acerca del hecho de estar en su presencia más de lo necesario. Sabía que no le convenía.

—Iré por mi cuenta —le dijo—. Pero, de todos modos, gracias.

Xander se dio por aludido, y dio un paso atrás.

—Está bien —dijo, y se volvió hacia la puerta—. Luces hermosa —dijo

finalmente antes de salir de su oficina.

Abril se quedó de pie un largo rato, dándole vueltas una y otra vez a sus palabras. Hacía tanto tiempo que se vestía para él, y finalmente la había mirado. ¡Y ahora todo estaba saliendo tan mal!

Se desplomó sobre su silla, hundiendo el rostro en las manos y rogando no estallar en llanto. Después de un par de minutos, se dijo que debía recomponerse. Respiró hondo y se enderezó. Miró la computadora y advirtió que tenía más de cincuenta correos electrónicos; sabía que la mayoría eran asuntos que involucraban decisiones inmediatas. Los procesos en el Grupo Thorpe no eran lentos y pesados. Todo parecía suceder a la velocidad de la luz. Así que no había tiempo para lamentar el triste estado en que se había vuelto su vida. Tenía que ponerse a trabajar.

Aquel día anduvo bien, pero tuvo que trabajar duro para evitar a Xander. Parecía estar en todos lados. Lo vio en la oficina de la fotocopidora, en la cocina de la oficina e incluso cuando se dirigió al ascensor para salir a almorzar. En esta última oportunidad, simplemente se dio media vuelta, y se dirigió a las escaleras evitando el ascensor. No importaba que tuviera la cartera colgada del hombro y el saco sobre el brazo. Podía parecer ridícula bajando las escaleras, e incluso le podía parecer evidente que estuviera intentando rehuirlo. Pero no le importó. Por nada en el mundo se metería en ese ascensor con Xander. Era demasiado pequeño; él, demasiado grande, y la necesidad de que la tocara como anoche, demasiado intensa. Haría el ridículo, y ya estaba harta de quedar como una idiota.

Para mediados del día siguiente, estaba recluida en su oficina, agotada. Tras desplomarse en su silla, desplazó con el mouse el cursor para ver sus mensajes, tratando de encontrar algún tema que pudiera resolver sin la necesidad de abandonar las cuatro paredes de su oficina.

—¿Qué planes tienes respecto de conseguirme una asistente administrativa?
—preguntó Xander desde la puerta de su oficina.

Abril se enderezó abruptamente en su silla. Escrutó con avidez su figura alta y apuesta, a pesar de la mirada de furia en sus ojos y las manos crispadas sobre sus caderas.

—Este... —parpadeó. Había estado evitando el asunto los últimos días, porque no sabía bien cómo trabajar con él sin tener que verlo, hablarle o acercarse a él de algún modo.

—Necesito contratar a alguien, Abril. Las últimas tres asistentes no funcionaron para nada. Así que la que venga tendrá que ser bastante excepcional.

Lo sabía. Había encontrado asistentes fabulosos para sus tres hermanos, y para los demás abogados. Pero no le había ido tan bien tratando de encontrar a alguien que consiguiera trabajar con Xander.

—Sí, tienes razón —dijo, haciendo un esfuerzo titánico por apelar a los

últimos vestigios de profesionalismo que le quedaban—. Me pondré a buscar enseguida. Lamento que...

Su voz fue casi suave aunque firme cuando la interrumpió.

—No quiero más excusas, Abril. Encuéntrame a alguien que me saque del caos administrativo en que me sumió la última. Sé que tienes una cantidad de currículums a mano de potenciales candidatos. Revísalos y para las cuatro de la tarde quiero que me traigas los mejores. Comenzaremos las entrevistas de nuevo en dos días. —Habiendo concluido, se marchó de su oficina.

Abril suspiró y volvió a desplomarse sobre la silla, dejando caer la cabeza sobre las manos, derrotada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Mary, entrando en la oficina de Abril.

Abril hizo un mohín.

—Supongo que sí. —Los dedos comenzaron a deslizarse sobre el teclado. —¿Conoces a alguna asistente idónea que esté buscando empleo? —preguntó. Xander tenía razón. Tenía un archivo de personal de apoyo, pero él ya había rechazado a las mejores candidatas.

Mary encogió los hombros.

—Conozco a un par de candidatas. Pero no son asistentes legales.

Abril se imaginó la reacción de Xander.

—Tal vez no sea buena idea —replicó—. Supongo que lo mejor será llamar a las agencias para ver qué tienen para ofrecer.

—Creí que eso resultaba más caro.

—Lo es —explicó Abril, mentalmente irritada por que Xander le exigiera semejante nivel de esfuerzo sólo por tener estándares tan elevados. Había rechazado a varias candidatas excelentes por el nivel de exigencia para con su staff administrativo. —Pero esta vez necesito a alguien realmente bueno. A alguien que pueda arreglar todos los desastres que hicieron las tres anteriores.

—Yo puedo ayudar —dijo Mary—. Tal vez si las dos trabajamos con los archivos, podemos organizarlos.

Abril pensó en la propuesta un momento. Sabía que podía organizar los archivos relativamente rápido, pero eso significaría estar cerca de Xander todo el día. Necesitaba, en lo posible, evitar esa situación.

—Lo tendré en cuenta. Pero déjame ver qué encuentro antes de optar por esa solución.

Mary desapareció, y Abril levantó el teléfono. Las siguientes dos horas, se dedicó a llamar a las agencias de colocaciones, revisó currículums y creó un gráfico con los diferentes candidatos y sus habilidades, los pros y contras de cada uno. También diseñó una hoja de observaciones para el proceso de entrevistas, un sistema que había desarrollado a lo largo de los años para tomar nota de los candidatos mientras las ideas y las impresiones seguían frescas en la mente del

entrevistador.

A las cuatro de la tarde, llevó nerviosamente todo el material a la sala de conferencias, y dispuso las copias para Xander y las suyas en lados opuestos de la mesa de modo de tenerlo en frente. En anteriores ocasiones, él se había sentado al lado de ella y siempre la había puesto nerviosa. Así, podía al menos tener un poco de espacio y tal vez no se enojaría tanto cuando él comenzara a plantear objeciones.

Xander entró en la sala de conferencias y vio la pila de currículums del lado opuesto de la mesa. Se dio cuenta de inmediato de lo que Abril intentaba hacer. Por un instante, pensó en ceder a sus deseos, pero al final no tuvo ganas de darle el gusto. Así que tomó los papeles del otro lado de la mesa y los deslizó delante de la silla justo al lado de ella, ignorando la mirada de horror en los ojos de Abril.

—A ver, ¿a quiénes tenemos hoy? —preguntó, estirando las piernas para acercarlas a las suyas.

Durante las siguientes dos horas, discutieron sobre los currículums de las candidatas. El intercambio de opiniones fue agotador. Abril señalaba las ventajas de una persona por encima de otra, mientras que él elegía a otras candidatas que creía tenían más puntos a favor, al menos sobre el papel.

—No puedes rechazar a alguien simplemente porque “parece” demasiado joven —lo reprendió Abril.

—Sí, puedo —respondió sin inmutarse—. No tiene suficiente experiencia. ¿La siguiente?

—¡Basta! Esto es ridículo. Señálame qué requisitos le faltan —le exigió, deslizando la hoja con la descripción del puesto.

Tuvo, de hecho, la audacia de quedarse allí sentado y señalar que el currículum no especificaba las habilidades organizacionales de la candidata.

—Después de la última persona que me trajiste, me resulta de suma importancia.

—¡Estuviste de acuerdo con que Rosa era una buena candidata! —soltó a su vez, defendiendo la decisión que habían tomado juntos.

—Sólo cuando me aseguraste que funcionaría. Me convenciste. Te hice caso. Rosa era agradable, pero era una idiota. Necesito alguien que pueda pensar.

—¡Necesitas a alguien que pueda obedecerte ciegamente! —le espetó—. Tú no quieres un ser humano —dijo, agotada por todas sus exigencias—. Quieres un robot.

—¿Tienes uno? —le dijo, provocándola.

Ella movió las manos en el aire, derrotada.

—Entonces, ¿ninguna de las candidatas satisface tus requisitos...? —preguntó, totalmente perpleja.

—Ni una sola —dijo, inclinándose hacia delante, aparentemente para pasar revista a los cerca de doce currículums que le había traído. Pero en realidad sólo

quería oler su cabello, sentir su piel suave una vez más. No la tocó ni percibió ninguna señal de que deseara ser tocada por él. Pero eso no significaba que no pudiera soñar...

Se puso de pie. Necesitaba alejarse de ella antes de sentirse tentado a tomarla entre sus brazos y besarla hasta que perdiera el sentido.

—Prepárame unos cuantos currículums más para mañana. —Sin decir otra palabra, salió de la sala de conferencias. Furiosa, Abril lo observó retirarse, lanzándole dardos con la mirada.

Al día siguiente, fue exactamente igual. Al cabo de una hora, había rechazado a todas las candidatas, y Abril se sentía superada.

—¡Estás procediendo de una manera completamente irracional! —le gritó y luego lo miró con una expresión horrorizada. —¡Lo siento! —jadeó. Jamás le había gritado a nadie antes, pero cuando estaba junto a él, se sentía demasiado nerviosa como para dominar su carácter. Podía oler su perfume y su jabón, y se moría por hacerse un ovillo en su regazo y sentir la fuerza de sus brazos alrededor de ella, consolándola.

Xander se quedó mirándola un largo instante, y luego estalló en carcajadas.

—No lo lamente —dijo, y apoyó una mano sobre su espalda. Ella hizo un gesto de rechazo, y él la apartó de inmediato, aunque sintiera una necesidad imperiosa de... pues, de hacerle de todo.

—¿Qué te parece si salimos a almorzar para conversar sobre las opciones que tenemos? —sugirió.

Abril dio un hondo respiro; necesitaba calmarse.

—Tal vez sólo debemos reunirnos y volver a hablar de tus exigencias. —Y tal vez contratar a dos personas, dado que ninguna candidata parecía cumplir con todos los requisitos por sí sola. —No hace falta que salgamos a almorzar.

Xander miró su reloj, sacudiendo la cabeza.

—No creí que llevaría tanto tiempo reunir a unas pocas candidatas para ser entrevistados. El único tiempo disponible que tengo es la hora de almuerzo.

Abril suspiró, resignándose a almorzar con él.

—Como quieras —dijo, pensando en que podía ir corriendo a la cafetería y comprar algo rápido para que pudieran comer mientras analizaban currículums nuevos. Aunque de dónde iba a sacar más en apenas un par de horas, no lo sabía. Eso, sin mencionar que cuando estaba con él siempre se le revolvía el estómago y le resultaba imposible comer. ¡Si por lo menos se sentara del otro lado de la mesa y no al lado de ella!

En ese momento, él salió de la sala de conferencias, y ella se derrumbó sobre el suave asiento de cuero, con una sensación de derrota. Había consultado a todas sus fuentes para reunir este segundo grupo de currículums. No se le ocurría adónde recurrir para obtener una nueva tanda. Tal vez si era franca con él, si le

decía que ya no sabía qué hacer, se apiadaría un poco de ella.

Pero luego se acordó de la expresión de irritación en el rostro cuando había pasado por su oficina más temprano aquel día. Tilly debió estar buscando un archivo, y Xander estaba parado detrás de ella impaciente. Por lo general, ella exigía que sus asistentes supieran exactamente dónde se guardaban las cosas, y tuvieran los archivos a mano incluso antes de que se los pidieran. Si Xander tenía una reunión con un cliente, necesitaba el archivo el día anterior para poder llevarlo a casa y revisarlo si hacía falta. El hecho de que Tilly recién estuviera buscando el archivo mientras Xander esperaba era señal de que la joven no estaba haciendo bien su trabajo.

“¡Otro problema más!”, pensó mientras reunía todos los currículums y las planillas que había creado. Tal vez había aparecido alguien esa mañana en alguna de las agencias que sería la candidata ideal. Y tal vez, si se alineaban todos los planetas y los astros se acomodaban a su favor, la candidata vendría para ser entrevistada esa misma tarde. Entonces se libraría por fin de toda discusión con el hombre que estaba comenzando a aborrecer.

Caminó lentamente a su oficina, preguntándose dónde había quedado todo su encanto. Xander solía ser uno de aquellos hombres que podía dejar a una mujer completamente embobada con su sonrisa. ¿Cómo había terminado con empleados tan desastrosos?

Está bien, la última había sido culpa de ella. ¿Pero y las otras? Las dos anteriores habían sido maravillosas. Hasta que se marcharon furiosas por las exigencias de Xander. Había hablado con ellas cuando descargaron su frustración por sus empleos. Nada de lo que dijeron le sonó poco razonable. Tal vez había estado hace tanto tiempo con el Grupo Thorpe que no se daba cuenta de la presión que tenían que padecer los empleados nuevos para estar a la altura de las circunstancias. Era posible que aquí todo funcionara más rápido. Desde afuera, era indudable que todo el mundo parecía estar trabajando todo el día sin respiro.

Pasó otra vez por la oficina de Xander al regresar a su oficina e hizo un gesto de desazón cuando lo volvió a ver esperando impaciente a que Tilly le encontrara algo.

Apretó la carpeta con más fuerza y pasó de largo, con la cabeza gacha, avergonzada de no haber podido resolver ese problema. Hacía demasiado tiempo que las cosas no estaban funcionando, y Xander tenía razón. Debía contar con alguien que pudiera desempeñarse con eficacia. Tenía demasiadas cosas de qué preocuparse, y la falta de una asistente competente era una enorme desventaja.

Entró apurada a su oficina y arrojó los currículums descartados en la basura, al tiempo que levantaba el teléfono. Le encontraría la candidata ideal, aunque se le fuera la vida en ello. Noventa minutos después, tenía cinco currículums más para mostrarle a Xander. Caminó nerviosa por el corredor con la

libreta y un bolígrafo, y los currículums apretados en la mano.

Pero antes de golpear a la puerta, hizo una pausa. Al verlo, sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Parecía tan serio detrás del enorme escritorio, revisando algo que parecía complicado e importante. Miró sus manos bronceadas y sensuales, y los dedos largos que la enloquecían con su suavidad. En ese momento, sostenían un bolígrafo rojo; quería inclinarse sobre su hombro y ver qué garabateaba en los márgenes. Se había quitado el saco del traje, y advirtió los músculos de sus brazos y hombros, músculos cuya sensación tenía tan grabada en sus propios dedos que ansiaba volver a tocar.

—¿Lista para irnos? —preguntó, arrojando el bolígrafo a un lado sobre el escritorio y poniéndose de pie.

—¿Irnos? —repitió sin entender, aún parada en la puerta—. Iba a comprar unos sándwiches en la cafetería para que comiéramos —replicó, sosteniendo el bolígrafo encima de la libreta de notas, lista para tomar su pedido y huir a toda velocidad—. Podemos comer en una de las salas de conferencia.

Él sacudió la cabeza y agarró el saco del traje. Deslizó los brazos largos y fuertes dentro de las mangas.

—Vamos a almorzar en otro lado. Seguramente, nos venga bien cambiar de ambiente.

Abril seguía sacudiendo la cabeza incluso mientras él salió de la oficina, acercándose tan rápido a ella que le costó apartarse a tiempo para que pudiera pasar. Se quedó de pie, al lado de la puerta, intentando que desistiera, pero él ignoró sus balbuceos y fue directo a su asistente temporaria.

—Tilly, ¿puedes llamar a Mary y decirle que traiga el saco de Abril? Nos encontraremos en el lobby.

A Abril no le gustó el plan. No quería salir de la oficina con él. Allí se sentía más segura y capaz de enfocarse en el asunto que tenían entre manos. Salir de la oficina era entrar en territorio peligroso. Territorio desconocido. No le gustaba lo peligroso ni lo desconocido. Y Xander le provocaba pánico en muchos niveles. Mucho más ahora que antes de estar en su casa y en su cama.

—No deberíamos realmente...

—Deberíamos totalmente —replicó, y apoyó la mano sobre la parte baja de su espalda para guiarla hacia la salida.

La siempre eficiente Mary ya estaba en el lobby con la cartera y el saco de ella. Xander le entregó la libreta y el bolígrafo de Abril, y luego la ayudó a ponerse el saco.

Abril levantó los ojos para mirarlo. El estómago se le contrajo ante la idea de deslizar los brazos dentro del saco porque entonces las manos de él le rozarían los hombros. Sería casi como si la estuviera abrazando. Las rodillas le comenzaron a temblar y respiró con dificultad. No había nada que hacer sino ponerse el saco y

apartarse de él lo más rápido posible. Hundió las manos en las mangas, pero olvidó lo que sucedió después. Sintió sus manos sobre sus hombros y se quedó helada. Luego él hizo algo igualmente irrazonable. Movi6 los dedos con cuidado debajo de su cabello, deslizándolos sobre su cuello y provocándole escalofríos que le recorrieron la espalda.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Sólo supo que sus manos la estaban tocando. En los últimos días había soñado tantas veces con que él lo volvía a hacer, y ahora estaba sucediendo. Sus dedos se enredaron en su cabello, y se deslizaron sobre sus mechones. Para cualquiera que estuviera observando, podía parecer que le estaba sacando el cabello de debajo del saco, pero era mucho más que eso. Era una caricia. Un gesto sensual que la excitó y estuvo a punto de hacer que se derritiera ahí mismo.

Sus ojos se encontraron con los suyos. Miró por encima del hombro para ver su apuesto rostro y el tiempo se detuvo. Podía oler su loción para después de afeitarse, sentir el calor de su cuerpo contra la espalda, que no tenía nada que ver con la tela de lana de su abrigo otoñal. No pudo respirar ni percibir otro sonido que no fueran los latidos de su corazón.

Y luego se oyó la campanilla del ascensor, que la trajo de regreso de la fantasía que estaba teniendo, en la que él se daba vuelta para besarla. Entonces, las voces se abrieron paso hasta sus oídos, y los teléfonos que sonaban casi sin cesar comenzaron a oírse una vez más. Se apartó con un movimiento brusco, y dio varios pasos para poner distancia entre los dos. Bajó la mirada al suelo mientras los dedos temblorosos prendían los botones del abrigo.

—Gracias —susurró, y tomó la cartera de sus manos.

—El placer es mío —le dijo a su vez.

¡Y luego regresó la mano! Allí mismo, en el centro de su espalda. Se le ocurrió que era posible que la totalidad de su sistema nervioso comenzara y terminara en ese preciso lugar en donde se apoyaba su mano sobre la espalda, porque no hubo célula en su cuerpo que no se estremeciera, absolutamente consciente de que la estaba tocando.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando habían salido del edificio y ya se encontraban a la luz del sol de octubre. Hacía más calor que el esperado, así que se quitó el abrigo, y volvió el rostro hacia el sol.

—¿Prefieres comer en Antoine's o en Durango? —preguntó, contemplándola absorber el calor sobre su rostro precioso—. O podemos también volar a Aruba para disfrutar aún más del sol —bromeó.

Abril abrió los ojos y miró su cara divertida.

—Lo siento —se sonrojó—. Me encanta el mes de octubre y el tiempo más fresco, pero sigue estando lo suficientemente cálido como para gozar del sol.

—¿Cuál es tu estación favorita? —preguntó, apoyando la mano con

suavidad sobre su espalda para guiarla hacia Antoine's, uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad.

Pero ella se dio cuenta de inmediato adonde se dirigían, y se echó atrás.

—¿Te importaría que fuéramos a Durango, en lugar de Antoine's?

—Claro. ¿Por qué? —preguntó, pero se dirigieron en dirección opuesta, hacia el restaurante más informal.

Ella se mordió el labio y admitió:

—Es que hace mucho que quiero comer una hamburguesa.

Él se rio, pero entraron dentro del oscuro bar y restaurante. El dueño los reconoció de inmediato y les asignó una mesa al lado de una de las ventanas.

—Tengo cinco nuevos...

—Podemos hablar sobre ellos después. Ahora relájate y almuerza —sugirió. Y habiendo dicho estas palabras, conversaron sobre todo excepto el trabajo y los currículums. Durante todo el almuerzo, mientras comían las grasientas hamburguesas y las papas fritas cubiertas de queso, charlaron como lo habían hecho hacía tanto tiempo, como amigos y seres humanos, en lugar de como adversarios.

Probablemente, fue uno de los almuerzos más agradables que hubiera tenido en años, pensó Abril mientras caminaba de regreso a la oficina aquella tarde.

Capítulo 4

Abril miró indignada la espalda de Xander. Estaba tan furiosa que se quedó muda. Se había peleado antes con él, pero esto ya era el colmo. ¡No podía creer que fuera tan testarudo! Cada uno de estos currículums era una candidata ideal para ser su asistente. ¿Cómo podía haberlos rechazado a todos? ¡Era increíble!

Ahora sabía que, simplemente, estaba siendo poco razonable, y eso la enfurecía aún más que si sólo hubiera estado en desacuerdo. Si fuera así, se estaría equivocando. Y varias veces, pero esto era diferente.

¡Oh! ¡La volvía loca!

¿Cómo podía justificar semejante arbitrariedad?

Abril regresó a su oficina, y prácticamente arrojó la pila de currículums sobre su escritorio. No le importó que varios informes más hubieran caído del otro lado de la mesa por la fuerza con que los lanzó.

Mary apareció detrás de ella. Tenía los ojos abiertos de par en par, y se mostró cautelosa.

—¿No fue buena la reunión? —preguntó con recelo.

—¡Pésima! —exclamó.

Mary trató de reprimir una sonrisa, pero se alegró de que su jefa le estuviera dando la espalda pues no lo logró.

—Te reuniste con Xander, ¿no es cierto? —insinuó. Al instante, dio un paso involuntario hacia atrás cuando Abril se dio vuelta echando chispas por los ojos.

—Lo siento, no debí preguntar.

Abril cerró los ojos e hizo varias aspiraciones profundas.

—No, soy yo la que te pido perdón, Mary. Últimamente, me estoy comportando de modo horrible, y tú no tienes la culpa de nada. Lo peor es que me estoy desquitando contigo, y eso no es justo. —Abril trató de calmarse, pero no podía olvidar la imagen de Xander en esa sala de conferencias exigiendo más currículums. Ni siquiera se dignó a hablar con algunas de las candidatas, ¡y eran lo mejor que había en el mercado!

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Abril no tenía ni idea. Ya había recurrido a todas sus fuentes en tres oportunidades. ¡No quedaban más candidatos!

—No tengo ni la más mínima idea —dijo y se inclinó hacia atrás en la silla—. El tipo es realmente imposible.

Mary se tapó la boca con la mano.

—Creo que ya dijiste eso.

Abril se rio, pero en seguida miró furiosa a su asistente.

—Si me vas a señalar lo que es obvio, te asignaré a ti como su nueva asistente.

Los ojos de Mary se agrandaron y dio un paso atrás, al tiempo que extendía las palmas hacia fuera como si la estuvieran amenazando a punta de pistola.

—¡Por favor, no! —rogó—. ¡Cualquier cosa, menos eso! Xander Thorpe es un bombón, pero también es agresivo e irascible. Prefiero no tener que trabajar con él a diario.

Abril sabía exactamente a qué se refería. Y además resultaba extraño, porque Xander jamás había sido tan intransigente. Lo recordó ayer a la hora de almuerzo, y no podía creer que se tratara del mismo hombre. Sencillamente no comprendía lo que había sucedido con todas sus asistentes. ¿Por qué se habían marchado tan rápido y por qué era tan difícil encontrar a alguien que se hiciera cargo? Ni siquiera podía ascender a nadie a ese puesto, porque nadie lo quería.

Aunque tampoco Xander aceptaría a alguien que ya estuviera empleado, pensó.

—Si se te ocurre algo, me lo dices.

Mary apretó los labios un largo rato hasta que finalmente respiró hondo y sugirió:

—Creo que es hora de que salgas a hacer shopping. Hace mucho que no te compras un par de zapatos nuevos. ¿Por qué no vas y te das un gusto?

Abril bajó la vista a sus pies y examinó sus zapatos negros. Seguían siendo un buen par de zapatos, pero no vendría mal reemplazarlos. Los bordes estaban un poco estropeados y el taco comenzaba a gastarse.

Además, comprarse zapatos realmente la hacía sentir mucho mejor. Era algo completamente superficial, pero se sentía fantástica cuando llevaba un buen par de zapatos. Un par que combinara con su ropa, pero, incluso mejor, que le completara el equipo y la hiciera lucir impecable.

Abril sonrió y se puso de pie.

—Me parece una muy buena idea —dijo—. Y tienes razón. Comprar zapatos realmente me pone de buen humor.

—¡Así me gusta! —dijo Mary, aplaudiendo, aliviada por que su jefa saliera a tomar un poco de aire. La atmósfera en la oficina estaba tan densa por la guerra desatada entre ambos que se podía cortar con cuchillo. —¡Ve y diviértete! Y no vueltas hasta que te sientas mejor. Yo me ocuparé de todo.

Abril tomó la cartera, pero dejó el abrigo. Era un hermoso día soleado, y hacía suficiente calor como para prescindir de él. Le encantaban estas espectaculares tardes de otoño. El sol brillaba en un cielo azul nítido, y había tan poca humedad que no se le erizaba el pelo. En otras palabras, ¡se trataba de un día perfecto para ir de shopping!

—Te veré más tarde —dijo, asegurándose de que el teléfono estuviera

prendido en caso de que surgiera una emergencia y tuviera que regresar.

Abril salió de la oficina, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. No sabía por qué pero salir a comprar un buen par de zapatos, o incluso anticipar que encontraría el par de zapatos perfecto, la relajaba y liberaba.

Xander observó con la mandíbula tensa mientras Abril salía de la oficina. Se la veía caminar animada, con una sonrisa en el rostro. Como acababan de estar gritándose, eso sólo podía significar una cosa: estaba saliendo con otro tipo.

Quería lanzarle un puñetazo a lo que fuera, y de hecho tuvo que contenerse cuando su hermano Ash se acercó.

—Oye, necesito que me ayudes.

Xander se volvió para mirar a Ash. Éste echó un vistazo a su hermano mayor y se detuvo en seco. Luego, retrocedió levantando ambas manos delante de sí.

—¿Qué hice? —preguntó, tratando de entender el mal humor de su hermano.

Xander respiró hondo y sacudió la cabeza.

—Nada. Lo siento. ¿Qué necesitas? —preguntó.

—Te quería preguntar por esta clienta... —y los dos entraron en la oficina de Xander para discutir un asunto legal. Cuando terminaron, Ash se puso de pie y le dio una fuerte palmada a su hermano en la espalda. —¿Era Abril la que salió hace un rato? Parecía feliz...

El estado de ánimo de Xander volvió a opacarse.

—¿Y? —preguntó bruscamente.

—Es sólo que últimamente se la ve un poco alterada. ¿Tienes idea de lo que le está pasando?

Xander sintió que se le retorció el estómago. Si los otros estaban advirtiéndole el nerviosismo de Abril, era porque la estaba volviendo loca. Se frotó la frente, deseando poder hacer algo para distender la tensión entre ambos. Evitar abalanzarse sobre ella era una lucha diaria. Y la única manera de conseguir que le siguiera dirigiendo la palabra era rechazando todos sus candidatos. De todos modos, se estaba pasando de la raya. Tenía que ceder de una vez.

Levantó la pila de currículums una vez más y releyó la lista de los candidatos.

—Está tratando de encontrarme una asistente nueva —le dijo.

Ash asintió, pero no terminaba de entender.

—¿Y por eso la hostigas?

Xander sacó tres currículums de la pila de veinte que él y Abril habían estado revisando los últimos dos días.

—Sí, la verdad es que he estado bastante insufrible. —Y luego recordó el rostro resplandeciente de Abril al salir de la oficina hacía apenas instantes, y volvió

a sentir una puñalada en el estómago.

—¿Así que se fue de nuevo a hacer shopping para comprarse un par de zapatos?

Xander levantó bruscamente la mirada hacia su hermano menor, confundido.

—¿Comprar un par de zapatos? —repitió.

Ash se encogió de hombros.

—Claro. Cada vez que está molesta por algo o que la sacas de quicio, sale a comprarse zapatos. Para cuando regresa a su oficina, ya se siente mejor y está sonriendo. —Ash le pegó un puñetazo a Xander en el brazo, al tiempo que salía rápidamente por la puerta. —Al menos, hasta tener que volver a lidiar contigo.

Xander se quedó parado en el medio de la oficina. Era tal el alivio que sentía que un extraño vértigo se apoderó de él. Ash tenía razón. La sonrisa y el entusiasmo se debían seguramente al hecho de salir a ventilarse y hacer shopping. ¡No tenían nada que ver con la posibilidad de estar saliendo con un hombre!

Arrojó la cabeza hacia atrás y se rio. De pronto, se sentía fantástico.

Pero cuando le pasó el alivio inicial, y aunque seguía con una amplia sonrisa en el rostro, supo que debía hacer algo para recomponer la relación. Esa mañana se había comportado como un verdadero imbécil con ella. Y seguramente sin motivo alguno.

Agarró el saco del traje y salió rápidamente de la oficina.

—Vuelvo en un rato, Tilly —le dijo a la mujer, que ahora se sobresaltaba cada vez que le hablaba. Con ella también tenía que hacer las paces. En realidad no era tan terrible como la trataba. O tal vez estuviera nerviosa porque siempre lo veía discutiendo con Abril, que, al fin y al cabo, era su jefa mientras trabajara en el estudio.

Una vez que salió a la calle, caminó con paso rápido, escudriñando a las personas que andaban por la vereda, y mirando dentro de los diferentes negocios, buscando a Abril. La vio justo cuando estaba a punto de entrar en el enorme shopping ubicado en la siguiente cuadra. Comenzó a caminar más rápido y la alcanzó cuando entraba en el sector de calzado.

Observó entre divertido e interesado mientras pasaba caminando al lado de varios zapatos, levantándolos, examinando uno, doblando otro, metiendo el dedo adentro para hacer algo. Un vendedor se le acercó y ella miró anhelante dos pares de zapatos diferentes: uno negro y otro rojo. Pero caminó al estante para zapatos de descuentos y levantó un par de tacos aguja sexy negros. No eran tan espectaculares como los que acababa de ver, pero eran lo suficientemente atractivos. Xander permaneció oculto, pero se abrió paso hasta la caja, asegurándose de mantenerse fuera de su línea de visión. Cuando el vendedor regresó con los zapatos que había elegido en su número, Xander lo llamó a un

lado.

—Tráigale los zapatos que estaba mirando hace unos minutos en su número, ¿sí?

El vendedor lo miró de arriba abajo, y sonrió al reconocer el traje a medida y la camisa de algodón indio. Todos los vendedores del mundo sabían cómo distinguir a un cliente adinerado y cómo atenderlo. Éste no era la excepción.

Rápidamente trajo los zapatos solicitados, pero luego volvió con los otros pares en el número de Abril. Mientras Xander esperaba, escogió algunos pares de zapatos más que creyó que le podrían gustar, además de otros que a él personalmente le gustaban. Tras entregárselos todos al vendedor, que terminó con una pila alta de zapatos, le pidió que se los llevara todos en su número.

Luego Xander se sentó en una de las sillas y observó mientras Abril se probaba cada par. Se daba cuenta, por la expresión de su rostro, de cuáles le gustaban y cuáles no. El vendedor hizo maravillosamente bien su trabajo, diciéndole que no tenía otra cosa que hacer, por lo que no le importaba buscarle los zapatos en los diferentes números. “Es un placer”, fue lo que dijo.

Cada vez que Abril se probaba un par nuevo, si le gustaba, Xander le hacía una seña al vendedor para ponerlos en la pila. Si no le gustaban los zapatos, el vendedor los ponía en otra pila. Fue el mejor mediodía que pasó en mucho tiempo. Bueno, además del almuerzo que había compartido ayer con ella en Durango. Había estado tan suelta y divertida, hablando sobre lo que se le cruzara por la cabeza, que disfrutó de sólo verla sonreír.

Al final, Abril compró los zapatos negros en oferta y salió de la tienda, con una sensación de satisfacción a pesar de todo. Cuando estuvo fuera de la vista, Xander se acercó al vendedor y le entregó su tarjeta de crédito.

—Cobre todo el resto de los zapatos que le gustaron a mi tarjeta de crédito, y haga que los envíen a esta dirección —le dijo al hombre que parecía como si se acabara de ganar la lotería, gracias a la comisión que obtendría por ese extraordinario despilfarro.

Camino a la salida, compró una caja excelentes chocolates para Tilly. Contribuirían a tranquilizarla. Mientras la cajera le cobraba la compra, vio otra caja de chocolates. Ésta era más grande, más sofisticada, e inmediatamente pensó en Abril.

—¿Me puede envolver esa caja? —le preguntó a la cajera—. Por favor, envíela a esta dirección —le dijo, entregándole una tarjeta profesional. Atrás, escribió el nombre de Abril y su teléfono, por si acaso.

—Gracias —dijo, y sonrió. Salió de la tienda con la caja más pequeña de chocolates, sintiéndose mucho mejor. Abril amaba los zapatos, pero también era fanática de los chocolates.

De regreso en su oficina, Abril se quitó los viejos zapatos y deslizó los pies

dentro de los nuevos, deleitándose con la sensación del pie enfundado en el suave calzado de cuero. Se paró y caminó lentamente alrededor de la oficina. Quería estar segura de que eran cómodos aun sobre la gruesa alfombra. Sonriendo, caminó por el pasillo con paso alegre. Hoy ni siquiera iba a lidiar con el problema de hallar nuevas candidatas para Xander. Se sentía demasiado bien, y no quería que nada arruinara su estado de ánimo. Ya vería mañana, se dijo.

Suspiró sintiendo que la tensión se disipaba. Con cada paso, le mejoraba el humor. Se quedó bien alejada de la oficina de Xander, del otro lado del corredor; no quería que le contagiara la mala onda en caso de cruzarse con él y sufrir un reclamo de más currículums, algo que no tenía en ese momento, porque justamente estaba tratando de olvidar el asunto a propósito.

Cuando regresó a su oficina una hora después, advirtió una extraña mirada en el rostro de Mary.

—¿Qué pasó? —preguntó Abril, con la mano sobre el picaporte de su oficina—. ¿Y por qué está cerrada la puerta de mi oficina?

Mary sonrió débilmente, y luego se encogió de hombros.

—No sabía qué hacer con todas ellas, así que las apilé en tu oficina —explicó.

—¿Apilaste qué? —preguntó Abril, confundida.

—Todas las cajas.

Abril seguía sin entender.

—¿Acaso llegó un pedido que no cabe en el depósito? —preguntó desconcertada, abriendo la puerta con un empujón. Entonces, se quedó parada en seco.

Si bien la oficina no estaba repleta, había una cantidad enorme de cajas sobre su escritorio. Bolsas con alrededor de diez cajas. ¡Cajas de zapatos! Y también una enorme caja de chocolates.

—¿Qué es esto? —preguntó Abril. Evidentemente, se trataba de un error. —¿De dónde salió todo esto?

Abrió una caja y vio los zapatos rojos de gamuza que le habían encantado hacía un rato.

—¡Cielos! —exclamó. Abrió la siguiente, y vio los negros con el cierre lateral. Caja tras caja, fueron apareciendo todos los hermosos zapatos que se había probado aquella tarde. —Yo no compré ninguno de éstos —susurró. Había perdido la voz y el corazón le comenzó a palpar a toda velocidad. —Al menos, no creo haberlo hecho —dijo. Sacó la factura de la bolsa más pequeña y miró. Efectivamente, sólo había un par de zapatos en ese recibo.

—Sin duda hubo un error —dijo—. Algunos de estos zapatos están totalmente fuera de mi presupuesto. ¡Jamás podría gastar tanta plata en zapatos!

Mary estaba suspirando mientras levantaba en alto un par de gamuza color

verde lima con un moño dorado en el costado.

—¿Puedes conservarlos un día o dos? Me gusta tanto tocarlos... —dijo, fascinada.

Abril ni le respondió. Estaba demasiado ocupada buscando el número de teléfono del shopping. Después de varios intentos, consiguió que la conectaran con el sector de zapatos. Y milagro de milagros, el vendedor que la había ayudado esa tarde seguía allí.

—Hola —dijo lo más simpática que pudo—. Estuve allí hace un rato y usted me ayudó a probarme varios pares de zapatos.

—Sí, señorita —respondió el vendedor con un tono respetuoso y amable—. ¿Recibió el pedido? —preguntó cortés.

—Ehhh —Abril echó una mirada a las cajas de zapatos—. Pues, sí. Recibí más de diez pares de zapatos, pero ha habido un error. Yo no los compré todos —explicó—. Necesito devolverlos.

—No ha habido ningún error, señorita. Esta tarde usted fue la feliz ganadora de un sorteo. Todos esos zapatos fueron comprados y pagados. ¡Espero que los disfrute! —dijo con la voz llena de entusiasmo.

Se quedó callada un largo instante.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Por supuesto. ¡Por favor, venga a vernos pronto! Y no dude en pedirme lo que necesite.

Abril le agradeció al hombre y colgó. Seguía con la mirada fija en los zapatos dispersos por toda la oficina. Mary había sacado varios más de las cajas, probándoselos todos con la vana esperanza de que hubiera alguno en un número diferente, en varios números más, para poder quedarse con uno o dos pares. Pero tras abrir la última caja, se rindió derrotada.

—¿Qué dijo el vendedor? —preguntó Mary, deslizando el dedo a lo largo de un zapato de charol negro con un taco con punta dorada, de aspecto casi letal.

Abril levantó un par de franela gris. Había pensado que eran chinelas, pero tenían un taco ligeramente más alto.

—Dijo que me gané un sorteo que realizaron hoy por la tarde en el shopping.

Éstos le habían encantado pero eran demasiado caros. Oh, por supuesto que sabía que había gente que gastaba dos o tres mil dólares en un par de zapatos, y éstos costaban doscientos o trescientos dólares, ¡pero de todos modos! Su presupuesto estaba más en el orden de los cincuenta a cien dólares, un poco más cuando se trataba de un par de zapatos de buena calidad o algo sin lo cual no podía vivir.

¡Y jamás había comprado tantos zapatos al mismo tiempo!

Había algo muy extraño en todo esto. Este tipo de vicisitud azarosa era algo

que a ella nunca le sucedía. Jamás se había ganado nada en toda su vida.

—Cómo me hubiera gustado ir contigo —dijo Mary, guardando el último par de zapatos en la caja tras volver a acomodar el papel de seda con cuidado—. Bueno, mejor me pongo a trabajar. Después de todo, a mí no me van a caer del cielo doce pares de zapatos. Necesito ganar más dinero para comprármelos yo misma.

Mary se rio de su propia broma al tiempo que se dirigió a su escritorio.

Abril apiló las cajas de zapatos otra vez, metiéndolos en las bolsas mientras la cabeza le daba vueltas con las diferentes posibilidades. ¡Nada caía del cielo, y menos zapatos!

Luego miró el escritorio y advirtió la caja de chocolates. ¿Chocolates? ¡Jamás compraba chocolates, porque se los terminaba comiendo todos! No podía tener dulces a mano, porque era capaz de engordar cinco kilos de una sola vez.

Haciendo caso omiso a los chocolates, siguió trabajando, incluso seleccionando un par de currículums más, aunque los rechazó porque no parecían tener más posibilidades que los que ya habían discutido con Xander. No se dio cuenta del paso del tiempo, pero para cuando levantó la mirada eran las ocho de la noche.

Abril se reclinó sobre su silla y fijó la mirada en la pila de zapatos. Si no le encontraba una lógica, no podría aceptarlos. Tal vez si hablaba mañana con el gerente de la tienda, se sentiría mejor sobre este repentino golpe de suerte. Pero en ese momento, no le encontraba explicación, y le resultaba imposible disfrutar de ellos.

—Abril, quería saber... —Ash se hallaba parado en la puerta con la mirada clavada en las cajas de zapatos embolsados—. Vaya, debió realmente sacarte de las casillas —dijo contando la cantidad de cajas—. ¿Doce cajas de zapatos? —exclamó—. ¿Qué te hizo ese idiota para tener que comprarte doce pares? —preguntó enojado, poniéndose de su lado.

Abril no entendió nada.

—¿De qué hablas y quién me sacó de las casillas?

Ash encogió los hombros.

—Xander, quién otro. Es prácticamente el único con el que peleas. ¿Fue el culpable de todo esto? —quiso saber Ash.

Pensó rápidamente en sus comentarios, tratando de desentrañar lo que estaba queriendo decir.

—¿Me estás diciendo que como Xander me sacó de las casillas me tuve que comprar doce pares de zapatos? ¿Eso es lo que quieres saber?

Ash sacudió la cabeza.

—Yo hablaré con él, Abril. Sé que hay algo que no funciona, pero te prometo que conseguiré que te pida disculpas. —Lo dijo mirando otra vez a la pila

de zapatos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Abril, y se puso de pie mirándolo a los ojos—. ¿Qué tiene que ver Xander con el tema de los zapatos?

Ash la miró, y luego volvió la vista a las cajas.

—Esta tarde, cuando te fuiste, me di cuenta de que estabas de mejor humor.

—¿Y? —lo animó a que continuara.

—Y —se rio— Xander estaba al lado mío cuando mencioné que parecías contenta porque te ibas a comprar zapatos.

Abril se quedó mirándolo, tratando de relacionar los hechos.

Ash comenzó a tensionarse.

—¿Acaso no es lo que haces cuando te saca de quicio? —preguntó, perplejo aún por los vericuetos de la mente femenina.

—Él... —Buscó la palabra adecuada, cuidándose ya que Ash era el hermano menor de Xander. No conocía hermanos que se llevaran tan bien, y no quería ofender a nadie.

—Xander se ha comportado como un idiota, Abril. No sé lo que está pasando, pero hablaré con él.

Ash se volvió y salió de su oficina, olvidándose del motivo por el cual había acudido. Miró la pila de zapatos, y consideró las diferentes posibilidades. Sacó un par con lunares blancos y negros, acariciando el fabuloso material con el dedo.

Y luego entendió. ¡No había sido la feliz ganadora de ningún sorteo! ¡No sabía cómo, pero Xander había pagado por esos zapatos!

Agarró los zapatos con lunares y salió de la oficina hecha una tromba, directamente por el corredor. La mayoría de la gente se había marchado a su casa, pero advirtió la luz de su oficina y se sintió encantada de tener la presa a mano.

—¡Eres un desgraciado! —gritó. Ignoró por completo cualquier regla de etiqueta que rigiera el buen comportamiento dentro de la oficina al sentir que la furia se apoderaba de ella. No pensaba, ¡sólo reaccionaba al hecho de que Xander le hubiera comprado todos esos zapatos como una manera de apaciguarla!

Xander estaba sentado detrás del escritorio. La única luz era la lámpara de escritorio que iluminaba los documentos sobre los cuales trabajaba, así que cuando levantó la mirada para verla irrumpir hecha una furia en su oficina, Abril no le vio la cara. No le importó ni un poco. ¡Había tratado de comprarla!

—¡Eres un matón horrible, perverso y ridículo! —dijo y le arrojó un zapato al otro lado de la habitación.

Xander nunca se sintió tan contento de haber jugado al fútbol norteamericano en la escuela secundaria y en la universidad. Y de que sus reflejos siguieran intactos. Su entrenamiento con el box también le resultaba útil para la ocasión. Fue por eso que fue capaz de esquivar fácilmente el misil volador. Cuando volvió a levantar la mirada, vio que tenía otro zapato listo para arrojar, y adoptó el

modo sobrevivencia, con una enorme sonrisa en el rostro al aceptar el desafío de enfrentar la furia de Abril. Maldición, ¡qué sexy lucía con los zapatos nuevos!

Dio vuelta el escritorio, con las manos abiertas en un gesto de apaciguamiento.

—Abril, no tengo ni idea de lo que tienes en mente, pero hablemos sobre ello —dijo. No bien terminó de decir estas palabras, tuvo que agacharse cuando ella le arrojó el segundo zapato directamente a la cabeza. Por suerte, él era bastante bueno esquivando golpes en el ring, y esquivar zapatos no era muy diferente.

—Tú compraste todos estos zapatos, ¿no es cierto?

Xander se dio cuenta de que había descubierto, pero estaba demasiado preocupado tratando de evitar que le molieran la cabeza a golpes como para que se le ocurriera una buena mentira. Estaba tan enojada que se sacó el zapato que llevaba puesto y lo disparó con la misma fuerza.

Xander sabía que tenía que apurarse y hacerle un tackle antes de que lo atravesara con uno de esos proyectiles. Y también tenía que dejar de pensar en que lucía increíblemente sexy cuando estaba amenazándolo con causarle lesiones graves.

—Abril, hablemos.

—¡No! ¡Hace tres días que hablamos y lo único que haces es volverme loca! Me harté de hablar contigo. ¡Y justo cuando encuentro una solución, se te ocurre salir a comprarme zapatos! ¿Hay algo más desquiciado? —Y con ello, voló el último zapato.

No corrió ningún riesgo. Desplazándose al ras del suelo antes de que pudiera valerse de los libros en la biblioteca, se lanzó hacia su torso. Con gracia y suavidad, la embistió y la arrinconó contra la pared. Peleó con todas sus fuerzas, pero él no correría el riesgo de soltarla. Le retuvo las manos por encima de la cabeza. Sólo observó, fascinado mientras peleaba, contorsionándose contra él. Al final, ella no se quedó quieta porque la tuviera aprisionada, sino porque se dio cuenta de que lo estaba excitando con sus movimientos.

Cuando finalmente se quedó inmóvil y sin aliento, él descendió la mirada hacia ella con una sonrisa en los labios.

—¿Entonces, qué tal si me cuentas por qué estás tan enojada conmigo? —dijo, pero tenía la mente en sus pechos aplastados contra su torso. En realidad, le importaba muy poco su furia. Bueno, en realidad, sí, pero eso era para después. Después de que él...

Abril protestó cuando él le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Dime lo que hice mal —dijo, sinceramente confundido.

Abril levantó la mirada. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo, y deseó que la besara, que le hiciera el amor como lo había hecho aquella única noche. Y luego recordó a todas las demás mujeres en su vida y estalló en llanto.

Todo deseo físico se esfumó con las primeras lágrimas de Abril. Adoraba su furia y su pasión, y le parecía el colmo de lo sexy cuando se arrojaba de lleno en una misión para arreglar algo en la oficina. Pero las lágrimas lo desarmaban. No podía manejar las lágrimas, ¡y menos las de ella! Lo cual resultaba irónico, ya que las mujeres siempre habían usado las lágrimas para manipularlo, y siempre lo dejaban paralizado. Pero cuando ella lo miró con aquellas lágrimas lustrosas en los ojos, se sintió como el peor idiota del mundo.

—Abril, háblame. ¿Qué puedo hacer para reparar el daño que te hice? —preguntó con suavidad, atrayéndola hacia sí con un abrazo. Cuando ella se hundió sobre su pecho, el llanto se intensificó aún más. La levantó en los brazos y la llevó al sofá, sentándola sobre su regazo y meciéndola suavemente mientras desahogaba sus penas. No podía creer haber sido él quien le provocara esto, y cuanto más lloraba peor se sentía.

Cuando finalmente las lágrimas disminuyeron, se reclinó hacia atrás y descendió la mirada hacia ella, con los brazos aún alrededor de su cintura.

—¿Puedes contarme? —le preguntó con suavidad—. Todavía no entiendo lo que hice mal. Pensé que te encantaban los zapatos nuevos.

Ella inhaló ruidosamente, apartando su cara del cuello de él. Casi volvió a estallar en sollozos cuando vio que el maquillaje le había manchado el cuello de la camisa. Seguramente había pagado una fortuna por sus camisas, y ella le acababa de arruinar una de ellas.

—Lo siento —susurró, avergonzada por el estallido. Él le pasó un pañuelo de papel, y ella lo usó para intentar limpiarle el desastre que tenía en el cuello.

—Es para ti, Abril —le dijo, e intentó que dejara de limpiarle la camisa.

—Pero te manché la camisa.

—No te preocupes por eso. Dime lo que hice mal.

Ella volvió a inhalar con fuerza, y apartó la mirada de la mancha que le había dejado en la camisa.

Intentó bajar de su regazo.

—No te irás hasta que me ayudes a entender —dijo, apretándole aún más las manos alrededor de la cintura.

Ella se rio apenas, pero sonó más como un hipo.

—Fuiste tú quien me compraste los zapatos, ¿no? —preguntó, pero en su mirada ya adivinaba la respuesta.

—¿Qué más da si los compré o no?

Ella respiró hondo, tratando de calmarse.

—Importa por el motivo por el cual lo hiciste. Y por lo que gastaste en todos esos zapatos.

—Lo que gasté no me significa nada —dijo, y desestimó el gasto agitando la mano en el aire—. ¿Por qué crees que te los compré?

—Porque te portaste como un imbécil conmigo.

—Sí, ése fue uno de los motivos —dijo.

Ella se deslizó de su regazo. Necesitaba poner distancia entre los dos ahora que el ataque de nervios había acabado.

—No debiste hacerlo —dijo, entristecida porque le hubiera comprado los zapatos para aplacar su culpa y porque sabía que tendría que devolver todos esos hermosos zapatos. Aunque no debió hacerlo, se había enamorado de algunos de ellos apenas los vio. El sólo verlos en sus cajas había sido una dolorosa tentación. Ya había pensado en prendas que combinaban con algunos de ellos.

—Sé que estás tratando de levantarme el ánimo. Y también de apaciguar tu sentimiento de culpa. Pero estoy bien.

Xander también se paró, dominándola con su figura. Ryker y Axel tenían casi su misma altura, y Ash era aún más alto, pero aquellos hombres no parecían imponer su presencia como lo hacía Xander. No era sólo que fuera alto, sino que se alzaba sobre los demás, intimidándolos con su porte soberbio. Su aspecto fuerte y el dominio que parecía ejercer sobre todo el resto le provocaban una profunda excitación. Algunas personas necesitaban ostras o espárragos. Pero ella lo único que necesitaba era a Xander. ¡Era un afrodisíaco sexy y atractivo en sí mismo!

Él se inclinó y levantó uno de sus zapatos. Luego la levantó a ella inesperadamente, apoyándola nuevamente sobre su escritorio.

—La verdad es que no puedo asegurarte que compré todos estos zapatos para apaciguar mi culpa. Aunque sí te pido disculpas por haber sido tan irritante y odioso últimamente.

Ella tragó saliva, apenas oyendo sus palabras, porque le había tomado la pierna con los dedos, y deslizó la mano sobre la piel de su pantorrilla. Era casi como si no llevara panti. Cuando su mano levantó su pie mientras la otra mano le volvía a calzar el zapato, dijo:

—¿Qué te parece si sencillamente aceptas que me gusta verte con estos zapatos? Me gusta cuando caminas por el pasillo con estos tacos sexy, tus camisas sexy y tu maquillaje sexy, como una especie de diosa de los negocios o algo así.

No pudo evitarlo. Por algún motivo, la carcajada se le escapó.

—¿Diosa de los negocios? —repitió.

Él asintió la cabeza, y su mano siguió subiendo por su pierna, deslizándose furtiva bajo su falda, sensual.

—Diosa, por lo menos. —Él también soltó una risa ahogada. —Tal vez, de mucho más que de los negocios.

Ella sonrió. Sintió que una oleada de calor la invadía.

—Realmente, no quiero ser una diosa de los negocios —dijo con una sonrisa. Advirtió adónde se encaminaban, lo que se le estaba cruzando por la cabeza, y se compuso. Sacándole el pie de la mano, sacudió la cabeza.

—Será mejor que vuelva a casa —le dijo, y se deslizó de su escritorio—. Ha sido un día bastante largo y difícil. Tengo la impresión de que Tilly también va a renunciar.

Xander se inclinó hacia atrás, sobre el escritorio, observándola con agrado inclinarse bien abajo para levantar el otro zapato y calzárselo.

—No te preocupes por Tilly —dijo, mientras ella se agachaba para levantar los otros dos misiles que había disparado contra su cabeza hacía un rato—. Le compré una caja de chocolates a modo de disculpa.

Abril se sintió derrotada. Los zapatos y los chocolates. Tenía bastantes cosas por las cuales tenía que disculparse, pensó con recelo.

—Bueno, será mejor que me marche.

Se volvió y caminó hacia su puerta. Pero antes de salir por la puerta, se detuvo y se dio vuelta.

—Lamento haberte arrojado los zapatos.

Xander soltó una risa suave.

—Por favor, no tengo problema en que me arrojes cualquier prenda que te quieras quitar —dijo. En seguida, tuvo el enorme placer de verla sonrojarse antes de darse vuelta una vez más y salir caminando por el pasillo.

Capítulo 5

Ash observó a Abril caminando por el pasillo y de inmediato se dio cuenta de que algo no funcionaba. Observó su rostro, advirtió las ojeras bajo sus ojos y entornó los ojos con recelo. Entonces, lo supo. Cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, perdió los estribos.

Caminó a grandes zancadas por el pasillo, y ni se molestó en golpear para entrar en la oficina de Xander. Sí hizo una pausa, para asegurarse de que su hermano no estuviera con un cliente, antes de preguntarle a viva voz:

—¿Qué le hiciste?

Xander se dio vuelta tras deslizar el libro que estaba leyendo en la biblioteca.

—¿Qué le hice a quién? —preguntó, sin entender de qué hablaba su hermano. Estaba agotado por la falta de sueño y frustrado por no saber cómo volver a meter a Abril en su cama. Todo lo que hacía parecía volverse en su contra. Así que no estaba de humor para discutir con su hermano menor en ese momento.

—¡Abril! —espetó Ash, con las manos apretadas a los lados.

Xander entornó los ojos.

—¿A qué te refieres? ¿Qué le pasó? —preguntó con urgencia, listo para salir de la oficina y asegurarse de que estuviera bien.

—¡Eso mismo te estoy preguntando yo! —replicó Ash, dando un paso hacia delante—. ¿Qué le hiciste? ¿Se enojó por algo?

—¿Por qué crees que la hice enojar?

Ash no tuvo tiempo de responder. En ese momento, Axel irrumpió en la oficina, apartando a Ash del camino para enfrentar a Xander.

—¡¿Qué le hiciste?!

Xander miró a uno y otro de sus hermanos menores, absolutamente desconcertado.

—¿De qué demonios están hablando? —Ahora también él estaba comenzando a enojarse. No le gustaba la idea que de Abril estuviera molesta por algo, pero menos le gustaba que algún otro se preocupara tanto por que la mujer que él consideraba suya estuviera molesta.

—¡Abril! —casi gritó Axel—. Está perturbada por algo, y tú debes ser el motivo. ¡La has estado volviendo loca con todas tus ridículas exigencias, y ahora está al borde de un ataque de nervios!

Xander sintió que se le paralizaba el corazón con esas palabras.

—¡Dime qué sabes! —gritó.

Una vez más, nadie pudo responder porque en ese momento entró Ryker.

No fue tan duro como sus dos hermanos menores, pero tenía la preocupación pintada en el rostro.

—Xander, ¿sabes qué le pasa a Abril? —preguntó con una expresión hostil en la mirada, que indicaba lo alterado que estaba. Ryker no gritaba. Sólo había que mirar sus ojos para saber lo que estaba pasando. Era una persona muy controlada y reservada.

Xander arrojó las manos en el aire, exasperado.

—¿De qué están hablando? Hablé con ella anoche, ¡y estaba perfectamente bien! —En realidad, estuvo bien al final, pensó en silencio. No les contó acerca del ataque de llanto. Eso era entre ellos dos, y no iba a discutirlo con sus hermanos, que eran unos entrometidos.

—Evidentemente, está muy afectada por algo —dijo Ryker, dando un paso al costado.

Xander miró furioso a sus tres hermanos, confabulados contra él. No era la primera vez que deseaba haber tenido sólo hermanas.

—Si alguien no me explica lo que está sucediendo, ¡esto va a ir mucho más lejos que un intercambio de palabras y acusaciones! —dijo, amenazando a los tres. Tal vez fueran tres contra uno, pero él estaba protegiendo a la mujer que amaba, y eso lo hacía más fuerte.

—¡Está usando zapatos sin taco! —espetó Ash, como si los zapatos sin taco estuvieran prohibidos y fueran ofensivos.

Xander miró a los otros. Se mostraron de acuerdo asintiendo con la cabeza.

—¿Está usando zapatos sin taco? —preguntó, sin entender para nada a lo que se referían.

—¡Sí! —gritó Axel—. ¿Qué le hiciste?

Xander comenzó a preocuparse. Lo que decían no tenía sentido alguno.

—Salgan de mi camino —bramó, tratando de abrirse paso entre los tres.

Axel cruzó los brazos delante del enorme pecho, mirando furioso a su hermano.

—Ni pienses que te vas a acercar a ella si la vas a volver a hostigar.

—¡Y tienes que encontrar una manera de solucionar este problema! —le dijo Ash.

Ryker asintió con la cabeza, al tiempo que Xander consideró a cuál de los tres le pegaba una trompada primero. Estaba desesperado por alcanzar a Abril y averiguar de qué hablaban. Pero un instante antes de lanzar el puñetazo, una voz suave y femenina interrumpió la escena, y la ira que sentía se disipó en el acto.

—¿Qué está pasando? —preguntó Abril. Avanzó rodeando a Ryker, Ash y Axel. Levantó la cabeza para mirar a Xander, esperando una respuesta. Pero sintió que sus mejillas se sonrojaban cuando los cuatro hombres bajaron la mirada a sus pies.

Xander fue el primero en recuperarse. Miró los zapatos, unos zapatos sin taco con estampado de leopardo que combinaban a la perfección con sus pantalones marrón chocolate, y estalló en una carcajada. Abril sonrió al verlo reír; sacudió la cabeza al tiempo que miraba a los restantes hermanos Thorpe.

—¿Alguien me puede explicar lo que está pasando? —preguntó mientras Xander se inclinaba sobre su escritorio, apretándose el costado por la risa. El sentido común y los modales quedaron de lado.

Ryker dio un paso adelante y le tocó el antebrazo con suavidad.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, con la mirada preocupada.

Abril miró a Xander, todavía riéndose, y puso los ojos en blanco.

—Ayer tuve un día difícil, pero para cuando terminó, había recuperado la cordura.

Ash y Axel se tranquilizaron un poco, pero todavía tenían cara de querer pegarle una trompada a Xander.

—A las seis en el gimnasio —le dijo Ash a Xander, dándole una palmada en la espalda antes de marcharse.

—Yo también estaré ahí —dijo Axel y salió, sin siquiera despedirse de su hermano mayor.

Ryker sacudió la cabeza. Dirigió su mirada a los zapatos sin taco de Abril y luego también salió de la oficina.

—Yo también iré —le dijo a Xander.

Abril miró a tres de sus cuatro jefes salir de la oficina de Xander. No sabía lo que estaba sucediendo.

—¿Me podrías explicar qué pasó? —preguntó, intentando hacerse oír por encima de las carcajadas de Xander.

Cuando éste siguió riéndose, resopló y se dispuso a salir de la oficina, decidida a ponerse a trabajar en lugar de quedarse allí como una tonta. Pero él la detuvo tomándola de la muñeca y tirando de ella. Seguía riéndose, pero al menos se lo veía más controlado.

Ella respiró hondo y esperó, sintiéndose pequeña y ridícula con sus zapatos sin taco, especialmente al lado de Xander. ¡Era tan condenadamente alto!

—¿Por qué estás usando zapatos sin taco? —preguntó, sin dejar de reírse—. ¿Es por la conversación que tuvimos anoche?

Ella se movió incómoda.

—Sí. No quería que creyeras que te estaba tratando de seducir.

Él levantó una mano para tocarle la mejilla con una suave caricia.

—¿Y si tengo ganas de que me seduzcas?

Su boca se abrió y su cuerpo se relajó. Descendió la mirada a la boca de Xander, y luego otra vez a sus ojos.

—No puedes decir eso aquí —susurró.

—Entonces, ¿dónde?

Estaba a punto de responder cuando Tilly los interrumpió.

—Doctor Thorpe, su... —se paró en seco cuando vio la posición de ambos—. Oh, lo siento —susurró y trató de retroceder—. No quise interrumpir.

Abril miró hacia atrás y se zafó de la mano de Xander.

—No estás interrumpiendo nada —dijo y rápidamente salió de la oficina de Xander. No se molestó en mirarlo de nuevo, maldiciéndose por caer bajo su famoso hechizo. No podía creer haber estado a punto de decirle que viniera a su casa para seducirlo. Menos mal que Tilly los había interrumpido. Había estado a punto de hacer el ridículo.

Los siguientes días, trabajó más duro que lo normal. Se quedaba hasta tarde para no toparse con Xander saliendo con algunas de sus amantes de turno, y entraba temprano. La idea de cruzárselo camino a la oficina, de tal vez verlo con una sonrisa en el rostro, que automáticamente relacionaría con una noche de pasión, sería demasiado difícil de soportar. Así que se cuidó de evitarlo, incluso en los pasillos. Conocía su rutina y hacía todo lo posible por eludirlo.

Durante toda la semana logró su cometido, hasta que tuvo la reunión general como todos los viernes por la mañana. No tenía más remedio que asistir, pero se sentía bien preparada. Los otros tres hermanos Thorpe entraron y tomaron asiento, pero Xander entró corriendo justo antes de que comenzara la reunión. Desafortunadamente, eso hizo que se sentara al lado de ella. Lo bueno fue que le permitió no tener que mirarlo. Incluso cuando hablaba, podía fingir que estaba escribiendo lo que fuera. Lo malo fue sentir el calor de su cuerpo, incluso sentado en la silla de al lado. Aquello era imposible, se dijo, sintiéndose ridícula incluso por pensarlo. Pero no se dio cuenta de que su cuerpo se comenzó a mover hacia aquella fuente de calor irresistible. Cruzó y descruzó las piernas hasta que tenía la mitad del cuerpo prácticamente enfrentado al suyo.

Cuando la reunión se dio por terminada, Abril miró a su alrededor, sorprendida por que todo el mundo se estuviera levantando y enfilando hacia la puerta. ¿Tan ausente había estado? Bajó la mirada a su libreta de notas, preguntándose qué habría escrito. Pero la hoja estaba prácticamente en blanco. Había algunos garabatos, pero no había escrito ninguna otra cosa.

Habitualmente, en estas reuniones tomaba varias hojas de apuntes, pero hoy no.

—Iré en un instante —oyó que decía Xander, y se quedó helada.

Y luego oyó lo que tanto temía. La puerta se cerró.

Lentamente, como si los músculos del cuello se lo estuvieran impidiendo, levantó la cabeza, y miró a Xander, apoyado contra la puerta.

—¿Qué te pasa? —preguntó cruzándose los brazos delante del enorme pecho.

El corazón le latía con tanta fuerza que tenía miedo de que él lo pudiera oír desde el otro lado de la sala.

—No sé a qué te refieres —contestó y se puso de pie, acomodando todos los papeles que les habían repartido durante la reunión. Algunos habían sido, de hecho, copias suyas. ¿Quién las había repartido? No recordaba nada.

—Es evidente que hay algo que no funciona —dijo y se acercó para quedar parado al lado de ella, dominándola con su presencia. Abril quedó de pie, arrinconada contra la mesa de la sala.

No podía mirarlo directamente a los ojos, así que fijó la mirada en su pecho. Temía que él descubriera algo en su mirada. Y temía también lo que ella pudiera ver en la suya.

—No sé de qué hablas, Xander. Todo anda perfectamente bien; acá no hay ningún problema —tartamudeó nerviosa. Era una mentira descarada, y él probablemente lo sabía, pero ella la iba a sostener como fuera. La alternativa, hablarle a Xander con franqueza, no era una opción.

—¿Entonces por qué les dijiste a los demás que había que hacer un cambio en la oficina? —preguntó con suavidad, deslizado sus ojos azul índigo sobre sus rasgos con lentitud, como si estuviera saboreando el momento a solas con ella.

Ella se inclinó hacia atrás ligeramente; el cerebro no le funcionaba cuando lo tenía tan cerca. Siempre guardaban distancia entre los dos, especialmente cuando discutían. Salvo por..., pues, salvo por aquella única tarde.

No recordaba haber dicho nada sobre un cambio en la oficina, así que era una novedad total para ella. Lo pensó, especialmente esta semana mientras trataba de evitar a Xander en los pasillos.

No quería pasar como una idiota completa, así que le siguió la corriente lo mejor posible.

—¿Qué tiene de malo hacer un cambio en la oficina? —susurró, al tiempo que sus dulces ojos marrones descendía a su boca. No se dio cuenta de que su lenguaje corporal se había suavizado y de que instintivamente estaba acercándose a él. Tal era el deseo de extender la mano para tocarlo que sus dedos tamborileaban nerviosos. Se preguntó cómo sería poder tocarlo cuando quisiera, pararse en puntas de pie para besarlo y pedirle que la tomara en sus brazos y le hiciera el amor.

Suspiró e inclinó la cabeza ligeramente, sabiendo que no tenía ese derecho y nunca lo tendría. Xander era un donjuán, un seductor de mujeres, y jamás podría ser sólo para ella.

Xander sintió que todo su cuerpo reaccionaba a la manera en que ella lo estaba mirando. Siempre era tan distante, gritándole cada vez que la irritaba. Sí, era cierto, sentía placer sacándola de las casillas, porque le encantaba ver cómo su rostro se teñía de un suave color rosado cuando se enojaba. Pero hoy no la había

atacado ni una sola vez, no se había dejado afectar por ninguna de sus bromas durante la reunión, e incluso estuvo de acuerdo con él respecto de algunos de los asuntos que había señalado.

—No tiene nada de malo hacer un cambio en la oficina, Abril —dijo, moviéndose ligeramente hacia ella, impregnando sus orificios nasales con aquel aroma dulce y femenino que recordaba de la única vez que habían estado juntos. Maldición, ¡qué bien olía! Y su sabor...

No, prohibido pensar en eso, se dijo con firmeza. La suerte ya estaba echada. Ella ya no lo quería de esa manera o no hubiera huido despavorida de su apartamento mientras se duchaba. Aquella mañana se lo había dejado bien claro.

Pero ahora parecía estar diciéndole otra cosa. Al menos, advirtió que no se estaba apartando de él.

—El cambio es bueno —dijo, esta vez apenas susurrándolo. No tenía la energía para decirlo más fuerte. Al menos, no estando tan cerca de Xander. No cuando sentía cada partícula de calor que emanaba de su cuerpo increíble. Y ella tenía tanto frío. Hacía tanto tiempo que sentía frío. Era injusto que él tuviera todo ese calor y ella... nada. Era como si todo su cuerpo anhelara desesperado el calor de Xander, que la envolviera en sus brazos y... sí, que le hiciera lo que le había hecho aquella única tarde.

—No podemos estar así —dijo ella, tratando de moverse hacia atrás, obligándose a resignar esa repentina fascinación que sentía por él.

—Estamos en una sala de conferencias, hablando de negocios —replicó él, pero movió el cuerpo para que nadie pudiera verlos si la puerta se abría por accidente.

Abril suspiró aliviada cuando lo dijo. Levantó la mirada y quiso mirar del otro lado, pero tenía la visión obstaculizada por su enorme pecho. ¿Se había movido aún más cerca? ¿Estaba inclinando la cabeza y...? Oh, por favor, ¡que no la besara! Oh, por favor, ¡que no dejara de hacerlo si era lo que tenía pensado hacer!

Levantó la cabeza en el mismo momento en que su boca atrapó la suya, y envolvió los brazos alrededor de su cuello atrayéndolo aún más cerca. Cuando él profundizó el beso, ella abrió la boca, gozando de las olas calientes que la recorrían, al tiempo que él le rodeó la cintura con las manos y la levantó contra él.

La fuerza de aquel beso hizo que la mente le comenzara a dar vueltas. La exigencia y el deseo se apoderaron de ella. Jamás había besado a un hombre que la hiciera sentir así. Nada era suficiente. Se puso en puntas de pie para poder pegarse más contra su cuerpo, apretarse más, y saber que, por ese instante, por ese momento, era todo suyo. Tenía la libertad y el derecho de tocarlo, y sus dedos se movieron sobre su cuello, sus hombros y luego subieron una vez más para enredarse en su cabello.

Xander no podía creer lo increíble que era tenerla entre los brazos. Era pura

suavidad, luz, calor y energía. No había imaginado cómo sería abrazarla, sentir aquel poder increíble que explotaba dentro de sí, y lo hacía sentir aún más poderoso por el solo hecho de que ella le permitiera sostenerla.

De pronto, hubo un ruido afuera de la sala de conferencias. Abril se apartó con brusquedad. Rápidamente, puso una distancia de varios metros entre los dos, justo a tiempo, ya que un segundo después, varias personas abrieron la puerta e irrumpieron en la sala. Pero cuando vieron quién estaba allí, se detuvieron en seco.

Abril echó un vistazo a Xander, y luego al grupo de abogados que se disponía a entrar. Estaban todos con la boca abierta tratando de entender lo que estaba sucediendo y si debían volver a salir. Por suerte, Xander parecía estar furioso, algo común, especialmente cuando estaba con ella. Las peleas entre ambos ya eran famosas en la oficina.

A toda velocidad, Abril reunió los papeles y salió de la sala de conferencias, como si nada raro acabara de ocurrir, como si la tensión que percibían los recién llegados fuera simplemente la ira habitual que se desencadenaba cada vez que ella y Xander estaban en una oficina durante más de treinta segundos.

Tal vez resultara un poco incomprensible que tuviera el rostro rojo o que no pudiera recuperar el ritmo habitual de su respiración. Los dedos le temblaban y caminaba con paso vacilante, pero nadie se dio cuenta. Y si lo notaron, esperaba que lo atribuyeran también a una pelea.

Se abrió paso por los corredores, ignorando a cualquiera que la requiriera para una pregunta o para informarle lo que fuera que creyeran que debía saber. No se detuvo hasta estar sola en su oficina con la puerta bien cerrada, excluyendo al resto del mundo y la locura de lo que acababa de suceder en brazos de Xander. Cerró los ojos y respiró profundo varias veces, esforzándose por recuperar algún viso de normalidad.

¿Era verdad que acababa de besar a Xander? ¿En una sala de conferencias?! ¿Donde cualquiera pudiera interrumpirlos, y de hecho había sucedido? Sacudió la cabeza y casi se desplomó sobre su sillón. Sentía todo el cuerpo convulsionado por el impacto de haber estado con él. En realidad, estaba temblando por la experiencia física y no por el hombre en sí.

Está bien, seguramente era una combinación del hombre y de la manera como la tocaba y la hacía reaccionar.

¡Basta! Cerró los ojos y se recostó hacia atrás en el sillón.

—¿Te encuentras bien? —oyó que preguntaba una voz femenina.

Abril abrió los ojos de golpe y levantó la mirada a su asistente.

—Sí, claro —dijo y se incorporó, apoyando las manos sobre el teclado. Intentó fingir que estaba trabajando, pero sabía que no resultaba creíble. Seguramente fue su mirada culpable la que la delató, así que bajó la vista hacia el teclado.

—¿Por qué lo preguntas?

Mary la miró con curiosidad.

—Entraste aquí corriendo como si te estuviera persiguiendo el diablo. Supongo que has estado actuando un poco extrañamente esta semana, así que no me debería sorprender, pero pareciera que hay algo más que te está afectando. — Pensó un momento y dijo: —Y tienes las mejillas sonrojadas, como si tuvieras fiebre o algo así. —Mary se acercó al escritorio de Abril y le entregó una pila de papeles—. ¿Te sientes mal? Es posible que estés por enfermarte. Este tiempo loco de otoño... frío por la mañana, calor por la tarde... te puede engripar. Nuestros cuerpos no saben si producir calor o ir en busca de un aire acondicionado. ¿Quieres irte a tu casa? Puedo hacerme cargo de tus asuntos. Es viernes, así que la mayoría de la gente se está yendo de todos modos.

Abril pensó en su casa con añoranza, y en el solaz que le ofrecería. Su pequeña casa urbana era justo lo que necesitaba en ese momento. Podía desaparecer de la oficina y esconder la cabeza bajo una almohada, hacer de cuenta que no tenía que volver a salir.

¿Pero qué diría Xander si se enteraba de que se había retirado temprano? Probablemente, iría a su casa para averiguar si estaba bien. Últimamente se comportaba de modo bastante protector.

Por otro lado, el hecho de que se hubiera mostrado afable un día no significaba que se hubiera vuelto una persona amable. Volvió a sonreír al recordar a los otros tres hermanos enfrentando a Xander cuando se puso los zapatos sin tacos. Aquello la había hecho sentirse bien, todos aliándose para protegerla contra él. Casi soltó una carcajada al ver la expresión de confusión en sus ojos, y todo por un par de zapatos sin taco. Vaya, ¡aquel día sí que los había confundido a todos!

Sacudió la cabeza, haciendo a un lado ese recuerdo y todas esas sensaciones cálidas que Xander le generaba cada vez que salía a protegerla. Debía de ser así con todas las mujeres. Por lo pronto, lo hacía con todas sus clientes mujeres, asegurándose de que estuvieran protegidas económicamente cuando sus esposos finalizaban un divorcio. De hecho, a Abril le gustaba que fuera así. Salvo que hiciera lo mismo con las mujeres con las que salía. Eso no le habría gustado en absoluto.

Mary seguía esperando la respuesta, y se concentró en el trabajo que tenía por delante.

—Estoy bien —dijo, sonriendo a desgano—. Un poco cansada, nada más. Ha sido una semana terrible.

Mary sonrió y le entregó los otros informes que Abril le había pedido más temprano.

—El sistema de clientes ya está en funcionamiento. Se cargaron todos los casos de años anteriores, y se los puede consultar para cualquier tema y con

cualquier palabra clave. Ya pasaron varias personas por mi escritorio para felicitarte por insistir en instalar este sistema —comentó Mary, dirigiéndose a la puerta de la oficina de Abril.

Abril sonrió. Al escuchar esas palabras, la embargó una intensa sensación de victoria. Habría librado una larga batalla por aplicar ese sistema. Y era con Xander con quien más había discrepado. Él decía que no lo necesitaban porque ya había bases de datos de investigación en Internet, a los cuales estaba suscrito el estudio. “¿Qué sentido tenía?”, preguntaba una y otra vez. Ella lo bombardeó con argumentos, invocando los incrementos de productividad, las estadísticas que había reunido sobre los diferentes medios, y la posibilidad que les daría a los asistentes legales de reunir información y ampliar el mercado llegando a más clientes. “El Grupo Thorpe no necesita clientes nuevos”, decía él. Tenían que rechazar clientes nuevos todo el tiempo porque no daban abasto para contratar y capacitar abogados nuevos con la rapidez suficiente.

Había peleado encarnizadamente por conseguir hasta el último centavo para instalar el sistema, así que resultó un alivio enorme que fuera tan fácil de implementar y los empleados realmente lo estuvieran usando. Un punto para ella, pensó.

Pero, por algún motivo, la idea de anotarse un punto a su favor en la batalla en curso no le generó la sensación de victoria de siempre. Era otra consecuencia no deseada más de dormir con el enemigo, se volvió a reprender. Ya ni siquiera la entusiasmaba anotarse un punto a su favor.

Suspiró y miró alrededor de la oficina. Últimamente había pasado demasiado tiempo allí adentro; estaba comenzando a percibir una sensación de encierro. Como si fuera una prisión más que un santuario. Tal vez sí fuera hora de irse a casa. De cualquier manera, no estaba haciendo demasiado. ¿Para qué computar horas de trabajo cuando no estaba siendo productiva? Sospechó que, si se iba de la oficina, conseguiría terminar más asuntos en su casa. Valía la pena intentarlo, de cualquier manera. Al menos, la alejaría de Xander. Realmente, ¡no podía volver a cruzarse con él de nuevo después de ese beso! No tenía ni idea de cómo explicar su reacción, o siquiera por qué había dejado que ocurriera.

Metió rápidamente en el maletín las carpetas con las que podía trabajar el fin de semana, luego apagó la laptop y también la guardó.

—Mary, al final me voy. Si alguien pregunta por mí, dile que está todo en orden, pero que esta tarde voy a trabajar en casa.

—Por supuesto —replicó Mary, apenas haciendo una pausa mientras tipiaba.

Abril salió de la oficina, pero en lugar de girar a la derecha para tomar el ascensor, fue hacia la izquierda dirigiéndose a las escaleras. No le importó tener que bajar tantos pisos y que le resultara terriblemente incómodo con los tacos aguja

que llevaba. Pero no quería correr el riesgo de cruzarse con Xander otra vez. Ya había hecho el ridículo para rato.

Cuando llegó a su casa, se puso un jean cómodo y gastado y un buen par de medias gruesas de lana. Tras servirse una copa de vino, llevó su trabajo al patio trasero. El tiempo estaba agradable, pero para cuando llegara la noche, estaría demasiado fresco para estar afuera. Así que decidió aprovechar el calorcito del sol mientras pudiera.

Se hizo un ovillo sobre su enorme sillón y sacó la laptop. Pero fue todo lo que alcanzó a hacer en su afán por terminar el proyecto que había empezado ese día. En lugar de concentrarse en el informe sobre la productividad del personal, que Ryker le había pedido, se quedó mirando al vacío. Ni siquiera se acordó del vino que tenía servido en la mesita de al lado.

—Creí que ibas a trabajar en tu casa —oyó que decía una voz profunda en la puerta de entrada.

Abril giró la cabeza bruscamente y se quedó boquiabierto al ver a Xander parado en el umbral.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, y saltó de la silla. Pero al hacerlo, todos los papeles que tenía extendidos a su alrededor salieron volando. Abril no pudo impedir que se cayeran, porque estaba tratando de evitar que la costosa laptop también fuera a dar al piso de mosaicos del patio.

Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, lo tenía a Xander de rodillas al lado suyo, atajando los papeles y la computadora. Levantó la mirada, directo a sus ojos, y se dio cuenta de que lo tenía demasiado cerca.

Hubo un largo momento de tensión en el que su mirada descendió de sus ojos a su boca. Y luego recordó lo que había sucedido aquel día, cuando se había detenido justamente en ese lugar con la mirada, y respiró hondo al tiempo que daba un paso atrás.

—¿Qué haces acá? —preguntó otra vez.

Él sonrió con esa sonrisa encantadora que le provocaba un aleteo en el estómago.

—Sabía que necesitabas que alguien te atajara todos estos papeles —explicó—, así que me apuré por llegar lo más rápido posible.

Recordó cuando le solía encantar esa sonrisa. Al principio, creyó que la tenía reservada sólo para ella. Bromeaba con ella en el lobby o cuando se cruzaban por casualidad en algún pasillo. Pero después lo vio dedicarle la misma sonrisa a una mujer que vino a la oficina para buscarlo. Y aquella sonrisa, dirigida a otra mujer, le había demostrado que en realidad la usaba con todo el mundo y con cualquiera.

Retrocedió unos pasos y volvió a sentarse en el sillón. Cómo le gustaría que dejara de sorprenderla así.

—¿Y el motivo real? —le preguntó enojada, volviendo a meter los papeles

en el maletín. Era evidente que el día de hoy ya estaba perdido, ¿para qué fingir otra cosa?

—Porque Mary me dijo que te fuiste temprano y quería ver si estaba todo bien.

—Está todo bien —dijo y levantó la copa de vino para beber un pequeño sorbo. Pero el vino ya estaba tibio. Hizo una mueca de disgusto y casi lo escupió de nuevo dentro de la copa.

—¿Demasiado tibio? —preguntó él, riéndose de su expresión de fastidio, al tiempo que tomaba asiento delante de ella.

—Sí, está horrible —dijo, riéndose también ella de la situación.

—Iré a buscarte otra copa —dijo él, poniéndose de pie—. No, no te preocupes —volvió a bromear—. Me las arreglaré para encontrar tu cocina.

Esta vez no pudo evitar la carcajada. ¡Se estaba burlando del tamaño de su casa! Pero no le importó. Tenía el tamaño justo para ella. Los pagos mensuales que realizaba le permitían ahorrar para otras inversiones, así que era una ventaja adicional.

Xander regresó no con una copa de vino blanco helado, sino dos. Y el detestable hombre se volvió a sentar delante de ella.

—Bien, ahora me puedes explicar por qué te fuiste tan temprano de la oficina cuando jamás te has ido antes de la hora habitual de salida. —Entornó los ojos de pronto como si se le acabara de ocurrir algo. —De hecho, ¿cuándo fue la última vez que te tomaste vacaciones? —preguntó con cautela.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Eso no es justo. Tú tampoco te sueles tomar vacaciones. No me puedes criticar cuando estás incurriendo en el mismo delito.

—¡Tienes razón! —dijo a su vez—. Así que puedes comenzar a explicármelo.

Se reclinó hacia atrás, sobre el cómodo sillón, y la observó. Ella no respondió a su pregunta, pero sí tuvieron un animado debate sobre otro tema, uno que ni siquiera él recordaba, y a partir del cual comenzaron a polemizar entre diferentes cuestiones. No le importó. Simplemente disfrutaba de estar allí con ella.

Xander recordó que solían conversar así. Hasta que aquel imbécil la había venido a buscar para salir. Se enfureció tanto de verla con otro hombre que fue directo al gimnasio aquella noche y dejó fuera de combate a uno de los hombres que se entrenaba con él. Después de ese incidente, no lo dejaron entrar en el gimnasio por una semana.

Ahora ella estaba ahí. El sol de la tarde se iba apagando, y la noche avanzaba lenta. Observó el reflejo de la luz sobre sus bellos rasgos. Le gustaba verla así, relajada, en su propio terreno y sintiéndose más segura de sí. Últimamente, Xander lo estaba pasando mal. Su mente iba y venía entre el recuerdo del golpe de aquel bruto y la noche que la había visto alcanzar el orgasmo

entre sus brazos. Tampoco había estado durmiendo bien porque cada vez que se dormía, volvía a sentirla, hasta que se despertaba y se daba cuenta de que no estaba allí.

Ya había resultado duro mientras fantaseaba tenerla en la cama con él. Pero ahora que tenía el recuerdo de lo que había sucedido en la realidad, resultaba mucho peor. La quería otra vez, en su cama y en sus brazos. Y quería saber cómo seguir gozando de esa camaradería. No estaba seguro de poder aspirar a ambas cosas, pero estaba decidido a intentarlo. El beso de aquella tarde fue una prueba de que ella no era tan inmune a él como intentaba hacerle creer.

A Xander le resultaba increíble que su patio fuera tan agradable: diminutas luces se hilvanaban entre las ramas de los árboles, que se fueron encendiendo automáticamente mientras charlaban de todo un poco. Adoraba observar el entusiasmo de sus hermosas facciones, y se le ocurrió que se podía pasar el resto de la vida sentado en ese patio, observándola y escuchándola hablar sobre sus sueños y lo que esperaba del futuro, discutir sobre cuestiones de la política, o simplemente aconsejarle que bajara el tono cuando discutían.

Eso le encantaba de ella. Por lo general, nadie lo enfrentaba. Sus clientes venían a él, furiosos con su cónyuge, y le pedían que hiciera desaparecer un matrimonio por el cual habían luchado durante años. Xander les decía lo que debían hacer, cómo protegerse del abogado del otro cónyuge, y lo hacían. Seguían sus instrucciones al pie de la letra, y nunca ponían en duda su pericia.

Abril podía llegar a discutir con él acerca de si el cielo estaba azul, porque ella era así. Y nada lo excitaba tanto. Con la caída de la noche y el parpadeo de las luces que destacaba sus animados ojos color marrón, tuvo que cambiar de posición para acomodar el cuerpo, que cada estaba más duro por estar en su presencia.

¿Por qué había salido corriendo la última vez que habían estado juntos? ¿En qué se había equivocado? Otras mujeres le habían dicho que era un buen amante, y sabía con absoluta certeza que ella había disfrutado la noche que pasaron juntos. Pero desde aquella mañana se había mantenido esquiva, poniendo distancia entre ambos. Era como si se sintiera avergonzada de haber cedido a la tentación. Y eso lo sublevaba sobre manera, ya que él no se arrepentía de nada. Salvo, tal vez, de que no hubiera durado más. Cincuenta años más, pensó irritado.

Ella sacudió la cabeza refiriéndose a una opinión política que él acababa de mencionar, y le dijo directamente que estaba equivocado. Él se rio, pero no la contradijo. Le gustaba que fuera tan segura de sí: era una parte fundamental de su personalidad. ¡No le había hablado así en... años! Desde que fue la recepcionista, y aún no sabía qué quería hacer de su vida. En aquella época, tenía tanto entusiasmo y ganas de hacer cosas... Bueno, aún los conservaba, pensó mientras ella soltaba una carcajada al escuchar un comentario suyo sobre los últimos acontecimientos políticos. Pero ahora tenía algo diferente. Se percibía una dureza en su mirada y su

gesto que había aparecido con los años. Y cada tanto él advertía algo en los ojos, un dolor que le retorció el estómago. Cuando notaba esa mirada, por más agresiva que fueran las palabras que le estuviera espetando, lo único que quería era atraerla en sus brazos y hacer que le dijera qué o quién había causado su dolor. Deseaba protegerla, hacerla feliz y borrar toda la rabia y frustración, ¡salvo cuando estaban dirigidas a él!

Levantó la botella de vino, para volverle a llenarle la copa. Él sólo había bebido la mitad de una copa. Estaba disfrutando demasiado de su alegría como para perder el foco bebiendo vino. Pero cuando se dio cuenta de que estaba vacía, supo que era hora de partir.

Maldición, no quería marcharse. Quería levantarla en sus brazos y hacerle el amor allí mismo, sobre el suave césped de su jardincito. Y luego quería llevarla a su casa y hacerle el amor sobre toda superficie horizontal que encontrara.

—Será mejor que me marche —dijo, en lugar de atraerla sobre sí. Cuando ella bajó la mirada a sus manos en lugar de mirarlo a él, rogándole con aquellos cálidos ojos color marrón, lo entendió todo: “Sal de aquí”, fue el mensaje que decodificó a partir de su lenguaje corporal.

¡Qué rabia! Después de aquel beso en la sala de conferencias, pensó que tal vez estaría tan interesada como él en explorar esa química que él sabía que existía entre ambos. La había deseado durante tanto tiempo... Al principio, ella había sido demasiado joven: recién salida de la universidad, su mirada asombrada, y excitada ante todo lo que le ofrecía el mundo. Se mantuvo alejado de ella. Pero ya no era una joven universitaria. Y la mirada que le dirigió tras aquel beso, por no recordar el modo en que respondió a sus caricias... No, se dijo a sí mismo. Aquel día había estado débil. Él se había aprovechado de ella después de la pelea. Conocía perfectamente la sensación de la adrenalina que galopaba por las venas después de una discusión, y él la había besado inmediatamente después. Seguro, fue una reacción a la pelea, no a él.

Pero esa tarde... no había habido peleas. Ni adrenalina. Bueno, al menos hasta que se había alejado de ella. Cuando tuvo que salir de la sala de conferencias quiso pelear con alguien, pegarle tan fuerte que lo dejara nocaut.

Suspiró y se puso de pie con determinación.

—Ahora te dejaré sola. Pero gracias por el vino —dijo—, y me encantó conversar contigo. Fue como en los viejos tiempos.

Salió de allí lo más rápido que pudo, casi poniéndose a correr para alejarse de la casa. Pero si no lo hacía, no estaba seguro de tener la fuerza para hacerlo después. No cuando tenía ese aspecto de gatita sexy sobre el sillón, sentada sobre las piernas dobladas, y con esas preciosas medias rosadas en los pies. Siempre lucía tan sofisticada en el trabajo, con esos tacos aguja y las faldas apretadas que no dejaban nada librado a la imaginación respecto de las curvas de sus nalgas y sus

piernas.

De hecho, ¡eso no era cierto! Sus nalgas eran aún mejores desnudas, según recordaba. Se apuró aún más, hasta llegar a su auto y zambullirse dentro antes de cambiar de idea. Dudaba en volver y arrastrarla hasta sus brazos. Podía hacer que lo volviera a desear. Estaba seguro de ello, ¿pero sería justo? Si no lo deseaba, ¿no estaría imponiéndose sin respetar su libertad?

Salió del garaje a toda velocidad haciendo chirriar los neumáticos del auto. Apretó el volante con fuerza, los nudillos blancos, durante todo el camino de regreso a su condominio. Cuando finalmente llegó a su apartamento, fue directo a su sala y... se detuvo en seco.

—¿Qué diablos hacen todos acá? —preguntó irritado al advertir a sus tres hermanos sentados en su departamento. ¡Y se estaban tomando su mejor whisky!

—¡Estamos celebrando! —dijo Ash eufórico, al tiempo que se ponía de pie y le daba un vaso.

Xander no dudó. Tomó el vaso y se bebió de un solo trago el líquido color ámbar. Luego extendió el brazo para que su hermano se lo volviera a llenar.

—¿Y por qué fui elegido para ser anfitrión de la celebración? —preguntó, bebiéndose de un trago también ese segundo vaso.

—Porque eres quien vive más cerca —respondió Ryker, como si fuera la respuesta más evidente del mundo. Levantó el vaso para que Ash se lo volviera a llenar.

Xander se sentó en una de las amplias sillas. Sus hermanos estaban todos desparramados sobre el sillón y las otras sillas.

—¿Y? —preguntó. Merecía más explicaciones. Aunque, en realidad, sus hermanos no necesitaban demasiadas excusas para celebrar. En ocasiones se habían reunido simplemente para festejar que fuera martes o cualquier otro día.

Los cuatro hermanos parecían sentirse como él, y bebían whisky a un ritmo desenfrenado. Nadie explicó lo que celebraban, pero las bromas y los chistes fluyeron tal como suele ocurrir entre hermanos. Necesitaba aflojarse, poder olvidar. La opción era emborracharse con sus hermanos o dirigirse directamente a la casa de Abril, levantarla en brazos y hacerle el amor contra la pared. No creía que fuera a agradecerle demasiado esta opción, así que puso los pies en alto sobre la mesa de la sala, y se obligó a permanecer allí donde estaba.

Se rio a medida que se emborrachaban. Bromeaban entre ellos por el modo en que vivían sus vidas o por la falta de una novia. Cuando salió el tema, Xander guardó silencio, con la vista clavada en el líquido de su vaso, pensando en la mujer más frustrante del planeta. Las mujeres se le tiraban encima en las reuniones sociales, aparecían constantemente en la oficina. Ya no podía tener un almuerzo de negocios en un restaurante, porque aparecía alguna en su mesa, soltando indirectas para que las invitara a salir. A veces, ni siquiera se tomaban la molestia

de esperar que lo hiciera: se ofrecían para una fiesta o una reunión a beneficio. Resultaba una pesadilla, especialmente cuando la única mujer que quería a su lado era Abril.

—Pues, dudo de que el monje que vive acá sepa algo de eso —estaba diciendo Axel.

Xander no tenía idea de lo que hablaban, pero al levantar la vista, sus tres hermanos lo estaban mirando.

—¿Qué? —preguntó.

Los tres entornaron los ojos. Todos sabían de la obsesión que tenía por la gerenta del estudio, aunque nadie se lo dijera directamente por temor a que Xander se enojara porque se metieran en su vida personal. Pero también sabían que había rechazado a otras mujeres desde que Abril comenzó a trabajar para el Grupo Thorpe.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con una mujer? —preguntó Ash.

No tenía pensado contarles a ninguno de sus hermanos sobre la tarde y la noche que había pasado con Abril, que había superado todas sus fantasías. Era cierto que eran sus hermanos y que estaban unidos por sangre y por la profesión que ejercían juntos, pero su relación con Abril era algo de su vida íntima.

—Eres un idiota grosero, ¿lo sabías? —dijo. Volviéndose a Ryker, cambió de tema, sin molestarse en esperar que Ash le respondiera, ni esperaba que lo hiciera.

—Ah..., ¿qué sucedió en la cafetería entre Abril y ese matón? —preguntó Ryker—. Me llegó el informe policial, pero creo que la policía sigue esperando que tú y Abril vayan a hacer una declaración.

Xander se había olvidado por completo del tema.

—¿Soltaron a ese idiota? —preguntó Xander, furioso, enderezándose en su asiento—. Si se llega a acercar a ella... —dejó en suspenso la oración, porque sus tres hermanos le aseguraron rápidamente que el matón había sido condenado a realizar servicios comunitarios y a asistir a clases para el manejo de la ira; debía cumplir dos años de libertad condicional.

Xander no consideraba que fuera un castigo lo suficientemente severo, pero no podía acudir al juez para exigir algo peor. Las cárceles ya estaban atiborradas de delincuentes; no le prestarían demasiada atención a un tipo que le había pegado un puñetazo a una mujer.

Tal vez, Xander sí podía lograrlo. Se hizo una nota mental de pedirle al principal investigador en el estudio, Mark, que averiguara sobre los antecedentes del hombre. Cualquiera que estuviera dispuesto a comenzar una pelea en un lugar público, en plena tarde, debía tener algunos secretos bien guardados. Tal vez fuera el momento de transformarse en la peor pesadilla del tipo. Por experiencia, Xander sabía que alguien así debía tener un montón de cuestiones que había barrido bajo

la alfombra. Era hora de sacar todo a la luz, hacer que el tipo se hiciera cargo de sus culpas, pensó gozando de antemano.

—¿Tienes idea de por qué Abril no discutió la decisión sobre el software de contabilidad que se tomó hoy? —preguntó Axel, tirando al ruedo lo que pensó sería el tema menos polémico.

Ryker miró a Xander, que tenía la vista fija en su vaso. Éste no tenía ni idea de que sus hermanos estaban esperando una respuesta. Estaba demasiado concentrado en los planes para arruinarle la vida al matón. Así que cuando levantó el vaso para acabarse lo último de su whisky, advirtió que sus tres hermanos lo miraban con un gesto de extrañeza.

—¿Qué? —dijo, poniéndose de pie y sirviéndose otro vaso de whisky. Necesitaba algo que anestesiará el recuerdo de Abril, el pasado lunes y esa misma tarde, cuando parecía tan suave y cálida, sentada en su jardín diminuto pero acogedor.

Ash se rio de la expresión irritada de su hermano.

—Hablábamos de la reunión del personal de hoy —dijo—. Evidentemente, tú sabes tanto de lo que estamos hablando como lo sabía ella esta mañana.

Como los cuatro habían acabado la primera botella de whisky, Xander fue a sacar otra del aparador donde guardaba los licores. Pero al escuchar hablar de la reunión del personal, dejó caer la botella de whisky. La misma reunión después de la cual había besado a Abril por primera vez desde hacerle amor.

Levantó la mirada para observar a los otros con recelo, tratando de disimular su reacción:

—¿Qué tiene de importante?

Ash, Axel y Ryker se miraron sorprendidos, y luego de nuevo a Xander, que se hallaba limpiando un charco de whisky con treinta años de añejamiento, para luego sacar otro de su provisión.

—¿Qué está pasando? —preguntó Axel, que no hizo más que decir en voz alta la pregunta del resto.

—Nada —respondió con brusquedad y apoyó con un fuerte golpe la siguiente botella de whisky en el medio de la mesa, de modo que nadie tuviera que hacer ningún esfuerzo por levantarse para la siguiente ronda. Ni siquiera él. —¿A qué se debe la pregunta? —¿Habría revelado algo? No quería hacer nada que hiciera sentir incómoda a Abril. La tarde y la noche que pasaron juntos era un secreto de ambos. Si alguien se enteraba, sufriría una humillación. No lo había explicitado, pero él la conocía lo suficiente como para saber que le importaría, y mucho.

Ryker levantó una ceja.

—¿No te pareció raro que aprobaran el software de contabilidad?

Xander se encogió de hombros y bebió otro sorbo. Evitó mirar a cualquiera

de sus hermanos a los ojos.

Ash ladeó la cabeza y dijo:

—¿El software menos costoso? ¿El que ella no quería que instaláramos?

La mano de Xander quedó paralizada en el aire al escuchar la noticia. ¿Realmente había sucedido eso durante la reunión? ¡Maldición! Estuvo completamente ajeno a todo. Había estado observando a Abril durante la reunión, notado que estaba especialmente callada. Era evidente que no había estado concentrado en la agenda.

—Creo que ella estaba pensando en otra cosa. Habrá que conversarlo con ella la semana próxima.

Ash se rio y sacudió la cabeza.

—No me puedo imaginar en qué estaría pensando... —y lanzó una mirada a su hermano, tratando de provocarlo para que reaccionara. Pero después de tantos años tomando partido, Xander mantuvo silencio. Otra señal más de que esto se trataba de algo serio.

Ash echó un vistazo a sus hermanos. Ante el silencio de Xander, sus rostros manifestaron preocupación.

Xander sabía exactamente lo que estaban tramando.

—No voy a hablar de esto. No tengo idea de lo que piensa ella —dijo con honestidad. Tal vez pensara que el encuentro con él había sido fantástico y no quería arruinarlo intentándolo de nuevo, o tal vez pensara que era un idiota completo. No tenía ni la más remota idea. —Así que no me miren así.

—¿Esta semana discutieron?

Xander se rio.

—En realidad, es la primera semana que no nos hemos peleado por nada. —Lo cual resultaba extraño en sí.

—¿Crees que disimuló la gravedad del golpe? —preguntó Ash. La preocupación se notaba en su mirada.

Xander reflexionó sobre ello, recordando el modo en que se había movido en sus brazos el lunes después del altercado. Sí, la habían golpeado. No, no era más grave de lo que suponían. Reprimió implacable la reacción de su cuerpo a esas imágenes y rápidamente sacudió la cabeza.

—Las heridas físicas no son graves. ¿Las mentales? —Encogió los hombros. Francamente, no sabía cuál era su estado mental en ese momento. Ni siquiera podía hacerse una idea, lo cual era parte del problema.

A partir de ese momento, se apartaron de las cuestiones personales. Era evidente que a todos los hermanos les costaba hablar de sus sentimientos, y como de costumbre se dedicaron a hacerse bromas sobre los casos que tenían entre manos.

Para cuando llegó la medianoche, estaban demasiado ebrios para regresar a

casa, así que cada uno encontró su dormitorio respectivo, mientras que Xander se desplomaba sobre su propia cama. Pero ni todo el whisky que había bebido aquella noche logró insensibilizarlo del deseo por esta única mujer que lo volvía constantemente loco. Que durante años lo había vuelto loco de deseo.

Algo tenía que ceder, pensó. No sabía cuánto tiempo más podría comportarse como un caballero cuando estaba con ella. Tal vez comenzaría su propia firma en algún otro lugar. Lejos de Chicago, para no dejarse tentar todos los días de su vida por su figura sexy encima de aquellos tacos aguja.

Maldición, ¡al menos debía dejar que se mudara a una oficina en otro piso! Ella lo había intentado varias veces en el pasado, pero él simplemente lo había prohibido, distribuyendo él mismo las oficinas para que siguiera en su piso. Sonrió al levantar la mirada al cielo raso de su oscuro dormitorio, pensando en la vez en que había dispuesto que su oficina estuviera justo al lado de la suya. Se rio entre dientes en la oscuridad. Abril no había aguantado más que unos días aquella decisión, tras lo cual inventó un motivo para trasladar su oficina nuevamente al otro extremo del pasillo.

Del otro lado de la ciudad, Abril estaba acostada en su cama en la misma posición. Ya se había secado las lágrimas tras la manera en que Xander había prácticamente salido huyendo de su casa esa tarde. El insulto final fue cuando hizo chirriar los neumáticos en el momento en que salió a toda velocidad de su garaje.

¡Qué desesperado había estado por alejarse de ella! ¿Tan patética era que tenía que alejarse a toda velocidad?

Se limpió la mejilla con furia, irritada de seguir llorando. Basta, se dijo con firmeza. Basta de tratar de entender este asunto. Tenía que pensar en un modo de olvidarlo. Tuvieron una noche juntos, que había sido fabulosa, increíble, espectacular. Hasta el beso de aquella tarde la había dejado temblando de deseo. Pero ahora había que ponerle punto final. Ella quería tener un esposo y niños, mientras que Xander era un testigo privilegiado de la disolución diaria de matrimonios.

A esta altura de su vida, seguramente no creía más en el matrimonio. Y no lo culpaba. Había visto lo peor y evitado el estado matrimonial durante mucho tiempo, a pesar de la gran cantidad de mujeres que habían intentado llevarlo al altar. Si tantas habían fracasado, ella tenía aún menos posibilidades de éxito.

Xander seguramente tenía razón en evitar el compromiso y el matrimonio.

De todos modos, aquello no hizo nada para mitigar el dolor que sentía por dentro.

Inhaló profundo en la oscuridad. Sabía lo que debía hacer. Pero incluso la idea de abandonar el Grupo Thorpe hizo que la tristeza la golpeará por dentro. Había trabajado tanto para alcanzar el estado actual de eficiencia. No sabía si tenía la energía para comenzar de nuevo en otro lugar.

Pero ¿cuál era la alternativa? No se podía quedar; la única opción era partir. Era mejor cortar por lo sano que morir una muerte lenta observándolo día tras día.

Capítulo 6

El jueves por la noche, Xander se quedó trabajando hasta tarde en su oficina. Estaba cansado e irritado. Tenía algunos casos totalmente paralizados; sus hermanos lo miraban con suspicacia, y no había visto a Abril en todo el día. Se dio cuenta en ese momento de que el solo hecho de verla lo ayudaba a sobrellevar el día. Cuando pasaba por su oficina o la veía en la cocina o en la sala de conferencia, se sentía mejor. Tal vez no pudiera tomarla en sus brazos, pero su sonrisa lo animaba.

Xander arrojó la hoja a un lado de su escritorio, y se frotó las sienes, cansado. Estaba irritado con una clienta con quien se había reunido ese día, que exigía cada vez más de su esposo. Éste la había mantenido durante los últimos veinte años, dándole prácticamente todo lo que se le había antojado: tenía una casa gigante sobre Lake Shore Drive, se pasaba los días haciendo compras, salía a comer a los mejores restaurantes con sus amigas y organizaba fiestas fabulosas, pero no necesariamente para agasajar a los contactos comerciales de su esposo. Demonios, andaba paseándose con una cartera de cinco mil dólares alrededor del brazo y zapatos de dos mil dólares.

Su esposo la había engañado, algo de lo que Xander desaprobaba, pero ahora la mujer quería que le cediera todos los bienes. Xander no era por naturaleza una persona abusiva. En este caso, sospechaba que la mujer estaba teniendo un affaire o que ni siquiera le importaba que su esposo la hubiera engañado. A su juicio, ella sólo lo estaba usando como una excusa para divorciarse y quedarse con todo.

Se hallaba reclinado hacia atrás en la silla, tratando de pensar en un modo de convencer a su clienta de que le dejara a su esposo por lo menos una muda de ropa y algunos dólares en su cuenta bancaria. De pronto, oyó un ruido. Por lo tarde que era, no debía quedar nadie en la oficina. Siempre estaba el abogado superestrella que intentaba causar una buena impresión y se quedaba más tarde que el jefe, pero esto iba demasiado lejos, pensó. Todo el mundo necesitaba un equilibrio en su vida, y quedarse en la oficina trabajando hasta las diez de la noche era ridículo.

Se puso de pie y salió para rastrear el ruido. Finalmente, ubicó al empleado rezagado en el cuarto de la fotocopidora. Y en este caso, no le importó en lo más mínimo que la persona se hubiera quedado después de hora.

Inclinado contra el marco de metal a la entrada del cuarto de la fotocopidora, observó fascinado a Abril caminando descalza de la fotocopidora a la mesada de trabajo, cotejando gráficos y tablas. No tenía ni idea de lo que estaba

haciendo o qué sistema intentaría convencerlos ahora de comprar. Sólo quería observarla, fascinado por los adorables dedos de los pies que se movían sobre la pantorrilla, como si intentara relajar los músculos de las piernas.

Era más baja de lo que creyó. No debió ser una sorpresa, dado que siempre llevaba tacos aguja de diez centímetros para darle a todo el mundo un falso sentido de su altura real. Pero sin tacos, sospechó que no le llegaría ni a los hombros.

Canturreaba una canción para sí, y se le ocurrió que ni siquiera sabía qué tipo de música prefería. Parecía una canción country que había oído hace poco, pero no lo sabía con certeza. Si bien Abril sabía dirigir una oficina como una máquina bien aceiteada, no estaba para competir en ningún concurso de canto.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —preguntó, disfrutando de su gesto de sorpresa. Deseó estar más cerca de ella para poder sujetarla cuando se tambaleó sorprendida. Era capaz de cualquier excusa con tal de tocarla. Maldición, era capaz de lo que fuera con tal de verla. Porque últimamente lo había estado evitando.

—¿Qué? —preguntó Abril, al tiempo que sus ojos buscaban desesperados que apareciera alguien detrás de él por arte de magia. Por favor, que no estuvieran solos, rogó para sus adentros.

Él entró en el cuarto de la fotocopidora, y la observó retroceder unos pasos a medida que avanzaba.

—Te pregunté qué hacías acá —repitió. Echó un vistazo a los gráficos y sonrió. —¿Son los resultados de la encuesta? —preguntó. Abril había realizado una encuesta entre los empleados, que inicialmente él consideró ridícula. Pero tras escucharla explicar los motivos para realizarla, la terminó aceptando como un proyecto importante. Aunque eso no le impidió trenzarse en una discusión con ella. Lo había hecho sólo para poder entrar a su oficina y volver a discutir una vez concluidas las reuniones.

Abril cuadró los hombros y trató de ocultarle los resultados a Xander.

—Sí, efectivamente son los resultados. Sé que estás en contra de tonterías como mantener elevada la motivación de los empleados y asegurarte de que los buenos empleados permanezcan en la firma, pero estoy convencida de que se puede hacer mucho por mejorar el estado de las cosas, y motivar a las personas para que sigan trabajando aquí no sólo para ganar más dinero.

Xander se rio. Le encantaba el modo en que defendía sus ideas con tanta pasión.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo, y se acercó aún más.

Abril contuvo el aliento, apoyándose contra la mesa que tenía atrás. No alcanzaba a entender el significado de sus palabras.

—¿En serio? —preguntó, sintiendo que sus pulmones se quedaban sin aire.

—Sí. Y también te estoy muy agradecido por presentarnos la idea y asegurarte de que el proyecto les fuera comunicado a todos los empleados de un

modo tan ecuánime y profesional.

—Creí que no estabas de acuerdo con gastar tiempo y plata en las encuestas de satisfacción de personal —dijo con suavidad.

—Eso era antes —mintió—. Esto es ahora. —Y dio un paso más. La miró con cuidado, esperando una señal de algún tipo. Aquel día en la sala de conferencias la advirtió, y por eso se había animado a actuar. No vio ningún indicio aquella tarde en su jardín, pero tal vez no había estado lo suficientemente atento.

¡Ahora sí prestaba atención!

Cuando la boca de ella se suavizó, él se acercó aún más. Al ver que su mirada descendía a su boca, avanzó para apoyar los dos brazos sobre la pared detrás de ella. No la estaba tocando de ningún modo, pero cuando ella reclinó la cabeza hacia atrás, no pudo contenerse: inclinó la cabeza hacia abajo y rozó esos labios suaves y pulposos. Y al sentir su exquisito aliento en la boca, le fue imposible resistirse a profundizar el beso.

Abril no podía creer las ganas que tenía de que Xander la besara. Por mucho que intentara convencerse de que debía evitar a este hombre, cuando se acercaba, era imposible ahogar el deseo. ¡Endemoniado hombre! ¿Y ahora por qué no la besaba? ¿Qué tenía que hacer una mujer para conseguir que lo hiciera?

Incapaz de detener el apremiante deseo que sentía en las entrañas, levantó las manos y las apoyó sobre su pecho, para luego deslizarlas hacia arriba. Fue lo único que hizo falta, porque envolvió sus brazos alrededor de ella con tanta fuerza que estuvo a punto de estrujarla, y la levantó acomodándola contra su cuerpo.

—Cielos, eres maravillosa... —dijo con dientes apretados mientras la levantaba y la deslizaba sobre la mesa que estaba atrás—. Y te ves encantadora sin zapatos —le dijo. Sus manos descendieron sobre sus caderas, y luego se metieron debajo de su falda y volvieron a subir, corriendo la tela hacia arriba.

—Xander, no podemos... —comenzó a decir, pero en ese momento la mano de Xander tocó la piel desnuda encima de las medias a la altura de los muslos. Suspiró, y enmudeció. Abrió la boca, sus ojos se cerraron, y su cabeza cayó hacia atrás mientras sus manos sostenían su peso detrás de ella para poder levantar la pierna aún más y darle mejor acceso.

—Dime que me deseas —le ordenó, apenas rozando su piel con los dedos. Su mirada quedó fascinada por la expresión de dicha en el rostro de Abril. Sintió que el cuerpo se le endurecía, listo para hundirse en su calor. La había deseado tanto desde aquella primera noche. En su momento, lo apartó de su mente, pensando que había sido un golpe de suerte. Pero luego el beso en la sala de conferencias... cielos, jamás olvidaría su respuesta.

Ahora ella no iba a poder escabullirse. No le permitiría negar lo que sentían el uno por el otro. El gesto en su rostro fue suficiente para saber lo que necesitaba saber, pero quería que ella se lo dijera con palabras. Quería escucharla decirlo.

—Dime lo que deseas... —la instó a responder. Sus dedos acababan de descubrir el borde de su tanga de encaje—. Dímelo, Abril —le ordenó.

Con la otra mano, desabrochó uno por uno los botones de su camisa de seda, y descubrió lentamente el encaje color carne que sostenía sus pechos perfectos. Sólo para él, pensó. Los pezones ya estaban duros, ya lo convocaban. Se inclinó sobre ella y le besó el cuello, mordisqueándole la clavícula mientras recorría los dedos con una lenta caricia sobre sus caderas y sus pechos.

Abril pensó que iba a estallar en llamas. Con la sensación de sus labios y sus manos que la provocaban estaba tan excitada que...

—A la derecha —gimoteó.

Pero su maldita mano se movió en cambio hacia la izquierda. Ella se mordió el labio y movió las caderas también hacia ese lado. Arqueó la espalda para que sus dedos pudieran apresarle aún más el pecho, y sacudió la cabeza de un lado a otro al tiempo que la recorrían sensaciones increíbles que estaban a punto de enloquecerla de deseo.

—Dime que me deseas —le ordenó otra vez, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—No podemos... —imploró y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Podemos y lo haremos. Apenas pronuncies lo que debes pronunciar... —le susurró en el oído.

Frustrada, ella le tomó la muñeca con fuerza. Su intención era moverle la mano donde desesperadamente deseaba que la tocara, pero él soltó una risa ahogada y apartó la mano. Como era mucho más fuerte, no pudo hacer nada.

—¡Te deseo, Xander! —jadeó. Estaba frenética—. ¡Te quiero dentro de mí! ¡Ahora! —dijo por fin, y sus ojos, abiertos por la rabia o la pasión, brillaban indignados.

Xander tragó con fuerza. El deseo le rugía en el cuerpo. La tenía exactamente donde la quería y ella había pronunciado las palabras. Y aquellas palabras lo liberaron, le dieron todo el permiso que necesitaba.

—Quítate la ropa interior —le dijo casi con brusquedad. Cuando ella demoró un instante, él la tomó y se la arrancó del cuerpo. Le abrió varios botones de la camisa y luego tomó las manos de ella y le extendió los dedos sobre su pecho. —Tócame —le dijo mientras tomaba algo de su bolsillo trasero y rápidamente se acomodaba la ropa.

Con manos ásperas, le subió la falda con fuerza alrededor de las caderas y le bajó la blusa de seda por los hombros. Cuando no fue suficiente, casi le arrancó el corpiño para que sus pechos quedaran expuestos a sus ávidos ojos. La inclinó hacia atrás sobre el brazo, sosteniéndola para devorarle los pechos con la boca. No fue algo suave. Su boca cubrió su pezón, succionándolo con fuerza, y haciéndola gritar. Ella movió las caderas: necesitaba sentir una vez más el movimiento de sus

dedos. Xander no la defraudó. Sosteniéndole el cuerpo con una mano para poseerla con la boca, deslizó la otra hacia abajo, para hundir los dedos dentro de aquel calor que lo abrasaba.

—Estás tan húmeda para mí —gruñó. Sus dedos salieron de su interior, y la oyó gemir otra vez, pero no mantuvo quietas las caderas. Lo buscaron, desesperadas, y todo su cuerpo se arqueó preparándose para la embestida.

—Abre los ojos, Abril —le dijo. Cuando se demoró unos instantes, él le volvió a gritar: —¡Ahora!

Cuando ella obedeció la orden, él le sostuvo la mirada al tiempo que la penetraba. Al principio, de modo suave, pero cuando ella corcoveó contra él, para ajustar su cuerpo y acomodar su grueso miembro, él se volvió a hundir en su interior, sin dejar de mirarla. Entonces, dejó toda suavidad a un lado. El deseo lo abrasó por dentro y la presión de sentirla contra el cuerpo lo enloqueció.

Xander puso las manos de ella sobre sus hombros y luego colocó las suyas sobre sus caderas, afirmándola en el lugar mientras empujaba con fuerza. Movié el cuerpo para que ella sintiera la fricción en su punto más sensible, sin dejar de observarla para asegurarse de que no la estaba lastimando.

—Ahora, Abril —la espoleó, apretándola con fuerza contra sí y tratando de retener el último vestigio de control, para que ella experimentara al máximo la sensación pulsante de su propio placer. Sintió que enloquecía al verla convulsionarse con su creciente orgasmo. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo arqueado, y sus piernas lo ceñían con vehemencia. De pronto, soltó un grito de éxtasis. Entonces, él ya no pudo dominarse. Su propio clímax lo barrió como una inmensa ola de placer, y pensó que era preferible morir que acabar ese momento con Abril, envuelta alrededor de él más fuerte de lo que jamás creyó posible.

No sabía qué hora era ni cuánto tiempo habían estado allí. Sentía como si estuviera flotando en una nube de felicidad. Abril suspiró contenta, y dejó que sus dedos bajaran rozando el hombro fibroso de Xander hasta su pecho..., y más abajo. Se rio cuando él gruñó y le tomó la mano.

—¿Quieres otra ronda? —preguntó, y le mordió el cuello.

Abril soltó una risa ahogada, y trató de apartarse, pero como estaban íntimamente conectados y él era mucho más fuerte que ella, la retuvo en el lugar.

Pero poco a poco volvió a la realidad, y comenzó a sentir algo duro que le molestaba en la espalda. Volviéndose hacia atrás, soltó un grito ahogado. Estaba rodeada por la fotocopidora y todas las otras máquinas.

—¡Oh, no! —gimió, y comenzó a empujar hacia atrás los enormes hombros de Xander, tratando de no tocarlo con los dedos. Si lo hacía, no estaba segura de poder resistir la tentación de seguir tocándolo.

—¿Qué sucede? —preguntó, apartándose levemente y ayudándola a incorporarse.

—¡Tuvimos sexo en el cuarto de la fotocopidora! —susurró frenética, tratando de acomodarse la falda y prenderse la blusa al mismo tiempo. No tenía ni idea de dónde estaba su tanga. Qué vergüenza.

Vestirse hubiera sido difícil, pero además tenía el corpiño totalmente fuera de lugar, y con ello las cosas se complicaban aún más.

Xander bajó la vista para mirarla mientras intentaba vestirse, acomodándose él también la ropa al tiempo que se reía de la desesperación de Abril.

—¿Por qué hablas en voz baja? —bromeó, ayudándola a acomodarse el corpiño. Pero ella le apartó las manos con un golpe cuando advirtió que intentaba quitárselo en lugar de ponérselo.

—¡Hablo en voz baja porque no quiero que nadie nos oiga si siguen en la oficina! ¿Te imaginas lo terrible que sería si nos sorprenden teniendo sexo en el cuarto de las fotocopias? —siseó.

Xander abrió grandes los ojos, y trató de entenderla.

—Cariño, si hay alguien allí afuera, ya hacer rato que te habrían oído. Te aseguro que no fuiste para nada silenciosa.

Ella se sonrojó recordándolo, y le miró, sorprendida de que él ya estuviera duro y listo para volver a intentarlo.

—Por favor, no me digas que eso te excita —suspiró. Finalmente consiguió arreglarse la ropa. Al menos, lo mejor posible.

Xander se rio y se quitó la corbata del cuello. Ella la había arrojado por encima de su hombro durante el acto. Él no creyó que la necesitaría.

—¿Bromeas? —preguntó, sorprendido de que ella siquiera cuestionara que estuviera excitado. Era bastante evidente. —Prácticamente cualquier cosa que tenga que ver contigo me excita.

Abril estaba a punto de levantar los informes, pero se quedó paralizada al escucharlo.

—¿Todo? —preguntó con voz tenue, levantando la vista para mirarlo. ¿Le estaba mintiendo? ¿Les diría lo mismo a todas las mujeres? Xander era uno de esos donjuanes que conocían todo lo que convenía decirle a una mujer para que se sintiera especial y femenina. ¿Sabría por experiencia que esa frase funcionaba excepcionalmente bien? Porque, aunque fuera sólo una frase, a ella le provocó una descarga de calor palpitante por dentro.

Xander sonrió con suavidad y tomó sus manos en las suyas. Ella se resistió apenas un instante. Luego se puso de pie y dejó que él la tomara en sus brazos.

—Admito que esta resistencia a verme, a evitarme en los pasillos no es muy excitante. Pero cuando sí te veo, y alcanzó a ver tus largas piernas sexy, esas faldas ultrasofisticadas que te pones y los tacos... sí, eso me excita —se inclinó y le hociqueó el cuello. Sonrió cuando sintió que ella levantaba los brazos para apoyarlos suavemente sobre sus hombros. —Y cuando pienso en lo que llevas

debajo de esas blusas de seda y de los serios trajes, algunas veces tengo que regresar a mi oficina y esconderme para recuperar el control. —Él dejó que sus manos subieran deslizándose sobre su cintura, hasta ahuecar los pechos perfectos, disfrutando de la seda de la blusa, porque sabía que la sedosidad de su piel era incluso mucho más suave.

—No podemos hacer esto —suspiró ella, apoyando la cabeza hacia atrás y apretando el cuerpo contra el suyo, gozando con lo diferentes que eran.

—Claro que podemos —le replicó y le mordió el lóbulo de la oreja.

Ella se estremeció, pero consiguió sacudir la cabeza.

—No, me daría mucha vergüenza.

No entendió por qué le causaría vergüenza, pero no quería que se sintiera incómoda.

—No haremos de cuenta que esto no existe, Abril —le advirtió, y sus manos descendieron para rodearle las nalgas y apretar sus caderas aún más contra las suyas—. Y quiero saber por qué te fuiste de mi casa sin avisarme la semana pasada.

Ella inhaló una bocanada de aire profunda y temblorosa, tratando de pensar.

—Necesito un poco de espacio si vamos a hablar de esto —dijo finalmente. No podía pensar cuando la sujetaba con tanta fuerza.

Él sonrió mientras se inclinaba y le mordisqueaba el labio inferior.

—Entonces tal vez no te deje de tocar —replicó y la besó provocándola hasta que ella le devolvió el beso. Cuando levantó la cabeza, ella estaba prendida a él, exactamente como a él le gustaba verla.

Ella se rio nerviosa, aterrada de lo fácil que Xander podía hacer que lo deseara.

—Me niego a ser objeto de la próxima apuesta en la oficina —dijo con firmeza, zafándose de sus brazos.

Él se movió para observarla mejor.

—¿De qué hablas? —preguntó. Sus manos seguían deslizándose sobre su cuerpo.

Abril suspiró irritada, lo hizo como un artificio para disimular lo mucho que quería quedarse entre sus brazos.

—¿Acaso no vas nunca a la cocina a tomarte una taza de café?

—Claro. ¿Qué tiene que ver eso?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿No viste el papel pegado en la heladera? —preguntó y aguardó un instante para ver si se daba cuenta. Pero seguía con la mirada extrañada. —Se trata del pozo de apuestas de la oficina respecto de tu último amorío —concluyó.

Las manos de Xander se quedaron quietas.

— ¿A qué te refieres?

Ella se apartó de sus brazos y se dirigió a la otra punta del recinto.

— Toda la oficina apuesta a cuánto tiempo durará tu amorío actual. Cuando aparece una mujer nueva, comienza un nuevo pozo. De ahí, las fechas nuevas, y las iniciales al lado de esas fechas... — señaló, esperando que entendiera.

Él reflexionó unos instantes, y luego sacudió la cabeza.

— ¿Estás bromeando, verdad?

Sacudió la cabeza, tratando de ocultar el dolor que sentía cada vez que aparecía un nuevo papel sobre la heladera.

— Para nada. Cuando se completan las fechas, se retira el papel y alguien se hace cargo de repartir el dinero. En este momento son cinco dólares por salida — explicó.

Xander arrojó la cabeza hacia atrás y se rio. Le pareció increíble la idea de que todo el personal de la oficina estuviera apostando cuánto tiempo duraría con una mujer. Especialmente, cuando hacía tiempo que no existía una.

Abril se tomó ese tiempo para reunir sus materiales, irritada e indignada por que le divirtiera que alguien pudiera hacer apuestas con su vida personal. No resultaba tan divertido cuando le pedía a ella ser la siguiente candidata en la larga seguidilla de mujeres que salían con él. Eso sí que no iba a suceder.

Xander sabía que reírse estaba complicando las cosas, pero no podía parar. Era tan gracioso que su personal estuviera haciendo apuestas, ganando y perdiendo dinero, ¡respecto de algo, en realidad, inexistente! Casi desde el primer momento en que comenzó a trabajar Abril en el Grupo Thorpe, las mujeres que habían pasado por su vida eran un mero pasatiempo, sólo porque no quería, no podía darles lo que querían: una relación verdadera. Las mujeres se frustraban por lo poco que se comunicaba con ellas, por el hecho de que apenas las besara cuando se despedía. Algunas incluso le preguntaban si era gay, por el desinterés que manifestaba cuando intentaban seducirlo.

Probó con varias, desesperado por sacarse a Abril de la cabeza. Pero ninguna se podía comparar a su inocente belleza o a la energía y la pasión que ponía en todo lo que hacía. Le encantaba verla trabajar, involucrarse con lo que fuera que no estuviera funcionando bien para mejorarlo. Era como el famoso conejito al que nunca se le acababan las pilas. Había quedado subyugado en el momento mismo en que entró y apoyó su adorable trasero sobre la silla de recepcionista. Y desde entonces, aquella fascinación fue en aumento.

Pero entendía perfectamente bien por qué no querría convertirse en la el centro de los chismes de la oficina. Y para conseguir el tipo de relación que quería con ella iba a tener que proceder con paciencia. De pronto, se le cruzó otra idea por la cabeza.

— ¿Estás saliendo con alguien? — preguntó con urgencia, furioso ante la sola

idea de que otro hombre la tocara.

Rápidamente, ella sacudió la cabeza, y él volvió a relajarse.

—Me alegro. —Se acercó a ella. —Entonces, si no quieres que el resto del personal se entere de que nos estamos viendo —le puso una mano sobre la boca cuando inmediatamente la abrió para protestar—, porque nos vamos a ver —le dijo con firmeza. Ella se puso rígida un instante y él la miró a los ojos. Se resistió durante un largo momento, y luego pareció que aceptaba su afirmación, así que le destapó la boca, —¿qué te parece si evitamos que los chismosos de la oficina se enteren?

Eso le dejaría una puerta abierta si finalmente descubría que no le agradaba realmente como hombre. Aunque, en realidad, si se dejaba guiar por su reacción de unos minutos atrás, era evidente que le gustaba como hombre, pero tal vez terminara no gustándole como persona, y si lo mantenían en secreto iba a ser más fácil dejarlo. Pero por lo menos le daría un tiempo a él para estar con ella, para tenerla en sus brazos y disfrutar de su compañía. Aunque tendría que pensar en una manera de no presionarla. Eso no significaba que no haría todo lo posible por convencerla.

—¿Qué sugieres? —le preguntó, pensando que era una idiota por siquiera considerar iniciar una relación con Xander Thorpe, secreta o lo que fuera. Era un mujeriego de los pies a la cabeza. Tenía una visión cínica del amor. No pasaba mucho tiempo con una mujer, que pasaba a la siguiente que le llamara la atención, porque, para él, las relaciones no duraban. Pero tal vez podía tomar lo que le ofreciera y dejar esos pensamientos para un futuro remoto.

Él sonrió al escuchar su respuesta.

—No dejaremos que nadie se entere en la oficina de que estamos saliendo. Nos encontraremos en tu casa o en la mía.

No estaba tan convencida. Claro, la idea de estar con Xander le encantaba, aun si fuera algo pasajero. Pero no sería fácil guardar el secreto.

—¿Y cuando estemos en público? ¿O en la oficina?

—Podemos ser cordiales, ¿no te parece? —bromeó.

Ella se mordió el labio inferior. Sabía que en el instante en que accediera, tarde o temprano sería el hazmerreír de la oficina. Sabía que debía rechazar la oferta. Era una locura. Por eso, no pudo creer al escucharse decir:

—Acepto.

Se vio recompensada por su sonrisa: un escalofrío le recorrió el cuerpo y sintió una anticipación decadente.

—Entonces..., siendo mañana jueves —dijo, acercándose a ella una vez más—. ¿Vendrás conmigo a casa esta noche?

Ella intentó respirar profundo, pero las manos de él se movieron para ahuecarle los pechos una vez más, y se respuesta salió con un suspiro.

—Es tarde —dijo. Finalmente logró zafarse, aunque le costó.

—¿Y? —preguntó como si no fuera una excusa lo suficientemente válida.

Abril sabía lo que quería escuchar, pero no podía ser tan descarada. Quería decirle que la llevara a su casa o a la suya, y volvieran a comenzar lo que acababan de hacer, pero esta vez en privado. Y más lento. Más a fondo.

Pero no tenía tanta confianza.

Él se dio cuenta de lo que ella deseaba, y lo terminó diciendo.

—Y deberías venir conmigo a casa para que podamos terminar lo que volvimos a comenzar.

Ella sacudió la cabeza y le empujó los hombros hacia atrás.

—Si te acompaño a tu casa, no dormiremos en toda la noche. —El gesto de apartarse de él no fue muy convincente pues no quería dormir sola esa noche. Maldición, ¡ni siquiera quería dormir!

Él se rio, y sus manos subieron por su cintura.

—No veo cuál es el problema.

Ella caviló desesperada. Trataba de distinguir lo correcto de lo incorrecto en toda esta situación. Sabía que no iba a funcionar, pero lo deseaba tanto...

—Mañana tienes una reunión con la señorita Goswin a las ocho de la mañana.

Él protestó al recordarlo, y sus manos se detuvieron, aunque ella sintió que los dedos le apretaban las caderas.

—¡Esa mujer! —dijo bruscamente.

Abril no pudo evitar reírse. Jamás lo había visto expresar ningún reparo con ninguna de sus clientes. Todas parecían adorarlo y él a ellas. Algunas eran clientes que volvían por segunda o tercera vez, lo cual era realmente una locura, pero otras consideraban a Xander un amigo personal después de terminar el trámite del divorcio. Abril no quería saber cuáles de aquellas ofertas había aceptado.

—Creí que tú y la señorita Goswin eran amigos.

Rápidamente, sacudió la cabeza.

—No la aguanto —explicó—. No es una buena persona —dijo con voz grave e irritada.

Ésta era una nueva faceta del hombre, y tuvo que admitir que estaba sorprendida.

Él echó un vistazo a su alrededor. Seguía pensando en una manera de conseguir que volviera con él a su casa y a su cama.

—¿Qué te parece si te ayudo a ordenar y luego te llevo a casa?

Ella se agachó automáticamente para levantar los papeles que se habían caído al suelo durante el arranque de pasión, tratando de ocultar la vergüenza por el desastre en que se había convertido el suelo del cuarto de la fotocopidora.

—Tengo mi auto estacionado aquí —dijo, tratando de agarrar todos los

papeles de su lado de la mesa del cuarto de la fotocopidora, mientras que él hacía lo propio de su lado.

—Es tarde y no deberías manejar sola a esta hora de la noche.

Ella se rio y sacudió la cabeza.

—Sabes perfectamente bien que es una excusa absurda.

Él se rio también, y ambos se pusieron de pie con las manos llenas de fajos de papel.

—Sí, pero me acercará a tu cama, que es mi objetivo final.

—También hará que tenga que dejar mi auto acá.

—No me importa traerte a la oficina mañana por la mañana.

—Pero todo el mundo verá que mi auto quedó aquí estacionado. Y alguien nos puede ver en el mismo auto. Mañana, para las nueve de la mañana, mi nombre estaría en el primer lugar de la lista de apuestas en la cocina.

Él suspiró, y comprendió sus temores.

—Está bien, tienes razón. Entonces, sígueme a casa. De ese modo, conservarás tu independencia.

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Xander, esta noche me iré a casa sola. —Se sintió orgullosa por mantenerse firme.

—Entonces, mañana sal antes del trabajo y acompáñame. Te mostraré mi casa sobre el lago y podemos pasar todo el fin de semana juntos.

Ella abrió los ojos asombrada.

—¿Tienes una casa sobre el lago? —preguntó, interesada, a pesar suyo.

Él se encogió de hombros ligeramente.

—Sólo lo saben mis hermanos —dijo—. No es muy grande, pero tengo todo lo que necesito.

Ella sonrió. Se trataba de otra faceta más que desconocía de él.

—¿Y se puede saber qué necesitas? —preguntó, más que un poco curiosa.

—Privacidad.

Ella abrió los ojos bien grandes.

—Creí que eras un tipo extrovertido.

—Por lo general, me gusta estar con gente, pero cada tanto necesito el silencio de la naturaleza. —La miró con cautela. —Lo digo en serio. Es bastante pequeña y rústica.

A ella le encantó la idea, pero no quería parecer demasiado entusiasmada por temor a causarle rechazo. Tenía que fingir que le daba igual.

—¿A qué hora quieres que salgamos? —preguntó.

Él esbozó una ancha sonrisa a su vez.

—¿Puedes salir después de almuerzo? Demora alrededor de dos horas llegar a la casa, y eso nos dará tiempo suficiente para salir de acá y llegar al lago,

sin perdernos todo el fin de semana.

Ella asintió, sonriendo con timidez ahora que conocía su secreto.

—¿Así que allí es donde vas cuando te marchas temprano los viernes? — dijo con una sonrisa—. Puedo estar lista a esa hora. Y sí, puedo tener el escritorio despejado para la hora de almuerzo.

—Fantástico —dijo él—. Te acompañaré a tu auto —le dijo, tomándola de la mano y conduciéndola de vuelta a su oficina, donde se deshicieron de todos los informes.

Ella agarró su cartera y su abrigo, y dejó el resto del trabajo sobre el escritorio. Esa noche sería imposible trabajar. Necesitaba una ducha y una cama. Preferentemente, la de él, pero tenía que ser firme respecto de esto y dormir en su propia cama esta noche. Ya mañana habría tiempo suficiente de estar entre sus brazos.

Capítulo 7

Abril empacó su bolso, nerviosa. No sabía bien qué llevar, pero metió un par de jeans, un traje de baño, unos shorts y un suéter, junto con camisetas de manga larga y corta. Añadió maquillaje, sólo porque sabía que no estaba lista para enfrentar a Xander sin estar pintada. Tal vez necesitaría, oh..., quizá diez años más antes de tener el coraje de enfrentarlo con la cara lavada. Era demasiado elegante y sofisticado, y no se podía imaginar sentada del otro lado de la mesa sin lucir impecable.

Arrojó el bolso dentro del baúl, y luego se mordió el labio al pensar en la logística. No podía dejar el auto en la oficina, porque entonces todo el mundo se enteraría de que se había marchado con otra persona. Pero no quería perder tiempo regresando hasta su casa. Vivía a treinta minutos, en dirección opuesta a la casa de él. Tal vez, a él no le importaría si dejaban su auto en el garaje de su edificio, a sólo cinco minutos de su oficina.

Habiendo resuelto ese pequeño escollo en su mente, se metió en el auto y cerró de un portazo.

Durante toda la mañana se apuró por solucionar los temas que tenía apilados sobre el escritorio. Cada vez que recibía un nuevo correo electrónico, se ocupaba de responderlo en el acto. Estaba ansiosa por dejar todo en orden para que nadie le reprochara irse temprano. Cuando sonó el teléfono justo antes del almuerzo, lo miró furiosa: pensó que se trataba de otra tarea más para resolver. Pero luego vio la extensión de Xander. Sonrió aliviada y descolgó el teléfono.

—¿Sigues preparada para salir, digamos..., en una hora? —preguntó.

—Estaré lista —replicó. Una sonrisa de felicidad se dibujó en su rostro, y se sintió una tonta. Al menos, él no se la pudo ver.

—Bien. Nos encontraremos en el lobby.

Estaba a punto de colgar cuando ella lo detuvo.

—¡Espera!

—¿Qué sucede?

—¿Puedo llevar el auto a tu casa y estacionar en tu apartamento?

Hubo una larga pausa y se oyó un suspiro del otro lado de la línea.

—Claro. No hay problema.

Abril terminó la llamada y volvió a su computadora. Tres mensajes más acababan de entrar justo durante la breve conversación. Rápidamente los abrió y leyó. Una vez más, se abocó a resolver rápidamente lo que debía ser resuelto.

Cuarenta y cinco minutos después, miró a su alrededor. Los informes estaban ordenados y listos para ser repartidos entre el personal, su casilla de correo

estaba..., pues, no vacía, pero había resuelto los problemas principales. Tampoco tenía nada importante sobre el escritorio...

¿Realmente estaba lista para irse?

Sintió un vuelco en el estómago al pensar en un fin de semana largo con Xander. No habría nadie más, sino ellos dos. ¿Realmente iba a hacer esto? Era algo completamente estúpido.

Debía cancelar el programa, pensó. Era ridículo pensar que ella sería diferente de todas las demás mujeres en su vida. Duraría lo mismo que ellas, y tendría que verlo con la siguiente mujer.

¿Podía manejarlo? ¿Tenía la fuerza para soportar verlo con otra mujer, sabiendo lo que sentía por este hombre?

¿Tenía opción?

En realidad, no.

Antes de que se le ocurriera una razón para no ir, agarró la cartera y salió de la oficina.

—Hoy me voy un poco más temprano —le dijo a Mary. No advirtió la mirada de sorpresa de su asistente mientras se colgaba la cartera al hombro y se dirigía a la salida. Tenía tanta vergüenza y estaba tan nerviosa por lo que hacía, temiendo que la culpa se le notara en el rostro, que no podía mirar a nadie directo a los ojos.

También a la recepcionista le dijo que se iba y que se dirigiera a Mary si surgía algún problema, ya que la recepcionista también trabajaba para ella. En el momento en que Xander salió, ella estaba a punto de tomar el picaporte de la puerta. Al escucharlo decirle a la recepcionista que él también se marchaba temprano, tembló por dentro.

Se quedaron parados incómodos en el corredor, esperando que llegara el ascensor, sin decirse una sola palabra. Cuando las puertas se abrieron, Abril entró y se movió al otro lado del cubículo mientras que Xander se apartó con amabilidad de la puerta para permitirle a otra mujer estar delante de él.

Una vez afuera del edificio, se dirigió a su auto, se metió adentro y salió del estacionamiento sin dirigirle la más mínima mirada. Advirtió que él salía justo detrás de ella, pero ella ni dudó, demasiado asustada de que alguien de la oficina estuviera yendo en ese momento a almorzar a algún restaurante sobre esa calle.

Detuvo el auto en la entrada de su edificio, y, de una forma misteriosa, la reja del garaje se abrió al instante. Supuso que Xander debía poseer una especie de control electrónico en su auto, pero estaba demasiado nerviosa por lo que estaban a punto de hacer para pensar en ello.

Oyó que sonaba el teléfono y respondió desde el volante.

—Estaciona en el número tres —le dijo Xander. Eso fue lo que hizo, y él estacionó en el espacio número uno.

Se hallaba agarrando su cartera cuando de pronto se abrió la puerta del auto y las manos fuertes y poderosas de Xander la tomaron y levantaron en sus brazos.

—Eso fue ridículo —dijo un momento antes de cubrirle la boca con un beso y hacer que las rodillas se le aflojaron y no pudiera seguir de pie.

Cuando él levantó la cabeza, ambos respiraban agitados, y ella no quiso que se apartara. De hecho, si no hubieran estado en el garaje, le habría suplicado que siguiera. Anoche, le había costado dormirse después de que él la excitara con sus caricias, y ahora el deseo reapareció con la misma intensidad. Tal vez, aún más, porque sabía lo que iba a suceder.

—Métete en mi auto —le ordenó con una mirada encendida: también él ardía de deseos de poseerla.

—¿No debería cambiarme? —preguntó, sonriendo. O al menos tratando de sonreír. No supo si efectivamente lo consiguió.

—Si haces el intento de cambiarte de ropa, te la quitaré en el acto y jamás llegaremos al lago. Y realmente quiero tenerte en un lugar donde nadie nos pueda encontrar hasta el domingo por la noche.

No podía estar más de acuerdo con él. Así que se apartó de su auto, con las piernas aun temblando, y se deslizó dentro de su Jaguar, un lujoso sedán negro. Las refinadas líneas del exterior se reflejaban por dentro. Sintió el placer de que el asiento le envolviera el cuerpo, reteniéndola en su lugar.

Un instante después, Xander estaba al lado de ella, y conducía marcha atrás para salir del estacionamiento.

—¡Mi ropa! —exclamó Abril con un jadeo. Se había olvidado del bolso que tenía en el baúl.

—No la necesitas —bromeó. Pero luego cedió cuando vio su cara de desesperación. —Ya la saqué. Tu bolso está en mi baúl, así que basta de demoras. —En realidad, se detuvo en ese momento y la miró a la tenue luz del garaje. —¿Estás segura de que quieres hacer esto, Abril? —preguntó con suavidad, al tiempo que le tocaba la mejilla con la mano, acariciándole la línea de la mandíbula—. No te quiero presionar para hacer algo que no deseas hacer.

Ella casi soltó una carcajada, pero se dio cuenta de que él estaba siendo sincero.

—Te garantizo que no hay lugar en donde más quiera estar —le aseguró.

Aquellos bellos ojos azul índigo le sonrieron a su vez, y condujo el vehículo rápidamente fuera del garaje. Instantes después, estaban desplazándose a toda velocidad por la autopista de la ciudad. Hablaron de todo, de lo que se les ocurriera, y para Abril fue un placer recuperar la amistad de otros tiempos, cuando comenzó como recepcionista del Grupo Thorpe. La hacía reír con las ocurrencias más tontas, pero también discutían acerca de todo. Pero esta vez, las discusiones eran amenas, y no las acaloradas batallas anteriores a aquella tarde en su

penthouse. Además, descubrió cosas de él que jamás se habría imaginado.

La sorpresa más grande sucedió dos horas después, cuando estacionaron en una entrada de grava en medio del bosque. Esa casa sobre el lago no se parecía en nada a lo que había imaginado. Si bien su penthouse en la ciudad era espectacular, tenía los últimos artefactos y un diseño de revista, esta casa sobre el lago era lo opuesto. No era ni enorme ni elegante. Era una pequeña cabaña, como le había dicho. Y realmente era una cabaña. Estaba construida de troncos y piedras ásperas, y situada casi sobre el agua. En ese lugar, el lago no era demasiado profundo, pero se abría hacia la derecha, amplio y hermoso. Había pinos detrás de la casa y un porche perfecto con dos cómodos sillones que miraban al lago.

No se dio cuenta, pero Xander estaba parado detrás de ella mientras la observaba. Cuando se quedó allí sin moverse, mirando y sin decir una palabra, no pudo contener el suspenso un instante más.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Abril ni siquiera dio vuelta la cabeza.

—Es el lugar ideal —susurró, sin querer levantar la voz por temor a romper la solemnidad del entorno—. ¿Cómo conseguiste un lugar tan perfecto? —preguntó.

Él se acercó a ella, envolviendo los brazos alrededor de su cintura.

—Fui comprando varios lotes de un lado y de otro del lago a partir de esta propiedad.

Ella puso los ojos en blanco, sacudiendo la cabeza ante la magnitud de su fortuna.

—Sólo tú puedes hacerlo —se rio.

Él la apretó ligeramente, y luego le besó el cuello antes de soltarla.

—Ven a ver adentro.

Lo siguió, sintiéndose protegida y cobijada cuando le tomó la mano en la suya enorme. Era como si fuera la primera vez que salieran juntos, aunque no tuviera sentido porque se conocían hacía ya varios años. Bueno, y el hecho de que hubieran hecho el amor... este... tenido sexo... tantas veces.

La condujo por un sendero de tierra hacia la pequeña cabaña. Había una puerta doble y una enorme ventana que daba al lago, pero por dentro sólo tenía una cocina rústica, que funcionaba con energía generada por paneles solares en el techo. No había nada prendido, así que Xander tuvo que encender la heladera y una pequeña cocina para que al menos estuvieran listos cuando las usaran. Había una pequeña sala con sillones mullidos de madera rústica, alrededor de una enorme chimenea de piedra, pero no mucho más, salvo equipos de pesca y de nieve dispuestos contra la pared. Aparte, había un dormitorio también de madera rústica, con una cama con varias frazadas, además de una cómoda y un placar en un rincón.

—Sólo hay un dormitorio —dijo ella retrocediendo.

Xander bajó la vista para mirarla, y la confusión se dibujó en su rostro.

—¿Acaso no es la idea? —preguntó, desafiándola.

—¿Dónde voy a dormir? —preguntó.

Xander se quedó helado. La miró, buscando comprender si había malinterpretado por completo lo que iba a suceder ese fin de semana. Cuando vio el brillo provocador en la mirada de ella, gruñó:

—¡Es que no vas a dormir! —le dijo con voz profunda y ronca, ignorando su grito cuando se inclinó hacia ella y la arrojó sobre su hombro.

Abril se reía con tanta fuerza que apenas pudo respirar, pero luego se halló de espaldas, mirando hacia arriba, y toda la risa se disipó cuando aquella lujuria delirante afloró una vez más. La hora de la conversación se había acabado. No hubo bromas ni risa. El único sonido fueron los jadeos de placer, en tanto se arrancaban la ropa y la arrojaban lejos de sí, se descubrían la piel, y el cuerpo duro de Xander se fundía en los suaves contornos de ella.

Capítulo 8

Fue un fin de semana de risas y aventura. Xander le mostró todos sus lugares favoritos a orillas del lago, incluida una cascada y un prado recóndito lleno de sol, y caminaron por los senderos rodeados de bosque. Como el agua seguía estando tibia por las altas temperaturas del verano que recién tocaba a su fin, la convenció de que se metiera en el lago con él, pero ella se negó a hacerlo sin su traje de baño. Para cuando había regresado al porche de la cabaña, estaba desnuda y desesperada porque él la poseyera. Ya no le preocupó si la veían; Xander había logrado que le dejara de importar.

Cuando no estaban explorando los senderos y el lago, se estaban explorando entre ellos. Jamás se le había ocurrido que podía existir un hombre como Xander. Le encantaba cocinar, y competían para ver quién hacía los mejores panqueques. Cada uno hacía su propia tanda y después los compartían. A la hora de la cena, él hacía un pollo a la parrilla y ella preparaba unas papas a la crema y una ensalada. Él abría una botella de vino, y se quedaban delante del fuego, comiendo, charlando y compartiendo sus vidas hasta que ella no podía soportar más la distancia que la separaba de él, y terminaba acurrucándose en su regazo y haciéndole el amor tal como lo había anhelado desde que vio la chimenea.

Hablaron y se rieron, cocinaron e hicieron el amor, mientras exploraban de modo intermitente el mundo exterior. Para el domingo por la noche, ya no quería estar sin él. Se había vuelto adicta a tener su cuerpo robusto tan cerca de ella.

Cuando regresaron a la ciudad a última hora del domingo por la noche, intentó convencerla de que pasara la noche con él, pero ella se mantuvo firme en su determinación de regresar a su casa. No tenía ropa para ir a trabajar al día siguiente, y no quería llegar tarde, algo que terminaría sucediendo si pasaba la noche en sus brazos y después tenía que salir corriendo a su casa al día siguiente para cambiarse.

—Yo me aseguraré de que llegues a tiempo —intentó persuadirla, mordisqueándole la oreja hasta conseguir que ella se estremeciera.

—Sólo lograrás que vuelva a pasar toda la noche despierta y mañana sea una zombi completa. Además, seguro llego tarde, porque aunque me despiertes... —no terminó la oración, y se sonrojó al recordar cómo la había despertado las dos últimas mañanas.

Él se rio y deslizó los dedos bajo su camisa de algodón.

—No sé por qué pones en duda mi capacidad para despertarte... —le dijo, acercándole su voz sexy al oído.

—Eres incorregible —dijo ella, y suspiró obligándose a escapar de sus

brazos.

Aquella noche volvió manejando a su casa, pero se pasó dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño: le faltaban sus brazos y su cuerpo cálido junto al suyo.

A la mañana siguiente, llegó tarde al trabajo porque se olvidó de poner la alarma y se quedó dormida en lugar de despertarse como lo hacía habitualmente.

Finalmente estuvo frente a su escritorio con un retraso de apenas quince minutos. Cuando sonó el teléfono, casi no lo respondió, porque sabía que sería Xander. Al final, estaba tan desesperada por oír su voz que descolgó el auricular, y sonrió cuando lo oyó jactarse:

—Te dije que pasaras la noche conmigo —dijo con suavidad y con esa voz profunda y sexy de la que se estaba haciendo tan rápidamente adicta.

—¿Cómo sabes que llegué tarde? —preguntó, mirando la puerta abierta de la oficina para asegurarse de que no hubiera nadie que entrara o escuchara la conversación.

—¿Bromeas? —se rio—. Hace horas que estoy esperando para ver esas piernas largas y sexy. Llegué como a las seis de la mañana.

—¡No te creo! —soltó una carcajada, sin creerle realmente.

—Claro que sí. Finalmente, me resigné a la idea de no poder dormir porque no estabas conmigo. A las cinco de la mañana, dejé de intentarlo y simplemente vine a la oficina.

Ella se mordisqueó el labio. Había tenido el mismo problema.

—Yo... —suspiró, deseando poder ser tan franca con él.

—Lo sé, cariño. A ti también te costó dormir. Pero esta noche me ocuparé yo mismo de solucionar el problema —dijo—. Que tengas un buen día. —Y con eso, colgó. Abril quedó temblando y sonriendo como una idiota.

Por suerte, el día pasó volando. Abril hizo lo imposible por resolver los últimos asuntos que le quedaban pendientes, y poder regresar a casa. Quería tener la cena encaminada para sorprenderlo esa noche. Se detuvo un instante y miró a su alrededor. De pronto, se quedó helada. Estaba dando por sentado que él vendría a su casa esa noche.

Su celular vibró y miró hacia abajo para leer el mensaje de texto.

—¡Sal ahora! —era todo lo que decía.

Se rio en voz alta al leerlo, pero fue directo a la computadora para apagarla y tomó su cartera. Estaba a punto de marcharse de la oficina cuando se le cruzó por la mente una idea pícaro. En lugar de dirigirse hacia el lobby, que conducía al hall de ascensores, se volvió en cambio y caminó hacia las escaleras. Xander estaría seguramente dirigiéndose en ese momento a los ascensores. Era probable que anticipara tomarse el mismo ascensor para bajar juntos al estacionamiento.

Sonrió al despedirse de Mary, y luego desapareció en el hueco de la

escalera. Se quitó los zapatos con taco y descendió a toda velocidad las escaleras, apurándose todo lo que pudo. Sabía que no iba a ganarle al ascensor, pero sí quería ganarle a Xander. Tenía un plan en mente. Pero no sabía si tendría el valor para animarse a llevarlo a cabo.

Cuando llegó abajo y corrió a su auto, se había quedado sin aliento. Al salir del estacionamiento, creyó ver a Xander entre un grupo de personas que salían del ascensor, pero no estuvo segura. Manejó abriéndose paso por el tránsito que, por suerte, estaba más ligero a esa hora. Cuando llegó a su casa, subió corriendo las escaleras, se recogió el cabello sobre la cabeza y se metió debajo de la ducha. Después de un rápido baño, se quedó de pie frente a la cómoda con el cajón de ropa interior abierto, ahora sin saber qué hacer. Si sus cálculos eran correctos, no le quedaba mucho tiempo. Así que tomó un corpiño de encaje negro y tanga que hacían juego, y se los puso rápidamente. Se aplicó un poco más de maquillaje, se calzó un par de tacos aguja negros (el par que él le había comprado a comienzos de esa semana), y se quedó parada delante del espejo, observando su aspecto.

Caminaba de un lado a otro de su habitación, retorciéndose las manos, nerviosa. Cuando sonó el timbre, se quedó helada, y volvió a mirarse una vez más en el espejo. El corazón le palpitaba tan fuerte en el pecho que casi podía sentirlo en el pulso. Pero por más que hiciera un esfuerzo, no podía abrir la puerta vestida con ropa interior de encaje negro y tacos aguja.

Cuando el timbre sonó por segunda vez, se puso su bata encima y se la anudó con fuerza alrededor de la cintura.

“¿Podrías haberte comprado una bata de satén sexy!” se recriminó a sí misma mientras bajaba las escaleras de madera para abrir la puerta. “¿Y no esta bata de algodón llena de volados; pareces una horrible solterona con un millón de gatos!”

Abrió la puerta para encontrar a Xander sobre el escalón de la entrada. Parecía enojado y confundido, e incluso sorprendido de verla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, sin moverse. Tenía las manos sobre las caderas y los anchos hombros parecían tensos.

Las manos de Abril se desplazaron para taparse. Tal vez estuviera usando una bata, pero sabía cuál había sido su intención y de pronto se sintió vulnerable. Él parecía estar arrepintiéndose de sugerirle alguna vez que tuvieran un affaire. ¿Dónde había quedado el voraz amante del fin de semana? ¿Se habría hartado ya de ella? ¿Tan rápido? Qué injusto que era. Otras mujeres conseguían al menos pasar varias semanas con él. Pero él parecía a punto de decirle que ya no quería salir más después de sólo un fin de semana.

—Sí, estoy bien —dijo—. ¿Quieres pasar?

Él dudó un largo momento antes de decir:

—¿Quieres que pase?

Abril pensó que estallarían en lágrimas. De hecho, sintió que las lágrimas comenzaban a llenarle los ojos y parpadeó rápido para impedirlo.

Xander vio la mirada y la humedad en sus ojos y se sintió terrible.

—Abril —protestó, al tiempo que entraba en su casa. Levantó las manos y la atrajo hacia su pecho. —Cariño, lo siento. No quiero ponerte presión para que hagas algo que no tienes ganas de hacer.

—¿Qué? —jadeó ella, echándose hacia atrás para mirarlo—. ¿Algo que no tengo ganas de hacer? —repitió—. Eres tú quien parece estar cambiando de parecer.

Él descendió la mirada hacia ella, y sus manos se deslizaron desde su espalda para ahuecar su rostro. Con el pulgar frotó con suavidad su mentón.

—No te vi salir de la oficina. Creí que tal vez te habías quedado para tratar de evitarme. Y recién, cuando abriste la puerta, parecías irritada, casi enojada de verme.

Abril inhaló, temblorosa, y dejó caer la frente sobre su amplio pecho. Casi soltó una carcajada.

Xander no comprendió lo que se le estaba cruzando por la cabeza, pero estaba cansado de intentar adivinarlo.

—Abril, si no quieres hacer esto, si ya no sientes nada por mí, sólo tienes que decírmelo y te dejaré tranquila.

Ella se rio con suavidad, pero le salió más como un espasmo. Dentro de ella lucharon el tremendo alivio de la angustia que había sentido y la dicha de que él la siguiera deseando.

—Sigo deseando que estés conmigo —dijo ella con la boca apoyada contra su camisa. Se echó atrás pero aún no podía mirarlo a los ojos. —Mucho —susurró.

—¿Entonces por qué tenías una cara tan triste al abrir la puerta?

Un lado de su boca se torció y realizó una extraña especie de mueca.

—Porque estaba enojada conmigo misma.

Él sacudió la cabeza. No terminaba de entender.

—¿Cuál es el problema?

Ella suspiró y dio un paso atrás, ajustándose el cinturón de su bata. No podía mirar a Xander. Temía la mirada divertida que vería en sus ojos.

—Tú tienes mujeres que se te tiran encima todo el tiempo. Esto es más difícil para mí —dijo finalmente. Cuando deslizó el nudo del lazo, sostuvo los dos bordes de la bata juntos con las manos.

—Abril, me da la impresión de que no entiendes quiénes son esas otras mujeres...

Estaba a punto de explicarle acerca de las mujeres en su vida, pero ella se deslizó la bata sobre los hombros, y dejó que la prenda cayera a sus pies. Xander quedó mudo al percibir su delgado cuerpo envuelto en el encaje negro que apenas

le cubría las partes íntimas.

No dijo una palabra. La miró fijo; sus pupilas brillaban con intensidad. Abril se quedó de pie. Su nerviosismo aumentó por su silencio hasta que ya no pudo resistir. Tenía que saber lo que pensaba. Si se reía de ella, desestimaría sus burlas y se reiría con él.

Lentamente, con determinación absoluta, levantó la mirada para encontrarse con la suya.

Pero allí no vio risa. Sólo ardor... e intensidad... mientras seguía mirándola.

Carraspeó ligeramente.

—Te apuraste por volver a tu casa para cambiarte.

—Sí —susurró ella.

—No huiste sólo para volver a evitarme.

Abril estaba tan sorprendida por que se le hubiera ocurrido algo así que se acercó a él, aliviada cuando sus brazos se envolvieron automáticamente alrededor de su cuerpo.

—Qué hermosa eres, Abril... —gimió él un instante antes de que su boca cubriera la suya con un beso que exigió de ella una sumisión completa. Ella estaba más que dispuesta a entregarse, dichosa de que la siguiera deseando.

Cuando la levantó en sus brazos y subió con ella las escaleras, Abril envolvió los brazos alrededor de su cuello y apoyó la cabeza sobre su fuerte hombro; su cuerpo palpitaba excitado, anticipando sus caricias. Y no quedó defraudada. Xander fue despiadado, besando cada parte de su cuerpo, provocándola y haciéndola gritar por la imperiosa necesidad de encontrar satisfacción. Cuando finalmente la penetró, ella suspiró feliz... hasta que comenzó a moverse dentro de ella. Se aferró a él con los dedos, deseando que el momento no acabara nunca. Cuando finalmente terminó, no se sintió triste. Tan sólo eufórica de que siguiera allí, entre sus brazos. Se acurrucó contra él, sonriendo a la tenue luz que se filtraba por el corredor.

—Me gustó tu sorpresa —dijo él, y la envolvió con los brazos, apretándola contra el pecho.

Ella se rio.

—Tal vez en algunos años tenga la suficiente confianza como para abrir la puerta vestida así.

Él se rio a su vez.

—Aguardo ese momento con ansiedad.

A ella le pareció dulce que él siquiera pensara que seguiría deseándola en un par de años. Y cuando recordaba la expresión en sus ojos en el momento de dejar caer la bata, sentía que se le derretía el corazón. Le daba más confianza sexual saber que le gustaba tanto su cuerpo.

—Tengo hambre —dijo unos minutos después.

Él le levantó el cabello del hombro y le hociqueó el cuello.

—Puedo satisfacer tus apetencias.

Ella se rio, pero sacudió la cabeza.

—De comida —aclaró. Se sentó en la cama y miró a su alrededor, preguntándose dónde estaría su bata.

—Está abajo en el vestíbulo —le dijo él, leyéndole la mente, y luego riéndose cuando ella se mordió el labio consternada—. Vas a tener que bajar desnuda a buscarla.

Ella lo miró por encima del hombro. Enarcó las cejas, aceptando el desafío. Se deslizó fuera de la cama, y Xander se incorporó sobre los hombros para observarla, sonriendo ligeramente.

Ella se sentó sobre el borde de la cama, deliberando acerca de la forma de proceder.

—No me estás haciendo las cosas más fáciles si me miras.

—¿Qué sentido tiene caminar por tu casa desnuda si no me dejas mirarte? —preguntó, acomodando una almohada detrás de la cabeza.

Ella no terminaba de decidirse, y se quedó mirando el suelo. Deseó tener una manta sobre la cama para poder envolverse con ella. Y luego sonrió triunfal cuando advirtió su camisa blanca sobre el suelo.

—Ah, no, ni lo pienses —rugió Xander. Demasiado tarde advirtió lo que tenía planeado. Pero se demoró demasiado y ella tenía la ventaja necesaria. Levantó rápidamente su camisa del suelo y deslizó los brazos dentro de las mangas antes que él pudiera detenerla. Al instante, bajó corriendo las escaleras, riéndose con tanta fuerza que casi se patinó sobre la bata cuando él corrió tras ella, y la tomó de la cintura para colocarla sobre el hombro. Ella soltó un aullido cuando él le palmeó las nalgas y subió trotando las escaleras con ella.

—Hiciste trampa —le dijo, y la arrojó en el medio de la cama—. Vas a tener que pagar un precio por ello.

—¿Cuál es el precio? —jadeó, riendo encantada. Pero no tuvo que esperar mucho. Él la besó, y su cuerpo la enloqueció.

Varias horas después, Abril se rio al apartarle las manos.

—No me puedes volver a poner una mano encima hasta que coma algo —le dijo, firme. Se puso de pie y tomó la bata del suelo donde la había dejado caer hacía un rato. Deslizó las manos dentro de las mangas y ajustó el cinturón alrededor de la cintura. Cuando se dio vuelta, él se estaba poniendo los jeans, y se abrochaba la bragueta. Pero aún no se había puesto la camisa. Incluso después de estar horas en sus brazos y encontrar la satisfacción una y otra vez, el tipo seguía impactándola con la belleza de los hombros, el pecho y el vientre bien torneados. Estaba esculpido como una estatua griega, y ella pensó un instante en decirle que volviera a la cama.

Pero entonces sintió un ruido en el estómago, y supo que debía concentrarse en comer antes que nada.

—Ahora sí —dijo en voz alta, y salió caminando descalza de su habitación.

Xander la observó moverse. Caminó detrás de ella para disfrutarla desde atrás.

—¿Qué me vas a preparar para la cena? —le preguntó mientras descendían las escaleras hacia la cocina.

Ella resopló.

—¿Qué te parece un sándwich de manteca de maní y mermelada? —sugirió y abrió la heladera.

Él se hallaba investigando la despensa.

—¿Qué te parece si comemos pasta? —sugirió, y tomó un frasco de salsa de tomate y un paquete de fideos—. Tú hierva el agua. Yo haré el resto.

Ella levantó las cejas al escuchar su sugerencia.

—Haré las tostadas con ajo —se ofreció, y abrió el freezer para sacar la última mitad de pan duro que había comprado hacía unos días. También había un poco de queso, ajo fresco y manteca, siempre a mano para cuando le entraban ganas de preparar algo delicioso y prohibitivamente calórico.

—Hecho —le dijo él, y extendió la mano alrededor de ella para sacar las verduras de la heladera—. Hazte a un lado, por favor —dijo, y comenzó a abrir los armarios de la cocina para buscar los elementos que necesitaría para preparar la pasta.

La siguiente hora, se rieron y mordisquearon verduras mientras prepararon juntos la comida. Después de comer una sabrosa pasta con queso, Xander volvió a tirar de ella para tomarla entre los brazos y le hizo el amor una vez más antes de quedarse dormidos abrazados.

Aquello inició una rutina que se continuó durante los siguientes días. Después del trabajo se encontraban en su casa o en la de ella, cocinaban, comían y se reían, disfrutaban de su mutua compañía y se relajaban hasta que él la tomaba en sus brazos y la hacía alcanzar tal grado de locura con sus caricias y besos que ella terminaba suplicándole que la tomara. No tenía ni idea si este tipo de pasión por otra persona era normal, pero tenía la impresión de que no era muy común. Había oído de otros hablar sobre el sexo con sus cónyuges en la cocina, y lo que experimentaba con Xander no tenía nada que ver con lo que describían. Eran dos cosas completamente diferentes.

Entró en la oficina, sintiéndose más feliz de lo que jamás había estado. Hasta que se topó de cara con la realidad.

—Dijo que anoche tenía que trabajar... —le decía a Diane una mujer enfundada en un vestido negro.

Abril estaba a punto de pasar de largo cuando algo la hizo detenerse y

escuchar lo que seguía.

—No sé si trabajó hasta tarde, señorita, pero aún no llegó. ¿Le gustaría dejarle un mensaje? —preguntó Diane con su voz más amable, señal de que hacía rato que la mujer vestida de negro estaba allí, causando un revuelo.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Abril, dando un paso adelante para liberar a Diane.

La mujer giró, y arrojó el negro y sedoso cabello hacia atrás para encontrarse con el rostro de la recién llegada. La mujer miró a Abril de arriba abajo, desestimándola como poco importante.

—Vengo a ver a Xander Thorpe —explicó—. Soy Marcy Duprey.

Abril esperó, pensando que seguiría. Cuando no lo hizo, como si no hiciera falta, Abril puso su mejor sonrisa de gerenta de oficina.

—¿Tiene una cita con el señor Thorpe? —preguntó, y comenzó a sentir que se le formaba un nudo en la boca del estómago. Sabía exactamente dónde terminaría todo aquello. Lo había sabido desde el principio, pero deseó que hubiera demorado más.

—No necesito una cita —afirmó la mujer, y se pavoneó ligeramente con una expresión de superioridad en sus hermosos rasgos—. Además, sólo vine para que me dijera con sus propias palabras si los rumores son ciertos.

Abril tragó con dificultad, plenamente consciente de que la mujer podía no estar exagerando. Apenas hacía una hora que se había marchado de la casa de Xander, pero ya se sentía fría y rechazada.

—El señor Thorpe no se encuentra en la oficina en este momento. Si quiere sentarse y esperarlo, puedo traerle una taza de café. ¿O tal vez prefiera una cita para más tarde? —le propuso, e intentó que la voz le saliera lo más natural y profesional posible, aunque sospechó que el tono le salió crispado y a la defensiva, tal como se sentía por dentro.

La mujer descartó esa opción con una mano en el aire.

—No hace falta. Sólo necesito un minuto de su tiempo.

—¿Entonces esperará? —preguntó Abril.

Marcy se rio.

—Cielos, no. Hace demasiado tiempo que espero a ese hombre. Ya no espero más. Además, si lo que leí es cierto, ¡entonces tiene mucho que explicar! —Se arrojó el cabello sobre el hombro con un gesto altivo y salió caminando por la puerta. Con una mano en el picaporte de la puerta, se dio vuelta—. Díganle que me llame apenas ponga un pie aquí dentro —ordenó como si Abril y Diane fueran subordinadas de ella, contratadas para cumplir sus órdenes.

Diane soltó un soplido y se desplomó sobre el respaldo de la silla.

—Esa mujer no parecía muy contenta.

Abril conocía la sensación. Había estado en la cima del universo apenas

cinco minutos atrás. La presencia de esa mujer horrenda había arruinado la hermosa sensación con la que se había marchado de la casa hacía un rato.

Entró en su oficina y tuvo que controlar el deseo de cerrar de un portazo. Caminó con cuidado y precisión a su escritorio y se zambulló en el trabajo. Aquel día se esforzó más que nunca; necesitaba apartar la imagen de esa mujer de la mente.

—¿Te enteraste? —Diane entró en su oficina. La excitación se notaba en su mirada.

—¿Si me enteré de qué? —preguntó Abril, y extrajo un informe de la impresora, escudriñando los pormenores para asegurar que todo estuviera perfecto.

—¡Mia Paulson quedó en libertad! La policía llegó a venir al estudio, para volver a arrestarla por cargos de malversación de fondos, pero una amiga de Ryker reconoció a la supuesta víctima.

—¡Bromeas! —Abril se puso de pie de un salto y salió a toda prisa de la oficina. —¿Dónde está?

—En la oficina de Ash —le gritó Diane.

Abril no esperó un segundo más. Corrió escaleras abajo hacia la oficina de Ash. Estaba tan excitada por su amiga. Era una noticia asombrosa y se le ocurrió que ni siquiera la había llamado los últimos días. Justamente en un momento de tanta necesidad. Últimamente, Abril había estado demasiado inmersa en su propio mundo y se avergonzó de ello.

—¿Dónde está Mia? —le preguntó a Jean, la asistente administrativa de Ash.

—En la oficina de Ash.

Abril se precipitó por la puerta, ansiosa por ver a su amiga. También se trataba de una excusa conveniente para evitar a Xander, que resultaba más natural por el hecho de que realmente quería estar con Mia.

—¡Acabo de enterarme! —gritó al tiempo que la agarraba y le daba un fuerte abrazo—. Estoy tan aliviada. ¡Te dije que Ash te podía sacar de este lío! —dijo, meciéndose con Mia entre los brazos.

Mia se rio y trató de asentir con la cabeza, pero Abril la estaba apretando demasiado.

—Tenías razón. Aclaró todo el misterio. ¡No puedo creer que haya terminado!

Abril se rio, encantada.

—¡Tenemos que salir a celebrar! —exclamó—. ¡Vamos a Durango!

—Sí —dijo Mia, asintiendo. Sabía que una margarita era exactamente lo que necesitaba—. ¡Estoy completamente de acuerdo!

Salieron caminando del brazo hacia los ascensores, muriéndose de risa. Una

oleada de alivio se derramó sobre Mia.

—¡Ay, los hombres! —masculló una bonita rubia al tiempo que apretaba el botón de llamada del ascensor una y otra vez.

Mia le sonrió a la mujer con sincero agradecimiento.

—Tú eres la mujer que acaba de impedir que me metieran en la cárcel —le dijo—. ¿Te encuentras bien?

Cricket Fairchild giró rápidamente y advirtió a las dos preciosas mujeres detrás de ella.

—Lo siento —dijo. Respiró hondo y cerró los ojos. —Nada que un buen martini no pueda remediar —replicó, tratando de calmarse—. ¡Es que los hombres son tan difíciles de entender! —dijo con brusquedad. Era evidente que sus intentos por calmarse respirando pausadamente no estaban funcionando.

Mia sabía exactamente cómo se sentía.

—¿Por qué no vienes con nosotros? No sé cómo serán los martinis —advirtió—, pero las margaritas de Durango son perfectas para remediar cualquier mal.

—No sé si en este momento estoy en condiciones de establecer cualquier tipo de conexión con el resto del género humano —retrucó.

Mia se rio.

—Yo me siento exactamente igual. Me llamo Mia Paulson —dijo—, y estamos yendo a celebrar el hecho de no haber ido a parar a la cárcel por el resto de mi vida.

Cricket sonrió a su vez, tomando la mano de Abril en la suya.

—Parece una excelente manera de comenzar el fin de semana. Creo que, después de todo, las acompañaré.

La tensión en los hombros de Abril comenzó a aflojarse apenas comenzó a caminar al bar con sus amigas. La ansiedad no desapareció por completo, pero al menos estaba fuera de la oficina y podía evitar a Xander el resto del día. Si se enteraba de que se había ido, la seguiría y le preguntaría por el motivo. Y en ese momento no era capaz de conversar acerca de ello con él. Se sentía demasiado vulnerable y desesperada para ignorar el hecho de que debía terminar su affaire con Xander. Había sido tan maravilloso, tan espectacular e increíblemente perfecto. Pero no era el tipo de mujer que podía hacer de cuenta que las demás mujeres en su vida no existían. Ni podía continuar engañándose respecto de la posibilidad de tener un affaire con un hombre que sabía que con el tiempo terminaría cambiándola por otra.

Ahora que conocía al hombre real, también sabía que su amor por él era más fuerte que lo que le hubiese gustado admitir.

Estaba enamorada de él. Lisa y llanamente, lo amaba con cada partícula de su ser.

Desgraciadamente, tenía que proteger su autoestima y dejarlo antes de que la destruyera.

—¡Esperen! —exclamó Mia—. Aquella mujer sentada en esa mesa es Kiera, ¿verdad?

Abril parpadeó. Había estado a punto de comenzar a ahogar sus penas en el trago. Al volverse, observó que, efectivamente, se trataba de la nueva abogada, Kiera Ward, la que había salvado a Mia de ser acusada de homicidio. Tampoco ella parecía estar pasando por su mejor día; una sombra de tristeza rodeaba sus ojos. Abril sospechó que detrás de la aguerrida abogada penalista había una mujer que sufría. De pronto, se olvidó de sus propias penas, y se puso de pie para acercarse a ella.

—Hola, Kiera —le dijo, cuando la tuvo delante de ella—. ¿Quieres venir a nuestra mesa a beber unas margaritas con nosotros?

El rostro de la joven cambió al instante. Una tímida sonrisa asomó a sus labios. Corriendo su silla hacia atrás, se puso de pie y la siguió a la mesa, donde las demás ya habían dispuesto una cuarta silla para que se uniera a ellas.

Entre risas y bromas, las jóvenes comenzaron a beber margaritas, mientras comían una picada salada, lo cual no hizo sino hacerlas beber aún más. Era un círculo vicioso y tramposo, pensó Abril, al tiempo que la conversación giraba a su alrededor. Pero era exactamente lo que necesitaba: mujeres que estuvieran en la misma situación que ella, como resultaba tan evidente por las historias que contaban. Abril escuchó y observó. Registró la misma mirada triste en los ojos de Kiera que en los suyos propios. Mia, en cambio, estaba furiosa con Ash, y Abril sospechó que se trataba de un mecanismo para defenderse de lo que sentía por él. En el caso de Cricket, la única mujer rubia en la mesa, estaba indignada con Ryker por algo que había pasado entre los dos.

No había duda de que las cuatro mujeres que estaban allí eran víctimas del encanto de los hermanos Thorpe. ¿Habría alguna manera de evitar su poder? Era el colmo que cuatro mujeres fuertes e inteligentes pudieran enamorarse así de hombres que, evidentemente, no querían ningún tipo de compromiso con nadie.

Xander estaba sentado con sus hermanos en el bar, escuchando a las cuatro espectaculares mujeres insultando a sus hermanos, incluido a él mismo. La rubia era preciosa, pero estaba furiosa con su hermano mayor. Kiera no paraba de lamentarse sobre el ridículo sector que dirigía Axel, y Mia no le daba tregua a la bebida, pero resultaba normal, ya que acababa de ser absuelta de un cargo de homicidio. Ese día, habían quedado pendientes los cargos por malversación de fondos, pero el caso se desestimó cuando Cricket, la rubia preciosa, reconoció a la supuesta víctima del homicidio. ¡Era difícil procesar a una persona por asesinato cuando el hombre se reunía con otros con el objetivo de cometer un fraude! Qué pedazo de idiota, pensó Xander.

Y entonces sus ojos se posaron sobre Abril. Se había marchado temprano de la oficina. Al principio, se preocupó, pero luego se enteró de que había salido a celebrar la libertad de su mejor amiga, y respiró aliviado. Abril merecía salir y divertirse. Últimamente, trabajaba demasiado, tratando de no dejar nada librado al azar para evitar a toda costa que se descubriera su relación.

—¿Les parece alertarlas? —preguntó Axel, reclinándose hacia atrás. No parecía tener ganas de ponerle fin a la conversación. ¿Quién querría hacerlo? ¡Era una fuente de información! Las cuatro mujeres estaban revelando todos los secretos oscuros que guardaban en lo más profundo de su corazón.

—Yo voto por que les enviemos otra jarra de margaritas —dijo Ash con una carcajada, al tiempo que Mia le contaba a las otras tres jóvenes lo insoportable, poco confiable y cínico que era aquél.

Xander observó a Abril beber un largo trago de la margarita. Sentía el cuerpo en llamas al observar su cuello sensual. Adoraba ese pedacito de su anatomía.

—Mañana van a pagar las consecuencias de tanto trago —dijo Ryker riéndose entre dientes.

Ash también se rio, y fingió estar ofendido.

—Será su castigo por todas las cosas perversas que están diciendo de nosotros.

Axel puso los ojos en blanco.

—Ésa es tu opinión. —Le pegó un puñetazo a su hermano en el brazo—. Estas mujeres pueden llegar a ser unas harpías cuando están con resaca.

Xander no aguantó seguir mirando a Abril. Tenía que tenerla en los brazos.

—Creo que llegó el momento de interrumpir la fiesta, ¿no les parece, caballeros? —preguntó, y posó su cerveza a medio terminar sobre la barra a sus espaldas.

No esperó que le dieran la razón. Tenía demasiadas ganas de sentir las suaves curvas de Abril amoldándose a su cuerpo.

—Cariño, es hora de partir —le susurró al oído.

Volvió la cabeza, sorprendida de tenerlo tan cerca.

—Yo no iré a ningún lado contigo —dijo. Levantó su copa y le dio un largo trago.

—¿Por qué no? —preguntó, apartando su bebida a un lado apenas lo posó sobre la mesa.

—Porque Mia, Cricket y Kiera no andan saliendo con otras mujeres todo el tiempo. Son simpáticas, divertidas y nos entendemos.

Xander miró a sus hermanos. Todos estaban tratando de encontrar la manera de sacar a las mujeres del bar. Ash encontró el mejor método. Sencillamente levantó a Mia en brazos y la sacó cargándola fuera del restaurante.

Oyó que ella le decía a Ash algo así como que era una bestia repulsiva, pero después apoyó la cabeza sobre su hombro y soltó un suspiro que parecía de felicidad.

No pensó que podría hacer lo mismo con Abril.

—¿Qué te parece si regresamos a casa y lo hablamos?

Ella resopló y sacudió la cabeza:

—No.

—¿Por qué no? —preguntó, corriendo su silla hacia atrás, y pensando en la mejor manera de levantarla en brazos.

—Ni lo pienses —le espetó Abril—. ¿Por qué no vas a buscarte a una de esas mujeres con las que has estado divirtiéndote?

Ryker resolló al escuchar el comentario:

—¡Más quisiera...!

Xander le dirigió una mirada de furia a su hermano mayor. No quería que su celibato de los últimos... quién sabía cuánto tiempo... fuera de conocimiento público.

Pero Abril no dejó pasar el comentario.

—¿A qué se refiere con eso? —preguntó.

—A nada, mi amor. Vamos.

—No. Porque vas a tratar de quitarme la ropa apenas estemos afuera.

Ignoró la risa de sus otros hermanos al escucharla.

—Justamente, es lo que haré —le confirmó, tomándole las manos y levantándola de la silla para estrecharla entre sus brazos—. ¿Alguna objeción?

Ella se echó atrás y se colgó la cartera sobre el hombro.

—Muchas.

Salió caminando del bar, sorprendida por la firmeza de su andar a pesar de todas las copas tomadas. Se sentía orgullosa por lo bien que soportaba el alcohol. Una adulta responsable, pensó con suficiencia.

Xander sacó dos sillas del camino antes de que se las llevara por delante, y la hizo esquivar una de las mesas. Le pareció encantadora tratando de fingir que estaba sobria. Pero de ningún modo la dejaría ir manejando sola a casa.

Una vez afuera, Abril miró a derecha e izquierda, tratando de encontrar un taxi para poder llegar a su casa. Giró como un trompo y estuvo a punto de caerse sobre Xander.

—¡Me olvidé de pagar la cuenta! —dijo horrorizada.

—Ryker se ocupó de eso —le aseguró él, recorriéndole la espada con las manos.

De pronto, oyó un ruido a su izquierda y casi soltó un impropio cuando vio a Suzy Martin dirigiéndose a él mientras chillaba. Hacía tres meses que Suzy había intentado seducirlo por todos los medios para acostarse con él. Tenía el

cabello largo y rubio, un cuerpo delgado y chato como una galleta, y ojos hermosos.

—¡Creí que eras gay! —gritó a todo pulmón.

Los ojos de Xander se abrieron aún más, y tuvo que reprimir una carcajada.

—Ehhh, hola, Suzy. ¿Cómo has estado? —dijo, y extendió la mano incómodo. Tampoco era inmune a la comicidad de su comentario.

—¡No te atrevas a preguntarme cómo he estado, canalla! ¡Se suponía que eras gay!

Xander no puso los ojos en blanco, pero estuvo cerca de hacerlo.

—¿Por qué se suponía que debía ser gay?

Ella hundió los brazos sobre las delgadas caderas; los pómulos parecían a punto de estallar por la falta de grasa.

—¡Porque no estabas interesado en salir conmigo! ¡Ni con nadie! —le gritó a su vez. Evidentemente, estaba furiosa con él.

Él ahogó las carcajadas al tiempo que la mujer en la que sí estaba absolutamente interesado se acurrucaba contra su pecho.

—Me tengo que ir —dijo. Lo tenía sin cuidado lo que opinara Suzy de su sexualidad.

—¿De qué habla? —preguntó Abril. Suspiró y apoyó la cabeza sobre su hombro. Sabía que no debía hacerlo, ¡pero era tan placentero!

—No te preocupes por lo que dice —dijo Xander, al tiempo que la conducía al estacionamiento y luego la acomodaba con suavidad en su auto.

Se quedó dormida casi en el acto. Él condujo directo a su casa, sin siquiera considerar regresar a la de ella. La había escuchado decir algunas cosas extrañas, y quería tenerla allí donde pudiera estar seguro de hablar con ella por la mañana.

Capítulo 9

Abril se sentó en la cama, y miró a su alrededor. Soltó un quejido de dolor: la cabeza la estaba a punto de explotar y el dolor le martillaba las sienes.

—No eres gay —susurró.

Xander también se incorporó; observó preocupado los efectos de la resaca en Abril.

—No. Creo que eso quedó lo suficientemente claro.

Ella se apretó la cabeza con ambas manos y trató de cubrirse el cuerpo con la sábana.

—Pero Suzy dijo que no te interesaba ninguna mujer.

Él salió de la cama y entró al baño. Un instante después, le trajo un vaso de agua y una aspirina.

—No estaba interesado en ese tipo de mujeres.

Ella tomó la aspirina y bebió todo el vaso de agua.

—¿Por qué no te interesaban? ¿Y por qué pensó que eras gay?

Abril se recostó hacia atrás, sin darse cuenta de que se estaba reclinando sobre el pecho de él y no sobre las almohadas. Lo único que sabía con certeza era que se sentía increíblemente cómoda y segura.

—No sé qué pensarán las otras mujeres a las que se refiere Suzy, pero con ella jamás me acostaría. Y eso no le gustó nada.

Recordó algo, y una alarma se prendió en algún lugar de su mente.

—¿Y esa espantosa mujer que vino ayer a la oficina?

Él le frotó los hombros con suavidad, tratando de calmar el malestar de la resaca, pero por su propia experiencia personal sospechó que sólo se sobrepondría con el tiempo.

—¿Ahora de qué mujer espantosa estamos hablando?

—Esa bruja de cabello negro que vino ayer por la mañana a hablar contigo.

Sus dedos se detuvieron sobre sus hombros. Repasó mentalmente todas las personas con las que se había reunido el día anterior.

—Por casualidad, no estarás refiriéndote a Marcy Duprey, ¿no? —preguntó.

—Creo que se llamaba así. —Se recostó hacia atrás, sintiéndose mejor ahora que la aspirina le comenzaba a hacer efecto.

Xander suspiró.

—Marcy Duprey vino para firmar su tercer acuerdo prenupcial. Sus anteriores esposos ya se lo habían requerido.

Aquello era una verdadera novedad para ella.

—¿Por qué?

—Porque es una mujer cruel y despiadada, que cambia de marido con la misma velocidad con que otras mujeres cambian de bombacha.

Abril se rio levemente, pero en seguida se detuvo cuando sintió el dolor que le martillaba la cabeza.

—Creo que anoche bebí demasiado —suspiró, frotándose las sienes ligeramente.

Algo más se le cruzó por la cabeza, y se detuvo en seco. Se apartó de él y lo miró a los ojos; necesitaba comprenderlo.

—¿Qué dijo tu hermano ayer?

Xander puso los ojos en blanco.

—¿Cuál de ellos? ¿A qué hora? Dijeron un montón de cosas, seguramente muchas que no escuchaste.

Ella sacudió la cabeza, pero se detuvo porque le dolía demasiado.

—No, estoy segura de que lo escuché. Aunque en ese momento, no lo entendí.

Xander se puso tenso, preocupado por lo que fuera que sus hermanos pudieran haber dicho para ofenderla.

—¿Qué comentario, amor?

Ella se mordió el labio, tratando de pensar, a pesar del constante dolor.

—Ryker dijo “¡Más quisiera...!” después que yo comenté que saliste con todas esas mujeres.

Xander tironeó de ella hacia atrás para que se apoyara contra su pecho y retomó su masaje.

—Ryker no tiene ni idea de lo que está hablando.

Ella escuchó las palabras, pero algo en el tono de voz le sonó falso.

—¿Por qué no me lo quieres decir, Xander? —preguntó. Ahora estaba más preocupada que anoche. —No termino de comprenderte, y me gustaría poder hacerlo. Pero me doy cuenta de que me estás tratando de ocultar algo.

Xander recostó la cabeza sobre el respaldo de la cabeza.

—¿Estás segura de que quieres hablar de esto?

Ella lo pensó un largo momento.

—Sí, creo que sí. ¿Me vas a contar algo horrible? ¿Cómo que eres un asesino serial y soy tu próxima víctima? Si es así, tal vez sí debas guardártelo. Si voy a tener una muerte truculenta, prefiero no saberlo de antemano.

Xander estalló de risa antes de que terminara el comentario.

—No, no soy un asesino serial. Pero tampoco soy un fiestero serial.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

Xander deslizó las manos sobre sus omóplatos para aliviar la tensión.

—¿Has pensado bien si quieres hablar de esto? Será un antes y un después, y tal vez no te guste lo que escuches.

En ese instante, volvió a sentir toda la tensión anterior. Se alejó de él y se puso de pie, tomando su camisa de la silla y prendiéndose los botones antes de darse vuelta para enfrentarlo.

—Ahora sí. Dímelo. ¿Qué está pasando? ¿Cuál es el gran secreto que guardas?

Xander volvió a reclinarse sobre la cabecera, mirando el cielo raso.

—Estoy enamorado de ti. Mis hermanos lo saben hace años.

Ella se quedó de pie, con la vista fija en él, sin comprender.

—Pero todas esas mujeres...

—Eran sólo una cortina de humo.

Sintió un aleteo en el estómago.

—¿Así que cuando la mujer te dijo que eras gay en la calle, fue porque...? —

No supo cómo decirlo.

Él se pasó la mano por el cabello, frustrado.

—Suzy no cuenta.

Se trataba de un comentario que la sorprendió.

—¿Por qué no cuenta?

—Porque es demasiado delgada. Jamás me sentí ni remotamente atraído por ella.

—¿Y Jessica?

Xander volvió a encoger los hombros.

—Demasiado agresiva.

—¿Marcy?

Esbozó una sonrisa amplia.

—Una verdadera mercenaria.

No pudo evitar reírse de esta respuesta.

—¿Y las demás mujeres?

La miró con desconfianza e hizo una pausa. Pero cuando advirtió la vulnerabilidad en su mirada, suspiró y le contó la verdad.

—Sólo te quería a ti.

Ella soltó un grito sofocado e intentó inhalar otra vez; sus palabras le apenaron el corazón. Pero esta vez en un sentido positivo.

—¿Cómo puedo estar segura de ello? —susurró.

Él sacudió la cabeza.

—No te puedo probar nada. Mis hermanos lo saben: hace tiempo que no me acuesto con nadie. Suzy lo sabe, razón por la cual ella y todas sus amigas creen que soy gay. No me acosté con ninguna de ellas, por más que hayan hecho esfuerzos sobrehumanos para que lo hiciera.

—¿No te sentiste tentado?

—Ni en lo más mínimo.

—Pero son todas espectaculares —señaló, como si estuviera loco.

—Sólo e quería a ti, Abril.

Ella caminó de un lado a otro al pie de la cama, ignorando el dolor de cabeza.

—Es algo muy extraño. Eres un tipo tan sexual...

—Lo soy cuando estoy contigo. Por las demás mujeres siento indiferencia total.

—¡Pero discutimos todo el día! —dijo, moviendo las manos en el aire, exasperada.

—Me gusta discutir contigo —sonrió—. Me gusta discutir, hablar, reírme y cocinar contigo, pero más que nada me gusta hacer el amor contigo. Me encantan tus gemidos cuando hago algo que te gusta.

Ella sonrojó y se miró las manos.

—Gimo todo el tiempo.

Él se rio, asintiendo con la cabeza.

—Lo sé. Me gusta.

Se sentó a los pies de la cama. Pensaba rápidamente en todo lo que le acababa de decir.

—¿Por qué? —preguntó, tratando de comprender lo que decía y de creerle, pero le resultaba muy difícil. Porque si cambiaba de opinión, le rompería el corazón. —Xander, ¿me estás tratando de decir que no has tenido sexo con nadie desde que me conociste?

Él sacudió la cabeza.

—No, no puedo afirmarlo. He estado con otras mujeres desde entonces. Al principio, eras demasiado joven. Y luego comenzaste a salir con ese imbécil, Tim o Tom, o algo así.

—Tim —confirmó ella—. Era un buen tipo.

—Era un idiota. Cuando te daba un apretón de manos al saludarte, lo hacía sin fuerza, y les tenía miedo a las arañas.

Ella se rio. Se acordaba de haberle contado a sus colegas que una noche, cuando vio una araña en su casa, él se trepó a una silla. Había tenido que matarla por él, y después se marchó casi de inmediato.

—¿Escuchaste la conversación? —preguntó.

—Sí. Y salí y maté cinco arañas ese día, sólo para demostrarte mi valentía.

Ella se rio a carcajadas, e incluso fue capaz de imaginarlo yendo al bosque para encontrar arañas.

—Nunca me contaste sobre aquella masacre.

Él se cruzó los brazos delante del pecho desnudo, negándole ver aquello que tanto le atraía.

Se mordió el labio, intentando decidir si le creía o no.

—¿Entonces por qué no me dijiste nada en todos estos años?

—Porque no parecía que estuvieras interesada en mí.

—Solíamos ser amigos.

—Yo quiero más que una amistad.

Finalmente habían llegado al punto tan temido, pensó Abril. El meollo de la cuestión. ¿Se animaría a formularle la pregunta?

—¿Qué es lo que quieres?

—Tú —dijo sin dudar—. Te quiero en mi casa. En mi cama. Quiero que te cases conmigo y que me hagas el hombre más feliz del mundo. Quiero discutir contigo y hacerte el amor diez veces por día.

Ella abrió los ojos enormes.

—¿Diez veces? —preguntó, estremeciéndose.

—Me tengo que poner al día después de tanto tiempo —le explicó. Esperó tenso que ella respondiera a las otras cosas que le había dicho, pero cuando se quedó mirándose las manos, no pudo esperar más. —¿Hay alguna manera en que puedas aprender a amarme?

Ella se rio y soltó un hipo al mismo tiempo.

—Xander..., he estado enamorada de ti desde que me compraste esos guantes de cuero forrados de cachemira.

La miró sin entender nada, y le dijo:

—A alguien se le cayeron ese día en el estacionamiento.

Ella trepó por la cama gateando, sabiendo que él le estaba mirando el escote de la camisa, contemplando sus pechos.

—Los compraste en el negocio a la vuelta de la esquina una hora antes de que me los dieras. La vendedora hizo que te entregaran la factura, porque te olvidaste de llevártela.

Él hizo una especie de mueca, pero como a esa altura ella ya estaba a su lado, la ayudó a levantarse y sentarse a horcajadas sobre él, exactamente donde la quería.

—Está bien... Mentí. ¿Y respecto de todo lo demás que te dije? —preguntó, apoyando las manos sobre los muslos de ella.

Ella ladeó la cabeza. Pensó en todo lo que le había dicho.

—Te creo. —Le dirigió una sonrisa amplia. —O, para ser más precisa, les creo a Ryker y a Suzy.

Xander se quedó helado un instante. Luego, con un gruñido, la arrojó sobre la espalda, y le hizo cosquillas en todos los lugares que había descubierto le producían cosquillas. No cedió hasta que ella le rogó que parara, en medio de carcajadas tan fuertes que apenas le salían las palabras.

—Te amo —le dijo con ternura. Le besó los labios sonrientes y la miró con todo el amor de sus ojos.

Ella extendió los dedos para tocar su cabello y su rostro.

—Yo también te amo. Siento que hayamos demorado tanto en darnos cuenta —le susurró.

Él sonrió con lascivia.

—No te preocupes. Voy a compensar todos los años que fuiste demasiado cabeza dura como para darte cuenta de lo que estaba pasando —dijo.

Y en ese preciso instante, puso manos a la obra.

Capítulo 10

—¿Ésta es tu manera de garantizar que no se me irán los ojos cuando me cruce con otras mujeres? —preguntó Xander, reclinado contra el marco de la puerta de su dormitorio.

Abril giró rápidamente. Quedó estupefacta, deslumbrada por el cuerpo de Xander, enfundado en un espectacular esmoquin.

—No debes hacer eso.

Él enarcó una ceja, sin entender.

—¿No debería hacer qué?

—Ponerte ese esmoquin. Debería ser ilegal.

Él soltó una risa entre dientes y entró en el dormitorio, donde ella estaba terminando de arreglarse.

—Lo que no debería ser legal es que tú te pongas ese vestido. No creo que me guste verte con él puesto.

Ella se rio y le apartó las manos con un golpe suave, pero él ignoró sus esfuerzos, tal como lo imaginaba ella. Se acababa de poner el vestido de dama de honor de raso azul para la boda de Mia. Era hermoso y sexy, y le encantó la reacción de Xander, así que no se resistió demasiado a la urgencia de sus manos. Como si alguna vez objetara a que sus manos la tocaran como fuera.

—Si no paras, vamos a llegar tarde —le dijo, mientras se inclinaba más abajo y le mordisqueaba el cuello.

—Creo que necesito esposas —dijo.

Ella se rio suavemente, pero la idea tenía su lógica.

—¿Quién estaría llevando las esposas?

—Tú, por supuesto.

Sacudió la cabeza, y salió de sus brazos para ir a ponerse los zapatos, sintiéndose mejor con un poco de altura. Cuando usaba tacos, la punta de su cabeza por lo menos le llegaba al mentón.

—No hay un “por supuesto” en esto —le retrucó—. No creo que deba usar esposas después de lo de anoche.

Él le tomó las muñecas y la retuvo en el lugar, como había hecho la noche anterior.

—Ah, pero no aprendiste tu lección como debías.

—No sabía que había una lección para aprender.

—Siempre hay algo para aprender —le replicó, levantándole la mano para poder ver el anillo de brillantes que lucía. Frotó con el dedo el brillante y sonrió: —
¿Aún sigues pensando en que no quieres anunciar nuestro compromiso hoy?

—Por supuesto que no. Hoy es el día de Mia.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Y crees que Mia no planeó todo esto? —preguntó, indicando el vestido de raso azul, escotado y sexy como ningún otro—. Se trae algo entre manos, y tú lo sabes.

Abril se rio, y estuvo de acuerdo. Pero como ella y Xander ya eran una pareja, a ninguno de los dos le importó que Mia se abocara a algunas actividades de celestina.

—¿Entonces cuándo anunciaremos la boda?

Xander se encogió de hombros:

—¿Por qué habríamos siquiera de anunciarla? ¿Por qué no volamos a Las Vegas y nos casamos mañana?

Ella lo pensó un instante. Luego asintió con la cabeza y dijo:

—Está bien.

Él la atrajo entre sus brazos.

—¿Realmente lo harías? ¿Qué te parece una boda grande? ¿No quieres que te acompañen todas tus amigas?

Ella sonrió apenas.

—En realidad, Mia estará de luna de miel, y no puedo invitar a Kiera y a Cricket porque ya habrán tenido boda para rato después de ésta. Y no quiero esperar otro año o dos hasta que se recuperen. ¿Por qué no hacemos una pequeña fiesta tras regresar?

Él pensó un instante, pero sacudió la cabeza.

—No. Quiero que mis hermanos estén conmigo cuando me case. Y quiero que tus amigas te acompañen. Sé que recién conoces a Mia, Cricket y Kiera hace pocas semanas, pero ya parecen tus hermanas. Tienen que estar allí, estén o no preparadas.

—Acabamos de terminar de organizar la boda de Mia. Realmente no quiero volver a pasar por todo esto.

La observó detenidamente.

—¿Estás segura? ¿No quieres el vestido blanco, las flores y todo lo demás?

Ella esbozó una sonrisa amplia.

—Puedo ponerme de todos modos el vestido blanco en Las Vegas. No necesito las flores ni la megafiesta. Sólo te necesito a ti —dijo, poniéndose en puntas de pie para besarlo.

Xander la atrajo hacia sí, y profundizó el beso incluso mientras concebía un plan. Quería que Abril lo tuviera todo, y así sería.

La boda de Mia y Ash

—¿Qué te parece... estoy bien? —preguntó Mia nerviosa, acariciando la voluminosa falda de tul de su vestido—. Tal vez, no debí...

—Sí debiste —la tranquilizó Abril. Presionó suavemente los hombros de Mia al tiempo que los ojos de ambas se conectaban en el espejo. —Te ves espectacular, y Ash estará tan feliz cuando te vea que lo vas a dejar mudo.

Kiera soltó un resoplido y sacudió la cabeza.

—Ash nunca se quedará mudo —replicó. También estaba de pie detrás de Mia. Cuando se miraba en el espejo, el vestido sexy de raso azul seguía provocándole cierto pudor, pero al menos Axel sabía qué esperar. Se había vestido en su casa y estuvo a punto de quedar desvestida apenas salió del vestidor. Le había gustado mucho el vestido.

Abril y Cricket se rieron del comentario de Kiera, pero Mia estaba demasiado nerviosa para verle el lado gracioso.

—Ha gastado demasiado dinero en todo esto —dijo en voz alta.

Cricket caminó hacia su amiga y se detuvo delante de ella, con una mirada severa en el rostro.

—Mia, escúchame bien. Si combinas las fortunas de los cuatro hermanos Thorpe, tienen más dinero que una pequeña república, así que no quiero escuchar una palabra más sobre el costo de toda esta fiesta. Ash no hubiera gastado tanto para apurar esta boda si no hubiera tenido un enorme deseo de que fueras su esposa. Así que harás lo siguiente —explicó Cricket con absoluta determinación—: vas a salir al ruedo y encontrarte con el amor de tu vida. Te vas a olvidar de lo que gastó en todo esto, y vas a disfrutar el mejor día de tu vida. Todos tus vecinos están allí afuera, tus amigos, compañeros de trabajo, y un hombre que te ama tanto que está loco por hacerte suya. Éste es tu día. Hoy te toca vivir el cuento de hadas, y lo vas a pasar como nunca en tu vida. Si te atreves a esperar algo menos, entraré en tu casa en puntas de pie, haré algo realmente desatinado y jamás te enterarás de que estuve allí hasta que adviertas que algo raro está pasando. ¿Está claro?

Mia la escuchó con los ojos bien abiertos hasta el final. Cuando Cricket lanzó esa amenaza ambigua, las tres mujeres se rieron.

—No, no creo que lo hagas. Le prometiste a Ryker que jamás entrarías a la fuerza en la casa de nadie —dijo.

—Bueno, salvo por las empresas y las casas que le pagan para que así lo haga —bromeó Kiera.

—Sí, salvo por ésas —sonrió Cricket a su vez—. Realmente, tengo el mejor trabajo del mundo. —Cricket estaba contratada por Hamilton Securities para ser

parte de un equipo de elite de exmilitares y personal de inteligencia, que viajaban por todo el mundo para poner a prueba el sistema de seguridad de los edificios y las computadoras de sus clientes. Se hallaba disfrutando a pleno de su empleo nuevo.

Abril se estremeció.

—Al primer signo de peligro, yo saldría corriendo —dijo, sacudiendo la cabeza al considerar las habilidades excéntricas de Cricket—. Pero me alegra que ahora seas feliz.

—Bueno, pongámonos en marcha —interrumpió Kiera—. Pero quiero que sepas, amiga mía, que Abril y yo estamos de acuerdo con Cricket —le dijo a Mia, dándole un cálido abrazo—. Estaremos observándote. Para que sepas, todas tenemos un pacto para tenerte bajo la mira. Al primer signo de preocupación, te llenaremos tu copa de champagne. Si no sigues nuestro consejo y disfrutas del día, nos aseguraremos de que estés demasiado borracha para acordarte de tus nervios, ¿queda claro?

Mia se rio, pero asintió con la cabeza.

—Queda absolutamente claro —dijo a las tres. Tras un gran abrazo grupal, dieron un paso atrás para controlarse el rímel en el espejo.

—Ahora sí, vamos a buscar a mi hombre —dijo Mia, levantándose el vestido strapless de boda para ajustárselo más arriba—. Oh, me olvidaba de algo —dijo, dirigiéndose a Cricket—, no creas que no advertí ese enorme diamante que tienes en el dedo. Se dio vuelta e infló el vestido con las manos para que aumentara el volumen. —De hecho, me di cuenta de que todas ustedes llevan uno en el dedo. Así que cuando vuelva de dondequiera que Ash tiene planeado llevarme de luna de miel, vamos a tener una larga conversación.

Las otras tres mujeres se miraron entre sí, y luego bajaron la vista a la mano izquierda de las demás. Dicho y hecho, había un espectacular brillante sobre el dedo de cada una.

—Supongo que no hacía falta esmerarme tanto con los vestidos de damas de honor —dijo. Luego se acomodó el velo sobre la cabeza, levantó su bouquet y salió de la antesala de la iglesia.

Abril, Cricket y Kiera se quedaron mirándose, pasmadas por el asombro. En seguida, rompieron en carcajadas. Miraron a su alrededor, tomaron su propio bouquet de flores, y siguieron riéndose de modo casi histérico al tiempo que se abrían paso para acomodarse en la parte posterior de la iglesia.

De pie en los primeros bancos de la iglesia mientras esperaban que empezara la ceremonia, Ryker, Ash, Axel y Xander se miraron entre sí al oírlos riéndose a las carcajadas. Pero como no advirtieron el motivo de la risa en un día tan trascendente, se encogieron de hombros y miraron al ministro, que tenía una mueca de desaprobación en el rostro.

A Ash no le importó lo que pensara el ministro mientras que realizara la ceremonia que haría suya a Mia.

La música comenzó y la risa se detuvo. Detrás de él, sintió la tensión de cada uno de sus hermanos al ver entrar en el santuario a las mujeres de sus vidas, pero no pudo pensar en ellos, ansioso por ver a Mia.

Cuando finalmente apareció, sintió que estaba en la gloria. Lucía espectacular con el vestido strapless, que caía con una amplia falda a su alrededor. Parecía al mismo tiempo delicada, sexy y etérea. Ninguna mujer lo había afectado jamás como ésta. Y no veía la hora de hacerla suya por ley.

Ella se ubicó a su lado y él le apartó el velo del rostro. Cuando ella lo miró sonriendo, sintió que el aliento le quedaba atrapado en la garganta.

—Luces hermosa —dijo con voz ronca.

Ash no recordó lo que sucedió durante la ceremonia, porque tenía la mente completamente enfocada en las últimas palabras:

—Los declaro marido y mujer —dijo el ministro con una sonrisa cálida de aprobación.

Ash se volvió a Mia, y la atrajo hacia sí, estrechándola en sus brazos para besarla profundamente.

Al salir de la iglesia, Ash casi se rio de su respuesta temblorosa. Cuando estaban en la limusina que los esperaba, la sentó en su regazo, le rodeó la cintura con sus fuertes manos e inclinó la cabeza para volver a besarla, sólo para sentir la respuesta de ella, que no dejaba nunca de enloquecerlo de deseo. Al levantar la cabeza y mirarla, casi se rio de la expresión de aturdimiento en su precioso rostro.

—Ahora eres mía —dijo.

Mia sonrió y envolvió los brazos alrededor de su cuello con más fuerza.

—Y tú eres mío —susurró a su vez.

Varias horas más tarde, Mia se sentía agotada. No se había apartado de Ash en toda la noche. Bailaron, se rieron con la familia y los amigos, comieron toneladas de comida y bebieron copas y copas de champagne. Pero ahora, lo único que quería era estar a solas con su flamante esposo, que la envolviera con sus brazos y la llevara a algún reducto privado y tranquilo.

—¿Estás lista para irnos? —preguntó Ash cuando sintió que ella se recostaba más pesadamente contra su costado. Había estado esperando que disfrutara de la fiesta al máximo, pero se estaba volviendo impaciente por tenerla para él solo.

—Más que lista —dijo ella, y levantó la mirada para sonreírle a los ojos azules que tanto amaba.

—Vámonos de acá —gruñó y tiró de ella para pegársela al cuerpo, prácticamente arrastrándola para sacarla del área de recepción. Quería tenerla en el auto, donde podría deslizarle el espectacular vestido de la preciosa figura y hacer

de las tuyas con ella. —Te quiero a solas.

—No tan rápido —dijo Ryker, dando un paso para ponerse frente a su hermano menor.

Ash se detuvo en seco, pero sólo porque era su hermano. Hubiera pasado por encima de cualquier otro. Cuando Xander y Axel dieron un paso adelante, para ponerse a la misma altura que Ryker, Ash supo que iba a tener que luchar con uñas y dientes para salir de esa fiesta.

—Oigan, son mis hermanos y los quiero a todos, pero eso no quiere decir que no los pueda pasar por encima como una topadora si no se apartan de mi camino en este mismo instante.

Sus hermanos comenzaron a reír; la amenaza no pareció inquietarlos demasiado.

—Sólo te queríamos despedir. —Lo cual era una mentira descarada. Los jóvenes del grupo habían visto a la pareja intentando escabullirse y les solicitaron a los hermanos que impidieran la partida veloz de la pareja recién casada, para que el resto de los invitados pudiera organizarse.

—No me parece divertido, amigos —dijo Ash con voz ronca.

Cuando Xander oyó el silbato, dio la señal de que ahora sí estaba todo listo.

—Ahora te dejaremos partir. Pero te veremos de regreso en diez días; están pasando demasiadas cosas.

A Ash no le importó lo que estuviera sucediendo. Lo único que quería era estar a solas con Mia.

—Despejen el camino —les dijo con firmeza.

Los hermanos se rieron y dieron un paso atrás. Ash miró a los tres con desconfianza. Pasó un brazo alrededor de la delgada cintura de Mia de forma protectora, y tiró de ella para que lo siguiera.

Apenas salieron del salón de baile, una lluvia de pétalos de rosa arrojada al aire cayó sobre la pareja como delicados besos que auguraban un futuro dulce y pleno. Mia miró hacia arriba, sorprendida aunque encantada por la cascada de pétalos. Observó a las tres mujeres en los idénticos vestidos de raso azul, y los ojos se le nublaron de lágrimas, conmovida por el gesto.

Ash vio su expresión y se detuvo, dejando que disfrutara de la lluvia de pétalos. Quedó cautivado cuando varios pétalos de rosa le cayeron sobre el cabello, y permanecieron en equilibrio inestable antes de caer al suelo.

—Creo que jamás te dije que te amo —le susurró al oído.

Ella lo miró con una enorme sonrisa en el rostro.

—Cada vez que me miras —le respondió con un susurro.

Un instante después, estaban en el auto alejándose de la fiesta. Mia sólo fue consciente del brazo de Ash alrededor de ella, sus labios besando los suyos y el suave vaivén de la limusina que los llevaba hacia el aeropuerto.

La boda de Kiera y Axel

—No puedo creerlo —susurró. Agitó la mano alrededor de la cintura de su corset, completamente bordada con pedrería—. ¿Realmente me estoy casando?

Abril se rio y abrazó a su amiga.

—Se hizo esperar bastante, pero sí. Finalmente te estás casando con Axel.

—¡Seis años! —musitó—. Seis años largos, solitarios y tristes. —Es-tuvo a punto de comenzar a llorar al pensar en la cantidad de tiempo que se había privado de estar con Axel. —Lo pude haber perdido.

Cricket dio un paso al frente y le tomó la mano a Kiera.

—Pero no lo perdiste. Eso quiere decir que tenía que suceder.

—¡Hasta el tiempo está de tu lado! —dijo Abril con una enorme sonrisa en el rostro.

Kiera sacudió la cabeza.

—Dudo de que vaya a haber otro día como hoy. ¡No puedo creer que brille el sol y haga tanto calor en noviembre!

—Axel quería que tuvieras esta boda —dijo Mia, y le entregó a Kiera el bouquet de margaritas y crisantemos rosados—. ¡Y ha logrado algo maravilloso!

—De todos modos, esta noche hará frío... —advirtió Kiera.

Las tres mujeres desestimaron la advertencia.

—Axel instaló calentadores alrededor de toda la pista de baile, debajo de la pérgola. Estaremos bien calentitos. No te preocupes por nada.

Kiera se alisó el vestido con las manos una vez más.

—No creo que pueda preocuparme por ningún detalle logístico. Estoy demasiado excitada.

Mia abrazó a su amiga. Ella sí se sentía tranquila y relajada tras regresar de su luna de miel el día anterior.

—Pareciera que vino toda la oficina para tu boda. ¡Así que ve y haz lo que debes hacer!

La sonrisa de Kiera se ensanchó aún más.

—Tienen razón. ¡Basta de timideces!

El enorme roble detrás de la casa de Axel estaba completamente cubierto de luces rosadas entretejidas entre sus hojas, y se habían dispuesto hileras de sillas rosadas, que se hallaban ocupadas por amigos y compañeros del trabajo. Por todos lados había margaritas, y los cuatro hermanos Thorpe estaban una vez más parados uno al lado del otro, pero esta vez era Axel el primero en la fila.

Cuando las damas de honor aparecieron dando la vuelta desde la esquina de su casa, Axel se estiró para mirar a Kiera. Lo primero que advirtió fueron los

vestidos que había elegido cada una de las jóvenes: lucían preciosas en diferentes tonalidades de verde.

Pero fue Kiera quien lo dejó deslumbrado cuando hizo su aparición desde el otro lado. Tantas veces la había imaginado en esta casa mientras la construía. Con el tiempo fue refinando la imagen en su cabeza, pero nada lo preparó para verla en aquel vestido de novia strapless color rosa. Lucía despampanante, la mujer más hermosa que hubiera visto en su vida.

No llevaba velo. Descendió al pasillo de césped que se abría entre los invitados, y caminó hacia él con lágrimas en los ojos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó cuando se acercó y pudo tomarle las manos.

Ella le dirigió una sonrisa trémula, apretándole las manos a su vez.

—Tuvimos que pagar el precio de seis años, a causa de mi estupidez. Prometo que te compensaré por ello.

Él casi soltó una carcajada, encantado de que no hubiera cambiado de opinión:

—Creí que estabas comenzando a arrepentirte de no aceptar el puesto en París.

—Jamás. Sólo lamento que no hayamos hecho esto la primera vez que me lo sugeriste.

Él se inclinó y la besó suavemente.

—Tenemos muchos años por delante —le susurró—. No te lamentes por el pasado. No hará sino opacar la belleza de nuestro futuro.

Pensó que se trataba del concepto más profundo que había escuchado en su vida, y se acercó aún más a él. Descansó la cabeza sobre su hombro mientras se volvía para mirar al ministro. Y cuando finalmente éste los declaró marido y mujer, creyó que el corazón le estallaría en el pecho, tanto era el amor que sentía por este hombre.

—Eres maravillosa —dijo él, levantándola en brazos y haciéndola girar alrededor suyo sobre la pista de baile cuando comenzaron los primeros acordes de música. Durante el resto de la velada, bailaron uno en brazos de otro; apenas advirtieron a los demás invitados.

Kiera se olvidó de comer, porque prefería estar junto a él. Pero Axel se dio cuenta de que no estaba comiendo nada y le llenó un plato con exquisiteces de la mesa de buffet dispuesta cerca de su huerta.

—Toma. Vas a tener que comer algo.

—No tengo hambre —le dijo y comenzó a tirar de él para abrazarlo y bailar otra canción.

Él sacudió la cabeza y le acercó el plato.

—Vas a comer —le dijo, poniéndole en la boca una deliciosa tartaleta de

langostinos y vieiras—. Vas a necesitar estar fuerte para la noche que tienes por delante.

Kiera se sonrojó, pero abrió la boca para degustarla. Comió varias piezas más de las deliciosas entradas, pero para cuando terminó había olvidado todo lo que se había metido en la boca.

Cuando la fiesta ya tocaba a su fin, Axel se sintió demasiado impaciente para comenzar a despedirse de todo el mundo. Recordó la boda de Ash. A él no lo iban a demorar cuando intentara emprender la huida. Así que, en lugar de anunciar su partida, levantó a Kiera en sus brazos y salió de la fiesta con ella. Recién diez minutos después, los invitados se dieron cuenta de que los novios habían partido. De todos modos, siguieron bailando hasta altas horas de la noche.

Kiera se rio, encantada de su estrategia, y le arrojó los brazos alrededor del cuello, más que dispuesta a ser secuestrada de su propia fiesta de casamiento.

La boda de Cricket y Ryker

—¿Adónde vamos? —preguntó Cricket. Tomó la mano de Ryker, pero se mostró vacilante. La expresión en su rostro revelaba que no se traía nada bueno entre manos.

—¿Acaso no confías en mí?

Ella soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—No cuando tienes esa mirada.

Sentir su risa sonora hizo que le brotara una sensación de calidez por dentro.

—Pues, vas a tener que hacerlo.

Ella cerró la puerta de su casa por última vez y lo miró con recelo.

—¿Por qué no me cuentas qué pasa? —exigió, y se apretó aún más el chal contra el viento helado que soplaba inclemente desde la esquina de su casa. Tres semanas habían pasado desde la boda de Kiera y, tal como se predijo, hacía un frío brutal, la temperatura habitual de los inviernos de Chicago.

Él sacudió la cabeza.

—Vas a tener que confiar en mí.

Ella se rio y dejó que la acomodara en su auto.

—Lo haría si me dieras más información.

Él encogió los hombros.

—Hazte la idea de que me estoy haciendo cargo del asunto —le dijo y ante su mirada perpleja cerró con un portazo.

Cuando estuvo sentado al lado de ella, lo miró furiosa.

—Ryker, ¿qué estás tramando? —preguntó con más fuerza.

No respondió, y ella comenzó a preocuparse al advertir que iba rumbo al aeropuerto. Cuando distinguió el aeródromo a la distancia, estuvo a punto de soltar un quejido.

—¿Otro empleo? Pero pensé que tenía algunas semanas de descanso desde el último proyecto —dijo—. Voy a hablar con Mitch. Me dijo que no tenía nada previsto para las próximas dos semanas. He estado trabajando sin parar tratando de organizarlo todo...

—Tranquilízate —dijo Ryker, conduciendo por entre los carriles, hasta llegar al área de estacionamiento privado del aeropuerto—. Este viaje es solamente para ti y para mí.

¡La idea le pareció genial!

—Pues..., si insistes.

—Insisto.

Salió del auto, y se colocó los guantes. Se bajó el sombrero aún más sobre la cabeza.

—¡Qué tiempo horrible! —masculló.

—Hace demasiado tiempo que organizas nuestra boda —le dijo mientras la conducía fuera del estacionamiento y directo a la pista donde se hallaba el jet privado del Grupo Thorpe.

Cricket suspiró y apretó con fuerza su brazo.

—Lo siento. Sé que está llevando demasiado tiempo. Es sólo que...

Él se detuvo y bajó la mirada a sus ojos.

—No te quieres casar en el invierno...

Ella sonrió, aliviada por que la comprendiera.

—La verdad, no. No me gusta el frío y tenía ilusión de que celebraríamos una boda al aire libre. Me encantó la atmósfera de la boda de Kiera, y quería lo mismo.

Él le sonrió y le guiñó el ojo.

—Vamos —dijo y le apretó los dedos—. Tengo que hacer un viaje. Tú tienes un poco de tiempo libre, así que me acompañarás. Descansarás, yo cumpliré con mis objetivos, y pasaremos un tiempo juntos.

Cricket ni lo dudó. Subió las escaleras detrás de él, y sintió alivio cuando pudieron sentarse en los enormes asientos de cuero. Tomó una revista mientras Ryker deliberaba con el piloto. Diez minutos después, el jet rodaba por la pista, y Cricket se quedó dormida con la cabeza acurrucada contra el hombro de Ryker. Lo último que oyó antes de quedar sumida en un profundo sueño fue el sonido arrullador de su voz profunda, y le encantó.

No tenía idea de la hora cuando sintió que la sacudía suavemente.

—Cricket, despierta —dijo.

Ella se sentó lentamente. Miró a su alrededor para orientarse.

—Cielos —dijo con un grito ahogado, y dejó de apretarle el brazo, al despertarse y mirar a su alrededor—. ¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Gran Caimán —le dijo riéndose de su expresión de desconcierto—. Necesitas cambiarte de ropa.

Ella lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Por qué? ¿No me puedo cambiar en el hotel? ¿O dondequiera que vayamos a alojarnos?

Él sacudió la cabeza.

—No, no habrá tiempo.

Le sonó extraño que dijera eso.

—Está bien. Pero, ¿qué está pasando?

Él le tomó las manos y la miró a los ojos.

—Nos vamos a casar hoy, mi amor —le dijo con firmeza.

Ella parpadeó, sin terminar de aceptar lo que le decía.

— ¿Por qué haríamos algo así?

Él le apretó los dedos ligeramente.

— Tu vestido está en el dormitorio detrás de ti —le explicó—. Tus amigas ya están acá y nos vamos a casar.

Estuvo a punto de soltar una carcajada ante su expresión.

— ¿Qué temperatura hace? —preguntó, acercándose a él, acurrucándose contra su pecho grande y fornido.

— Hacen unos agradables veintiséis grados.

Su sonrisa se amplió de sólo pensarlo.

— ¿Mia, Abril y Kiera ya están aquí?

— Sí.

— ¿Y tus hermanos?

— También. Llegaron todos ayer.

Ella se rio, encantada con la idea.

— Últimamente, has estado muy atareado, ¿no es cierto?

Él se encogió los hombros.

— ¿No estás enojada?

Ella se inclinó y lo abrazó.

— Por el contrario. ¡Estoy feliz! Me hubiera gustado que se me ocurriera a mí.

— Tus padres también están impacientes por terminar con esto. Tu madre ha colaborado un montón.

Cricket se volvió a reír.

— Es muy buena organizando fiestas. Le encanta hacerlo.

— Pues, básicamente, le di libertad absoluta, pero con algunas condiciones. Tenía que ser en un lugar cálido, y quería que nos casáramos este fin de semana.

Ella sonrió, pensando en la conversación entre este hombre de carácter fuerte y su madre, que siempre conseguía lo que quería.

— Supongo que será mejor que me cambie.

Hizo una pirueta, fascinada con la idea de casarse allí, en la isla. Cuando pasó a la habitación trasera del avión privado, vio su vestido de novia ya dispuesto con los fabulosos zapatos que había encontrado la semana anterior. Nada de esto habría salido tan bien si lo hubiera organizado ella misma. Pero para decir verdad, había estado agotada tratando de mudarse de su casa, ponerla en venta y adaptarse a su nuevo empleo. Se sentía frustrada por no avanzar con los preparativos de la boda, pero en el fondo sabía que lo había estado demorando porque quería casarse cuando hiciera calor. ¡Ahora lo había conseguido!

Cuando bajó del avión, un caballero con aspecto oficial estaba parado en la base de las escaleras, justo al lado de sus padres.

—¿Lista para casarte? —le preguntó su papá, tomándola en sus brazos y abrazándola con cuidado.

—Más que lista —susurró, excitada.

Su madre se rio y también la abrazó.

—Creo que vas a estar agradablemente sorprendida.

—¿Me contó Ryker que organizaste todo esto? —preguntó, tratando de averiguar los detalles.

Pero su madre supo exactamente lo que Cricket intentaba hacer y no se iba a dejar sonsacar nada.

—Yo lo organicé todo, pero Ryker me dio detalles muy específicos sobre lo que quería. Así que no te dejes engañar. Él es el creador de esta gala fabulosa. Nosotros sólo fuimos los instrumentos que la pusimos en marcha.

Y aquello fue lo único que le diría. La ayudaron a entrar en la limusina que la aguardaba, y partieron. Cuando bajó del vehículo del brazo de su padre, soltó un grito de sorpresa. El sol se estaba poniendo sobre el océano y sus amigas estaban todas paradas en grupos informales delante de una pérgola de madera decorada con telas vaporosas, que se mecían con el viento. El sendero estaba esparcido con rosas rojas e iluminado por antorchas con velas. Al final del romántico camino, estaba Ryker en traje de lino y camisa blancos. Sus tres hermanos estaban parados a su lado, vistiendo trajes parecidos. Y Mia, Kiera y Abril también estaban allí, con vestidos soleros floreados y el cabello recogido con flores naturales. Todas habían estado al tanto de la sorpresa, y Cricket no supo si ponerse a llorar o reírse de felicidad. Así que hizo ambos.

A un lado había un cuarteto que comenzó a tocar melodías. El padre de Cricket le tomó una de las manos, y su madre, la otra. Jamás habían sido una familia tradicional. No iban a empezar siéndolo ahora.

Cuando Cricket dio un paso adelante y tomó la mano de Ryker, no pudo impedir que las lágrimas le rodaran por las mejillas.

—Esto es hermoso —susurró, mirándole los hermosos rasgos—. Ni yo misma podría haber planeado algo tan divino.

—¿Te gusta? —le preguntó con suavidad. Ahuecó su rostro con su mano fuerte, mientras el pulgar le sacaba las lágrimas de las mejillas.

—Me fascina... Es maravilloso.

En ese momento se volvieron, y quince minutos después habían sido declarados marido y mujer. Ryker la besó con ligereza, y profundizó el beso al tiempo que las olas chocaban contra la arena. No fue sino cuando todos se rieron y Xander golpeó a Ryker en el hombro que él levantó la cabeza finalmente.

—Llegó la hora de festejar —dijo Xander y extendió la mano para tomar la de Abril entre la suya—. Por acá —indicó a todos los presentes.

Los condujeron a un patio con piso de madera, rodeado de plantas

tropicales y enormes flores de colores. Habían organizado un buffet tropical, con música y baile. Ryker había reservado todo el restaurante sólo para ellos, y bailaron, se rieron y degustaron deliciosos manjares y un sofisticado bar de chocolates de postre. La torta era toda blanca con mariposas delicadas posadas sobre los bordes. Cricket casi no se atrevía a cortarla, pero todo el mundo la animó a hacerlo, y se dieron un festín con una torta de boda de limón.

En el momento en que le tomó la mano para salir por la puerta, le susurró:

—Te amo.

Cricket le sonrió mirando esos asombrosos ojos azules, aún sorprendida por el amor que sentía por este hombre.

—Yo también te amo —dijo finalmente, sin poder ocultar la felicidad que le salía por los poros—. Me haces más feliz de lo que jamás he estado en mi vida.

La besó con ternura y la condujo por el corredor hacia la suite que había reservado para su luna de miel.

—¡Ah, un desafío! Lo acepto —dijo bromeando.

La boda de Abril y Xander

Abril se subió el cierre lateral del top strapless de su vestido. Se mordió el labio. Sentía una gran expectativa al deslizar los pies en los zapatos forrados en pedrería.

Las cuatro estaban paradas en la enorme suite que Xander les había reservado, para asegurarse de que el hotel en Las Vegas cumpliera a la perfección el sueño de Abril. Tenían una botella de champagne enfriándose para ellas cuatro, junto con algunas exquisiteces que podían comer mientras se preparaban para la última boda de los hermanos Thorpe.

—Cielos —susurró Cricket cuando Abril sacó los zapatos de casamiento de la caja que los había estado protegiendo con cuidado las últimas seis semanas—. ¿Cuántas veces te los has probado? —preguntó reverente.

Abril se rio y deslizó el pie dentro de la delgada tira que se ajustaría sobre sus dedos.

—Cada vez que Xander no está en casa conmigo —dijo, y cerró los ojos, encantada. Los abrió y se abrochó la cadena que le afirmaría el zapato al pie.

—Así que no muy seguido —bromeó Kiera.

Abril asintió con la cabeza.

—No lo suficientemente seguido, pero prefiero tenerlo en casa conmigo que probarme zapatos.

—Son magníficos —suspiró Mia—. Pero no entiendo cómo puedes llevar tacos tan altos todo el tiempo.

Abril se rio, habiendo escuchado el comentario tantas veces.

—Me encanta. Me hace sentir más fuerte, y los necesito cuando estoy junto a Xander.

Kiera abrió los ojos sorprendida por el comentario de su amiga.

—¿Todavía? Creí que los usabas antes, porque te intimidaba.

Ella asintió con la cabeza, al tiempo que se ajustaba la delicada cadena alrededor del segundo pie.

—Solía usarlos sólo por él. ¡Increíble! ¡Me volvía loca! —se rio otra vez—. Ahora me los pongo porque cuando estoy con él me tiemblan las piernas. Me ayudan a ser firme delante de él.

Kiera puso los ojos en blanco.

—Como si tuvieras que ponerte firme con él muy seguido.

Abril sonrió.

—La verdad es que ahora es un cachorrito.

Cricket le ajustó un clip en el cabello, y luego se apartó un poco.

—Me parece que llegó el momento de que te cases con ese cachorrito.

Abril se puso de pie y se miró en el espejo.

—Creo que te tengo que dar la razón —dijo, y la excitación la hizo temblar por dentro.

—¿Estas lista? —preguntó Kiera.

Las cuatro mujeres se pararon juntas, sonriendo, todas hermosas, y tres de ellas, recién casadas.

—¿Se hubieran imaginado que todas estaríamos casadas hace seis meses? —preguntó Abril. Estaba realmente sorprendida por todos los cambios que habían transcurrido en los últimos meses.

—Jamás —se rio Mia—. Por supuesto, tampoco pensé que me iban a arrestar.

Las cuatro soltaron una carcajada, porque Mia había conocido a su marido justamente la mañana que fue arrestada por supuestamente asesinar a su anterior novio; resultó que no había sido de ninguna manera asesinado. De hecho, estaba cumpliendo prisión con su novia actual por fraude y malversación de fondos.

—Éste es un momento realmente asombroso —dijo Cricket, tomando las manos de Kiera y Abril. Abril tomó luego la mano de Mia, y las cuatro se pararon delante del enorme espejo. Tres de ellas, con los coloridos vestidos de damas de honor, y la otra, con el encaje blanco de su vestido de boda.

—Creo que deberíamos ir yendo —susurró Abril—. Si no, lo más seguro es que me ponga a llorar.

—Eso sería un grave inconveniente.

Las cuatro estaban a punto de salir, cuando Abril las detuvo.

—Esperen —gritó, y las cuatro se pararon en seco para mirarla—. Sólo quería agradecerles a todas. Mia y yo tal vez nos conozcamos hace años, pero siento como si las cuatro fuéramos hermanas desde mucho tiempo atrás. Sin ustedes tres, jamás hubiera podido soportar los meses difíciles que me tocó vivir. Me conmueve profundamente haber podido estar al lado de cada una de ustedes cuando se casaron con el hombre que aman. Pero lo que me honra verdaderamente es que hoy estén aquí conmigo, para ser testigos de mi propio enlace con Xander.

Mia, Kiera y Cricket todas se enjugaron las lágrimas rápidamente, y luego se rieron nerviosas antes de fusionarse en un abrazo grupal.

—Ustedes son increíbles —dijo Kiera con fervor.

—Vamos, señoras —dijo una voz profunda desde la entrada de la suite—. Van a llegar tarde, y saben lo irritado que se pone Xander cuando alguien llega tarde.

Abril se puso de pie y puso los ojos en blanco.

—Que se irrite —le dijo a Axel, que estaba en la puerta, tratando de arrear a todo el mundo a la ceremonia. Pero salió de todos modos de la habitación, sin

mirar atrás. Éste era su día. Parecía como si hubiera esperado una eternidad para que llegara este momento, y todo era mucho más maravilloso de lo que jamás hubiera imaginado.

Habiendo vivido las bodas formales de Mia y Kiera, y luego el casamiento sobre la playa con Cricket, Abril y Xander habían llegado a la conclusión de que la única manera de casarse era hacerlo a lo grande. Así que llevaron a todos los invitados en avión a Las Vegas para una boda a todo lujo en el Hotel Bellagio.

La wedding planner estaba parada afuera, lista para acompañarlas al sector de la boda. Cuando Abril hizo su aparición en la Terrazza do Songo, no pudo evitar un grito de asombro. Era como estar en medio de una pintoresca aldea italiana, con cascadas de flores que caían por todos lados. Y al mirar el borde del patio, las espectaculares fuentes de Bellagio danzaban al ritmo de una antigua canción de Elvis. Sonrió al observar los desmesurados detalles en los que había reparado Xander, y la embargó un sentimiento de profunda emoción.

Cuando Abril dio un paso sobre el patio, sonaron los primeros acordes de música, que se elevaron en un crescendo atronador. Caminó por el breve pasillo, sin apartar la mirada del alto y apuesto hombre que la esperaba al final. Al llegar a su lado, sintió como si estuviera flotando en una nube de felicidad. Y eso fue antes de que él le mirara los zapatos, y luego asomara él mismo su propio zapato para que lo viera. Cuando ella advirtió lo que él señalaba en silencio con el zapato, estalló en carcajadas.

¡Xander estaba usando zapatos de gamuza azules!

—¡Te amo, loquito! —le susurró, y se inclinó hacia delante para besarlo, incluso antes de que se iniciara la ceremonia.

—Yo también te amo. ¡Y me encantan tus zapatos!

Casarse con un hombre que sabía cómo hacer para que una mujer se sintiera especial era algo maravilloso. A continuación, giraron hacia el oficiante, sonriendo con las primeras palabras que dieron inicio a la ceremonia.

Epílogo

Cinco años después, Abril salió de la habitación bamboleándose de un lado a otro y miró furiosa a Xander al tiempo que él levantaba a su hija de tres años en brazos.

—Xander, ¿qué le diste a Leandra de desayuno? —preguntó irritada, pero ya conocía la respuesta.

—¿Te acuerdas de lo que desayunamos? —le preguntó Xander a Leandra, que se tapó la mano con sus manos regordetas para sofocar una risita.

—Nada —dijo, cauta, y luego miró a su padre para que le diera el visto bueno.

—Pues, sí, algo comimos —la corrigió, guiñándole el ojo.

—¡Oh! —dijo y volvió a soltar una risita—. Leche y una manzana, mamá —recitó como si la hubieran aleccionado hace unos minutos.

—¿Y torta de chocolate? —preguntó Abril, dejando caer el protector solar dentro de su bolso.

—¡Hola! —gritó alguien desde el vestíbulo.

Al instante, Leandra se escurrió para bajarse de los brazos de su padre, y salió corriendo a saludar a su primo Jeremy, que era dos meses mayor que ella, aunque no se jactara de ello, como señalaba ella cada vez que salía el tema.

Mia entró con Abby en brazos, esquivando a Leandra y Jeremy, que pasaron corriendo a su lado.

—¡No salgan a la piscina si no hay un adulto para mirarlos! —gritó con un suspiro—. ¿Otra vez torta de chocolate para el desayuno, Xander?

Xander abrió los ojos grandes.

—¿Cómo...?

Ash entró un instante después, sacudiendo la cabeza.

—A mí jamás me dejarían hacer algo así —dijo, y se inclinó para besar la mejilla de Abril—. ¿Cómo te sientes hoy? ¿Mejor?

Abril apoyó una mano en la parte baja de la espalda, mientras la otra cubría su embarazo de ocho meses y medio.

—Estaría aún mejor si mi marido dejara de atiborrar a nuestra hija con azúcar a la hora del desayuno.

—No pasa nada —replicó Xander, y le pegó un puñetazo a su hermano menor en el brazo antes de volverse para discutir con su esposa—. Cada tanto necesita un poco de chocolate para contrarrestar las salchichas de tofu que siempre le estás dando. Necesita un poco de grasa. —Se dio una palmadita sobre el estómago; los músculos estaban aún más marcados que el día de su casamiento

cinco años atrás.

Se oyó un revuelo al costado de la casa, y aparecieron Ryker y Cricket, junto con sus mellizas de dos años, Kayla y Courtney. Constantemente trataban de seguirles el ritmo a Jeremy y Leandra, que a su vez animaban a las mellizas a que realizaran las mismas actividades que ellos.

Apenas entró Leandra corriendo en la cocina, Cricket sacudió la cabeza:

—¿De nuevo, torta de chocolate?

Xander clavó la mirada en su cuñada, sorprendido.

—¿Cómo se enteraron todos de la torta de chocolate? —preguntó. Pero no obtuvo respuesta, ya que Axel y Kiera aparecieron en ese momento con su propio hijo, Mathew, que inmediatamente salió disparado para buscar a Leandra y Jeremy.

—Necesitas sentarte —dijo Axel al tiempo que se inclinaba para besarle la mejilla a Abril, y luego le sacaba a Abby a Mia de los brazos, haciéndole cosquillas a Abby en el estómago hasta que terminó riéndose históricamente—. ¿Por qué no estás en la piscina? A Kiera le encantaba bañarse en la piscina cuando estaba embarazada de Mathew. Le aflojaba toda la presión de la espalda.

—Estoy de acuerdo —dijo Abril, y se estiró hacia arriba para pararse. Xander corrió al instante para ayudarla a levantarse, dándole la mano, al tiempo que arriaban a todos los niños a la piscina. Había una reja con una puerta con candado, para evitar que los niños pudieran acercarse a la piscina cuando no estaban los adultos y sin las alitas flotadoras puestas.

Abril dejó hundir su abultado cuerpo en el agua, y al instante sintió el alivio en la espalda. Mia, Cricket y Kiera se metieron también, y le pasaron un vaso de limonada con hielo. Xander le calzó un sombrero de ala ancha sobre la cabeza, y luego se dirigió a cuidar los más pequeños en la parte baja de la piscina.

—Cielos, ¿por qué será que los hombres siempre se concentran cerca de la parrilla? —preguntó Cricket, al observar a su esposo dirigirse a prender el fuego en la parrilla que estaba en un sector del área de la piscina.

El resto se rio. Xander y Ash estaban en la piscina, arrojando a los niños en el aire, poniéndolos sobre los hombros y haciendo lo posible por divertirlos. Ryker estaba ocupado preparando el almuerzo, y Axel le daba a Abby la mamera en la sombra.

—¿Quién hubiera pensado... —dijo Kiera en voz alta, mientras observaba a su alrededor el caos y la felicidad.

—Yo, no —dijo Mia con una sonrisa.

—Me alegro de que haya salido todo tan bien —dijo Abril, hundiéndose aún más dentro de la piscina y bebiendo pequeños sorbos de su limonada.

—Creo que salió todo mucho más que “bien” —dijo Cricket, con un suspiro de felicidad. Ryker debió oírla, porque giró hacia ella y le guiñó el ojo antes de

concentrarse una vez más en las hamburguesas y las salchichas.

—¿Son salchichas de tofu? —susurró Mia.

—Sí —dijo Abril, riéndose de su secreto—. Las puse en el paquete de salchichas de carne para que los hombres no se dieran cuenta.

Las demás no pudieron contener la risa. Cuatro hombres y cinco niños dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirar a las cuatro mujeres que se reían a las carcajadas. Las sonrisas se dibujaron en sus rostros y volvieron a su anterior actividad.

—Sí, la vida nos sonríe. Incluso con tofu —dijo Kiera, feliz. Y las otras tres asintieron. Estaban completamente de acuerdo.

Comentario de la autora

Para ver fotos divertidas de Xander y Abril, entra a <https://www.pinterest.com/elennoxromances/his-challenging-lover/>).

Si dispones de tiempo, por favor tómate un momento para escribir una opinión sobre la plataforma en la que hayas comprado este libro. No solo ayudará a orientar a otros que puedan comprar el libro, sino que me encanta saber de mis lectores: lo bueno, lo malo y lo regular. Algunos lectores me dicen que les parece que hay demasiado sexo, otros que debería agregar más, otros critican mi forma de escribir y otros me dicen que les encantan mis libros. Todo lo que escribas lo uso para mejorar mi próxima historia. Si te gusta lo que escribo, házmelo saber para seguir haciéndolo de la misma manera. Si crees que debo mejorar en algo, por favor comunícamelo. Tengo una coraza bastante dura y me lo puedes decir..., aunque me encanten los comentarios positivos.

Si te gustaría contactarme directamente, lo puedes hacer a elizabeth@elizabethlennox.com. Hago un gran esfuerzo por responder a todos los correos electrónicos ¡porque me encanta que me escriban los lectores! Es un placer saber de ti. Y me disculpo de antemano si no consigo responderte. Algunas veces, las cosas se pierden en la bandeja de entrada. No soy una experta en tecnología, así que no siempre veo cosas que para otros son obvias. Te prometo que no te pasé por encima. Significa que mi mente está en el mundo de las historias románticas y no en el de la computación (es mucho más divertido/interesante/excitante el de las historias románticas, aunque mi esposo se agarre la cabeza cuando no entiendo este mundo de la tecnología).